

UNIDAD UNO – La historia medieval en la mira 🏰👑🏰

La Edad Media hoy: concepto y valoración – Estrella, Jorge y Rodríguez, Gerardo

La operación intelectual de dividir la historia en etapas temporalmente delimitadas surge como un mecanismo para hacer inteligible el pasado de las sociedades humanas. Esta taxonomía, sin embargo, no es neutral; está cargada de presupuestos implícitos propios del historiador y de su época. La periodización tripartita (Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna) se consolida en el siglo XIX, superando divisiones cuatripartitas previas, y con ella, el período medieval adquiere una autonomía histórica que, en su origen, estuvo marcada por una significativa desvalorización.

En la actualidad, los criterios que sustentan estas subdivisiones históricas se encuentran en un proceso de profunda renovación. Esto no implica desconocer la utilidad didáctica que la periodización brinda para una enseñanza secuencial de la historia, pero sí cuestiona la posibilidad de establecer una periodización universal y homogénea para toda la historia de la humanidad. Subyace a este debate la pregunta sobre la existencia de períodos globales, caracterizables a partir de elementos constitutivos básicos comunes a todas las sociedades.

La propia denominación "Edad Media" (Medium Aevum) emerge en la erudición europea de los siglos XVII y XVIII. Se atribuye a autores como el teólogo holandés Gilberto Voetius, quien en 1644 dividió la historia de la Iglesia occidental en tres edades, y sobre todo a Cristóbal Celario (Keller) de la Universidad de Halle, quien a finales del mismo siglo institucionalizó definitivamente la división tripartita en los manuales académicos de historia con sus obras "Historia antigua", "Historia de la edad media..." e "Historia nueva". Este término, que se consolida en el siglo XVIII, era indisoluble de una valoración negativa del período que designaba. Expresaba el desprecio que humanistas, sabios y artistas sentían hacia esos siglos que consideraban un paréntesis oscuro y bárbaro entre la grandeza de la Antigüedad clásica y el renacer de las luces en su propia época moderna. Para los reformistas religiosos, era la era de la corrupción del cristianismo primitivo; para los eruditos secularizados, una época de esterilidad y decadencia.

Un juicio paradigmático de esta actitud ilustrada es el de Voltaire, quien en "El siglo de Luis XIV" (1751) describe la disolución del Imperio Romano de Occidente como el paso de un viajero que abandona una ciudad espléndida para adentrarse en un paraje desértico e inhóspito, sumido en la barbarie y la ignorancia hasta que, tras terribles convulsiones, Europa comienza a superarlo a partir del siglo XVI.

Sin embargo, esta visión no fue la única. Los propios hombres medievales, particularmente desde el siglo XIV, tuvieron conciencia de vivir un cambio. Humanistas italianos como Leonardo Bruni o Flavio Biondo percibieron las transformaciones culturales de su tiempo, caracterizadas por un retorno al arte y la literatura de la Antigüedad clásica. Esta comparación generó un modelo idealizado de humanidad antigua y estableció fuertes vínculos culturales entre los siglos XIV-XV y el mundo clásico. Entre su presente renaciente y esa Antigüedad ideal, se interponía una época intermedia que comenzaron a caracterizar como turbulenta y oscura, un "tiempo menor". Maquiavelo y la Reforma protestante reforzarían posteriormente esta idea, identificando los males de la religión con la tradición eclesiástica medieval.

La radical incompreensión del siglo XVIII por los valores medievales fue sucedida por una apasionada reivindicación durante el Romanticismo. Este movimiento espiritual, opuesto al culto exclusivo de la razón, promovió el culto a la tradición en todos sus aspectos: políticos, religiosos y artísticos. Bajo la "magia romántica", la "edad sombría y tenebrosa" se transformó en la "edad de oro de la civilización cristiana de Occidente". Las ruinas de castillos y las catedrales cubiertas de hiedra se bañaron en una nueva luz, frecuentemente acrítica pero llena de entusiasmo.

Dos factores complementarios coadyuvieron a esta exaltación romántica del mundo medieval. En primer lugar, un considerable esfuerzo erudito que exhumó una masa impresionante de fuentes documentales, ampliando enormemente el conocimiento sobre la Edad Media. En segundo lugar, el culto a la nacionalidad y a la patria, intrínsecamente ligado a la esencia del pensamiento romántico. Las naciones emergentes buscaron sus orígenes políticos y culturales en el Medioevo, haciendo de este período el eje vertebrador del trabajo historiográfico decimonónico. Las historias nacionales encontraron en la Edad Media sus raíces fundacionales: la Francia de Juana

de Arco y las cruzadas, la Alemania de Federico Barbarroja y los caballeros teutónicos, la España del Cid, la Italia de Dante y Marco Polo. Incluso la burguesía liberal encontró sus referentes en los movimientos comunales urbanos a partir del siglo XI, y los críticos sociales destacaron las hazañas de figuras populares como Robin Hood.

En el siglo XX, la Edad Media se convirtió en una etapa más de la periodización histórica, objeto de estudio científico que busca comprender sus luces y sus sombras. La escuela de los Annales, con Marc Bloch a la cabeza, encontró en este largo período un campo fértil para el estudio de las estructuras y las mentalidades de larga duración. Los cuestionamientos a la periodización tradicional han permitido a los medievalistas actuales considerar la "Edad Media" no tanto como una entidad histórica homogénea, sino como una construcción, una invención, un mito dinámico cargado de representaciones e imágenes superpuestas. Se impone un diálogo crítico entre los avances de la ciencia histórica y el concepto mismo de Edad Media.

Los investigadores son conscientes de la imposibilidad de dotar de homogeneidad y un único sentido a un período tan extenso (aproximadamente mil años) y diverso como el medieval. Afirman que su uso persiste más por la inercia de ciertos usos académicos y costumbres didácticas que por su precisión conceptual. En cuanto a sus contenidos, es crucial distinguir entre la "Edad Media imaginada" —aquella cargada de tópicos y proyecciones— y la realidad que emerge de la investigación histórica rigurosa, que no cesa de matizar y especificar nuestra comprensión de esta era.

Es importante recuperar un medievalismo sobrio y posible, que supere las visiones extremas que lo identifican bien con una edad de oro, bien con una era de oscuridad absoluta. Se debe evitar la tendencia a buscar en la Edad Media los orígenes directos de elementos característicos de épocas posteriores, a menudo forzando una continuidad histórica poco probable.

El problema de la periodización se plantea con fuerza: ¿cuáles son los límites cronológicos de la Edad Media? ¿Existen hitos simbólicos que los marquen? ¿Cómo caracterizarlos? La revisión de estos límites, tanto externos (su comienzo y fin) como internos (sus subdivisiones), es una tarea pendiente. Nuevas miradas y lecturas de las fuentes permitirán poner de relieve las limitaciones de los criterios tradicionales (como la caída de Roma o el descubrimiento de América) y observar mejor las transiciones, que suelen ser procesos largos y complejos, no momentos precisos.

Finalmente, la escuela, como institución, tiene un papel crucial en la transposición didáctica de estos debates. La capacitación docente en estas nuevas perspectivas podría desarrollar contenidos que permitan conformar una visión más matizada y compleja del mundo medieval, acorde con los avances de la historiografía y sensible a la complejidad de las temáticas y al desarrollo cognitivo de los alumnos. El tratamiento de la Edad Media en la educación básica debe huir de los simplismos y abordar la riqueza y diversidad de este período fundamental para entender la formación de Europa y, por extensión, del mundo occidental moderno. Incluso para países como Argentina, se subraya la importancia de comprender este pasado europeo, ya que una gran parte de la historia y la cultura argentinas tienen sus raíces en procesos iniciados durante la Edad Media en Europa, desde las estructuras legales y lingüísticas hasta las instituciones sociales y religiosas.

La valoración histórica de la Edad Media: entre el mito y la realidad – Baroque

La Edad Media es un concepto inventado que data de la segunda mitad del **siglo XV** y hacía referencia a unos “tiempos medios”, situados entre una época lejana pero sumamente gloriosa, la Antigüedad Clásica, y el período de los humanistas que inventan el término, cuyo tiempo se caracterizaba por intentar retornar al espíritu de aquellos tiempos brillantes. La obra de mayor relieve en cuanto a la fijación del concepto de Edad Media, fué la de **Cristóbal Keller** en 1688. Este marcó su inicio en tiempos del emperador Constantino y la concluía en el momento en que los turcos conquistaron Constantinopla.

Existía en la Europa de finales del siglo XVII, por lo tanto, un concepto de Edad Media que se proyectaba sobre un amplio periodo de la historia, si no del conjunto de la humanidad en sí cuando menos de Europa y su entorno inmediato. Sin embargo, **ni en el siglo XVI ni el XVII hubo un mínimo interés por esos tiempos**. Es más, existía un cierto **desprecio por los siglos medievales**, en los cuales el rasgo dominante, al menos así se pensaba entonces, había sido el paulatino **olvido de la rica y fecunda tradición greco-latina**. Desde un punto de vista religioso, movimientos como los de Martín Lucero buscaban retornar a un cristianismo primitivo, abandonando la tradición

medieval caracterizada por un iglesia de carácter “tiránico”. **La Edad Media era vista como un lamentable tiempo de tránsito entre dos épocas gloriosas, caracterizado por la barbarie e ignorancia.**

Fué en el **siglo XVIII** que la imagen del periodo alcanzó el nivel más retrógrado imaginable. El denominado “**siglo de las luces**” o “**ilustración**”, predicaba con mucho énfasis el **racionalismo y la idea del progreso imparable** de la especie humana. Para ellos el Medievo había sido una etapa de barbarie, oscurantismo y superstición, pero también de inmovilismo, parálisis e irracionalidad. Se creía que en la Edad Media se había alcanzado **la cúspide del ejercicio de la brutal tiranía por parte de aquellos que controlaban el poder económico y el político**, los señores feudales. No significó esto que algunos eruditos aislados no hubiesen recogido interesantes materiales de la época, cuyo valor se les reconocería sólo más tarde.

El **siglo XIX**, en agudo contraste con el que le precedió, fue testigo de un cambio radical en lo que se refiere a la consideración de la Edad Media. No solo en los historiadores, sino también en los escritores. Sin duda el **Romanticismo** tuvo mucho que ver con ello. Contrario a la racionalidad de la ilustración, éste ponía el foco en las sensibilidades y el sentimiento, exaltando al individuo y la vuelta a la naturaleza. **Veía naturalmente en la edad media un triunfo de las virtudes individuales, destacando la caballerosidad, la pasión, el amor cortés.** No es extraño que acabase por **mitificar a la Edad Media**, en donde veía representados todos sus valores. A pesar de esta mitificación, el romanticismo fué clave para despertar la curiosidad en los estudios de la época.

Decisivo fué también el rol del **Nacionalismo**, fenómeno político-ideológico que **cobró importancia en Europa con las guerras napoleónicas. Cada pueblo buscaba afirmar sus específicas señas de identidad, buceando en el pasado a la búsqueda de sus orígenes.** En Alemania, la falta de unidad en buena parte del siglo XIX contrastaba con el Medievo, en donde estaba en vigencia el Sacro Imperio Romano Germánico, cabeza indiscutible de la Cristiandad. Esto despertó un fuerte orgullo en Alemania hacia su pasado medieval. En Gran Bretaña, que había logrado un excepcional poderío en la época, sus ahora orgullosos ciudadanos volvían su mirada al Medievo, interesados en conocer sus raíces. En Francia, el Medievo era para los reaccionarios la época dorada de la alianza entre el trono y el altar, y para los progresistas, el inicio de los movimientos populares.

Este siglo XIX fue clave en su publicación de fuentes de la Edad Media y la constitución de importantes escuelas históricas nacionales, en las cuales el estudio de la época tenía un papel fundamental.

En el **siglo XX**, se abre el campo de la **Arqueología medieval** y comienzan **debates entre la historia y las ciencias sociales**, en los que podemos destacar el papel de la escuela francesa de “**Annales**” o el materialismo histórico. A nivel de la **opinión pública general, lo medieval se sitúa en dos líneas contrapuestas**, una negativa y otra emocionante, heredadas de la tradición de los siglos XVI-XVIII y el XIX respectivamente.

La Edad Media tiene una importancia singular para comprender el conjunto de Europa, pues fué entonces cuando se pusieron sus cimientos. Se constituyeron las principales naciones-estados que conforman el mapa actual europeo y se formaron las lenguas fundamentales que hoy allí se hablan. Se forjaron las instituciones como los parlamentos y municipios, se creó la universidad y se inició el conflicto entre lo secular y lo sacral. De todas formas, más allá de todo lo actual que tuvo allí su origen, es innegable que se trató de un periodo que conoció importantes progresos, tanto en el terreno de la vida económica y social como en el del pensamiento y la cultura. Se pusieron los cimientos del mundo urbano y de la burguesía, la protagonista por excelencia de los cambios revolucionarios en Europa. La expansión Europea hacia las Indias no hubiera existido sin el medioevo. Mientras el mundo musulmán se estancaba tras el siglo XI, Europa continuaba creciendo. **Hoy sin duda conocemos con bastante lujo de detalles lo que significó esa Edad Media, mucho mejor que en la época en la que surge el concepto.**

Un nuevo enfoque de la Edad Media - Wickham

Si ya no pensamos a la Edad Media (500-1500) como un periodo oscuro de violencia aleatoria, ignorancia y superstición, ¿qué es lo que la diferencia de otras épocas? **El comienzo del periodo se halla unido a las crisis políticas que surgieron tras la caída del imperio romano de Occidente en el siglo V (500)**, tanto si consideramos a los estados que le sucedieron como “mejores” o “peores”, lo cierto es que **todos fueron realidad fragmentadas, de fragilidad estructural y una mayor simplicidad económica.** El establecimiento de este punto de ruptura encuentra un problema en que el imperio romano de Oriente sobrevive, y pasa a llamarse Bizancio, por lo que **en el sureste de Europa, el año 500 no es tanto una frontera entre períodos.** De hecho tampoco lo es en los lugares a

los que no llegó el imperio romano, donde se dió una importante continuidad cultural que podría considerarse una “última tardoantigüedad” hasta incluso el siglo XI. De todas formas, el medio siglo que se extiende a ambos lados de la fecha del 500, sigue resultando un buen punto de partida y el punto de partida de una transformación radical en varios planos.

Más difícil resulta establecer una línea de separación en el año 1500. **La caída de Bizancio a manos de los turcos otomanos en 1453 no supuso una conmoción tan grande para el mundo conocido**, ese imperio ya venía debilitándose y de todas formas, los otomanos conservaron las estructuras políticas bizantinas. **Los efectos del “descubrimiento” y conquista de América entre 1520 y 1530 tardaron en adquirir una magnitud notable** fuera de España. Entendiendo estos hechos, resulta posible presentar al movimiento humanista, que fué el núcleo intelectual del Renacimiento, como parte de la Edad Media. Esto nos deja solo con la referencia de la Reforma protestante, también entre 1520 y 1530, que supuso un vuelco religioso y cultural que partió en dos bloques antagónicos a Europa. Sin embargo, sería extraño atribuir a una crisis cultural y religiosa (en la que se conserva lo político y económico) el final de la Era, cuando su inicio lo marcamos con una crisis política y económica, en un contexto de continuidad cultural y religiosa (caída de Roma Occidental).

Habiendo entendido esto, podemos ver el **carácter artificial de la definición de la Edad Media**, pero de igual manera **podemos utilizar esta división para realizar comparaciones con otras experiencias históricas**, fuera de Europa que, todo sea dicho, también se trata de un concepto poco claro. Hablar de una unidad esencialmente europea resulta ficticio hoy en día y absurdo en la Edad Media. **La Europa medieval es sencillamente un vasto espacio diferenciado que contemplamos a lo largo de un dilatado período de tiempo.**

- **El escenario**

Suele haber dos formas de presentar a las personas de entonces: como iguales a nosotros, únicamente en un mundo tecnológico más simple, o como seres demasiado distintos a nosotros, con valores y categorizaciones del mundo muy difíciles de comprender. Ambos tienen algo de verdad y tenerlas a las dos en cuenta nos ayuda a comprender la forma en que éstas tomaban sus decisiones en los entornos políticos y económicos en los que se desenvolvían, y con los valores que verdaderamente manejaban. Marx diría que **hacían “su propia historia, pero no haciéndola a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias, dadas y heredadas, en que se encuentran directamente”**.

Dicho esto, **es posible identificar un cierto número de características comunes a una notable cantidad de gentes de la época, consecuencia de las pautas socioeconómicas elementales del periodo**. Por ejemplo, **no era fácil acceder a los territorios de la Europa medieval**: la red de calzadas que le había legado el imperio romano no se extendía más allá de lo que habían sido sus fronteras, y los viajeros debían recurrir al transporte fluvial o marítimo y a utilizar los valles de los grandes ríos. El factor que más resultaba una barrera era la cubierta boscosa de la mayor parte de la Europa continental. Esto no impidió que algunas de las formaciones políticas europeas adquirieran dimensiones notablemente grandes ni que las conservaran además de forma duradera.

El universo europeo era por lo general extremadamente localizado. La mayoría de la gente no conocía más allá de un puñado de aldeas de sus alrededores y los representantes locales del rey, los condes, podían hacer prácticamente lo que se les antojó durante un tiempo, sin que el rey dispusiera de medios para detenerle, o ni siquiera llegar a enterarse.

- **Lo militar y lo político: uno mismo**

Los mercenarios constituían el grueso de la infantería. Los líderes de la caballería y el ejército eran en general hombres que, pese a recibir también algún tipo de paga, se hallaban unidos por obligaciones personales al reino o a la persona del rey, cuando no a ambos. El imperio romano había contado con un ejército sustentado enteramente en la percepción de salarios, y para lograrlo se había visto obligado a gravar con fuertes impuestos la posesión de tierras. En casi toda Europa, durante buena parte de la Edad Media, **no hubo nadie que se ocupara de gravar fiscalmente las tierras**, al menos no más allá de la tributación a pequeña escala. En consecuencia, **la reunión de un ejército tuvo que basarse en la prestación de un servicio de carácter público por parte de los terratenientes** o, alternativamente, en la distribución de tierras entre los militares a fin de que estos pudieran vivir en ellas. Si se reclutaban mercenarios, se les pagaba con tributos de las tierras del rey o conde y con metálico de los terratenientes a los que se eximía del servicio. **Gran parte de la formación de ejércitos dependía de las relaciones personales, vinculadas a la posesión de tierras.**

Bloch llamó “feudal” a esta sociedad basada en la posesión de tierras. Él argumenta que **una sociedad fundada en la posesión de tierras lleva aparejada una “fragmentación del poder”, lo que significa que tiende a generar unas estructuras políticas de carácter descentralizado** debido al simple hecho de que, en un juego de suma cero, cuantas más tierras se concedan, menos se poseerán, con lo que en el futuro podría darse el caso de que las élites terratenientes vengan a prestar una menor obediencia al señor, dado que cada vez tiene menos posesiones que darles. Aunque hubo excepciones, **es innegable que los estados que sí que recaudan impuestos son mucho más sólidos que los basados en el intercambio de tierras donadas para compensar una lealtad militar o política.** En un ejército de asalariados, si un individuo se revela desleal basta con dejar de pagarle. Si un gobernante quiere conseguir el éxito político y resulta que obtiene todos sus recursos de la posesión de tierras, deberá proceder con mucha más cautela, dado que es más difícil retirarles a sus jefes militares sus bienes raíces. Esta circunstancia es una de las marcas características de la mayoría de los sistemas políticos medievales.

La actividad política y el servicio militar estaban muy unidos. A lo largo de la Edad Media, la gobernación giró en torno a organizar las leyes y la justicia por un lado, y la preparación de la guerra por el otro. La lealtad política se hallaba inseparablemente unida a la determinación de combatir, y en consecuencia, la aristocracia terrateniente del medievo poseía casi siempre una institución y una identidad militares. No resultaba nada común que el desarrollo económico se tuviera por incumbencia de los gobernantes, **la limitada responsabilidad de los gobiernos de la Europa occidental,** junto con la estrecha relación que existe entre esa circunstancia y el **alcance de las relaciones personales,** ha empujado a algunos historiadores de prestigio a argumentar que el empleo de la palabra “estado” resulta de escasa utilidad en el debate relativo a las sociedades y las organizaciones políticas medievales.

La política de la posesión de tierras no tenía por que dar lugar necesariamente a un conjunto de maniobras cínicas por parte de unos señores decididos a limitarse a aguardar la ocasión de romper con sus gobernantes tan pronto como constataron su debilidad. **Las obligaciones asociadas con la aceptación de cualquier concesión de tierras, y el honor como elemento inseparable de la fidelidad, también eran factores importantes,** pues era difícil revertir una situación de deshonor. En cualquier caso, **las relaciones de poder que definían el marco en el que se desarrollaban esos juegos de fidelidad hundían enteramente sus cimientos en la política de la posesión de tierras.** Los únicos sistemas estatales que se mantuvieron al margen de estas costumbres, fueron los de **mayor solidez,** Bizancia, el imperio otomano, la España musulmana.

- **El comportamiento económico**

Las comunidades políticas medievales basaban su cohesión y su éxito en el control de la tierra. La razón es muy simple: todas las sociedades preindustriales dependen fundamentalmente de la riqueza agrícola. No había nada a lo que pudiéramos dar propiamente el nombre de “fábrica”. Las labores a las que se dedicaba la mayoría de la gente eran las propias de los campesinos. El control de los frutos del campo, y por extensión de las tierras en donde se cultivaban, era decisivo. **¿Quién controlaba la tierra y sus productos? En algunos casos los propios campesinos,** esto ocurría en el norte y el este donde era muy común, pero también podía darse en el sur en donde los estados extraían de ellos impuestos. **Los gobernantes ejercían un control parcial de las tierras por el simple hecho de tomar una parte de su producción, pese a no ser de hecho los propietarios del suelo.** Sin embargo, **una gran porción de Europa fue siempre propiedad de individuos que no eran campesinos: terratenientes que vivían y prosperaban gracias a las rentas que exigían a los agricultores arrendatarios.** Estos terratenientes pasaron a constituir las élites aristocráticas de Europa, la clase de señores militarizados cuya lealtad a los reyes ya señalamos y a integrar asimismo las cúpulas de los grandes cuerpos eclesiásticos **-las tierras en manos de las iglesias podían llegar a representar una tercera parte de la extensión total de los reinos medievales-.** **Los propios reyes eran terratenientes, y los recursos de que disponían también procedían, en la abrumadora mayoría de los casos, de las tierras que poseían de primera mano.** La riqueza señorial, ya se trataba de reyes, de miembros de la iglesia o de aristócratas, provenía por tanto del volumen de bienes que alcanzaran a tomar del campesinado. **Se hacían con esa riqueza por la fuerza, y por la amenaza de emplearla.**

Evidentemente no todo podía arrebatarse violentamente a los campesinos, ya que los señores carecían de los efectivos humanos suficientes para lograr tal cosa. Lo habitual era que los campesinos acordaran las rentas a pagar, y muy a menudo los señores aceptaban que **esos compromisos se fueran transformando poco a poco en costumbre, convirtiéndose así en realidades difíciles de modificar.** Sin embargo la exacción de las rentas contaba

invariablemente con el respaldo del potencial uso de la fuerza que podían ejercer los hombres armados que todos los señores tenían bajo su mando. De hecho, el momento de la recogida de las rentas y, sobre todo, de los impuestos se efectuaba muchas veces bajo la atenta mirada de los hombres de armas que supervisaban el procedimiento. **En toda la sociedad agrícola del medievo, la violencia tenía un carácter implícito.**

Algunos campesinos eran libres y otros no. Los libres participaban plenamente de la vida pública, como las asambleas, y gozaban de acceso a los tribunales de justicia y de rentas más bajas. La situación de los no libres variaba mucho más. Existían criados domésticos esclavos, pero la mayoría de los no libres (llamados **servi**) eran aparceros. No tenían derechos legales, pagaban rentas más altas y a menudo debían de realizar labores serviles no remuneradas y consideradas degradantes. No se los puede considerar esclavos.

En las aldeas había importantes conjuntos de órdenes jerárquicos entre los libres y no libres, pero con el paso del tiempo **la experiencia común del sometimiento económico cobró mayor importancia que las distinciones de carácter estrictamente jurídico.** A medida que **los señores fueron incrementando las presiones que ejercían también sobre los campesinos libres, ambos grupos acabaron en condiciones bastante similares**, que se suele conocer como “**servidumbre**”.

La dinámica de las relaciones entre señores y campesinos hizo posible el conjunto de la política de la posesión de tierras. Tanto la riqueza como el poder político se fundaban en la explotación de la mayoría campesina. **Todas las dinámicas económicas de los sistemas sociales medievales, incluyendo el conjunto de los cambios que tendremos a relacionar con el “desarrollo” económico** -el aumento en número y dimensiones de los mercados, la aparición de gremios de artesanos- **dependen de la desigual relación entre los señores y los campesinos y de los excedentes que los primeros conseguían tomar de los segundos.**

- **El marco cultural**

En la Edad Media, las relaciones políticas debían buena parte de su solidez al hecho de estar basadas en el honor. Esto incluye al campesinado. Cosas como la deslealtad o la cobardía podían resultar en pérdidas de honor y delitos como el robo eran considerados peor que el homicidio ya que eran llevados a cabo en secreto, por lo tanto eran deshonorosos. Alguien deshonrado no podía prestar declaración ante un tribunal y quedaba legalmente desamparado.

La violencia era tenida por una acción respetable y quien no protegía su propiedad de ataques podía ser pensado como no merecedor de las mismas. En las aldeas medievales de Inglaterra, los niveles de criminalidad homicida eran comparables a los de las más violentas ciudades yanquis del siglo XX. No significa esto que todas las sociedades medievales tuviesen estos valores, pero la defensa violenta del honor era una práctica notablemente generalizada.

El reparto de roles en función del género podía ser marcadamente restrictivo. En las sociedades campesinas se suponía que los únicos que podían utilizar el arado eran los hombres y que las labores textiles estaban reservadas a las mujeres. Las mujeres no podían permitirse el tipo de licencias sexuales que se aceptaban en el caso de los varones heterosexuales y la violencia tampoco era de su incumbencia. En ocasiones, ni siquiera eran personas jurídicas. Podía ocurrir, sin embargo, que en ciertos casos llegaran a ejercer su poder político, ya fuese haciendo uso de su potestad como madres tras el fallecimiento de sus maridos o, más raramente, como herederas si se daba la circunstancia de que carecían de hermanos. **Una gran diferencia entre la Alta y la Baja Edad Media, fué el incremento de la ambigüedad de los roles femeninos**, consecuencia del paulatino aumento del grado de complejidad de las sociedades. Las restricciones legales impuestas al género femenino parecen estar a menudo mejor arbitradas en épocas posteriores. Sin embargo, **los roles que se reservaban a las mujeres fueron muy limitados en todas las épocas**, como también ocurría con los hombres con verdadero miedo a la violencia.

La gente de la Edad Media se mostraba muy religiosa y la abrumadora mayoría era cristiana. Los cristinaos laicos aceptaban la importancia y omnipresencia de la religión, aunque no estuviesen informados de la doctrina o dispuestos a atender a los reclamos de los clérigos, sobre todo en cuestiones como la violencia o el comportamiento sexual.

UNIDAD DOS : Siglos III – VIII

Desintegración del Imperio Romano – Arranz Guzmán

La caída del Imperio romano de Occidente en la época de las grandes invasiones germánicas, y con ello la transición de la Antigüedad tardía a la Edad Media, es uno de los temas de mayor interés entre intelectuales, y se defienden como claves de las mismas la difusión del cristianismo y la barbarización del ejército, respectivamente.

En la actualidad se subrayan tres aspectos para explicar el proceso de desintegración del Imperio. En primer lugar, aceptar que en la caída del Imperio intervienen al menos dos factores fundamentales y excluyentes: los conflictos internos de diversa índole y las invasiones bárbaras. En segundo, entender que las distintas causas posibles del derrumbamiento no tuvieron la misma incidencia en cada una de las regiones del Imperio, ya que en el último siglo romano en Occidente presenta límites difusos en las variadas regiones y provincias. Y por último observar que si su caída oficial se dio en el año 476, tras la muerte del último emperador romano de Occidente, la idea de Roma se intentaría mantener viva, adaptándola a las nuevas circunstancias históricas del Medioevo. En definitiva, una realidad tan compleja como la de los últimos tiempos del Occidente romano no puede comprenderse sin tener en consideración un buen número de acontecimientos de diferente origen, intensidad y alcance, que finalmente desembocaron en la configuración de la Europa medieval. Para conseguir una explicación más completa, se sintetiza en factores internos y externos, aludiendo en primer caso a todas las realidades, desde institucionales a ideológicas, que desde dentro del Imperio fueron minando su curso, y en el segundo, a la entrada en escena de los bárbaros.

1. Factores internos

La caída del Imperio Romano de Occidente se asocia tradicionalmente a la desaparición política del mismo en el año 476 con el destronamiento de su último emperador Rómulo Augústulo por Odoacro, rey de los hérulos, y al envío de las insignias imperiales por parte de éste a Constantinopla, al emperador romano de Oriente, Zenón. Pero hoy este acontecimiento tiene valor anecdótico, ya que ni siquiera tuvo eco en la sociedad de la época, si lo comparamos con el saqueo de Roma por Alarico en el año 410, que impresionó a intelectuales y a la ciudadanía en general, que no dudaron en creer que el fin de Roma había llegado.

Hay muchas dudas de por qué el desplome imperial no causó el interés esperado; quizá por la ausencia documental respecto a la deposición de Rómulo Augústulo hasta casi medio siglo después, o por la ausencia de una verdadera literatura germánica que hubiera convertido el acontecimiento en gesta nacional.

1. 1. Tiempos de crisis, tiempos de reformas

Desde el gobierno de Diocleciano (284-305) hasta el 476 varias circunstancias explican la precariedad del Estado, aunque desde finales del siglo III ya eran conscientes de los problemas del Imperio y comenzaban a adoptar una serie de medidas para solucionarlos.

Desde **Augusto** (61-14 d. C.) hasta finales del siglo III se idearon diferentes fórmulas de gobierno con el propósito de mantener la estabilidad estatal, siendo **el Principado (Princeps)** una de las más sobresalientes. Basado en el **consensus universorum, al recibir el poder del pueblo y del Senado**, y representando un **compromiso entre la República y la Monarquía**, fue en la práctica una **forma de poder autocrático** en cuanto el titular disfrutaba de poderes ilimitados al haberse reforzado la potestad ejecutiva. También desde Augusto se buscó la fórmula sucesoria ideal, sufriendo la transmisión del poder numerosas variaciones, que fueron desde intentos de educar a un familiar concreto, hasta la más original de todas, la Tetrarquía de Diocleciano, pasando por el principio hereditario bajo los Flavios, la elección entre los mejores con los Antoninos, o el golpe de estado llevado a cabo por los generales fronterizos.

Tras la crisis del siglo III, el Imperio intentó por todos los medios rehacerse en su marco político y administrativo. Para ello había que adaptarlo a las nuevas realidades económicas, sociales y culturales. En esta idea trabajaron, sobre todo, los emperadores Diocleciano y Constantino (307-337). En primer lugar había que reforzar la teoría y el ejercicio del poder. Así se pasará de concebir al emperador como un primer ciudadano a verle como un **amo absoluto (Dominus)**. Ya a comienzos del siglo III el jurista Ulpiano escribía: **“lo que el emperador decide tiene fuerza de ley”**. Y progresivamente, se subrayará el **origen divino del poder imperial** como fundamento que lo justifica. De este modo, Diocleciano entraba en comunión con la divinidad, recibiendo de Júpiter las cualidades sobrehumanas que precisaba para el ejercicio del poder. Constantino daría un paso más en la sacralización del poder imperial con el reconocimiento del Cristianismo. “Los emperadores del Alto Imperio podían creerse “dios”, lo que sólo les servía para ponerse al nivel de los diosecillos del panteón politeísta. Los del Bajo Imperio, siendo hombres, reflejarán la majestad

temible del Dios de Abraham”. Al menos Teodosio (379-395) lo entendió así al declarar al Cristianismo religión oficial del Estado. Aunque este objetivo resultaba de difícil cumplimiento en la parte occidental del Imperio, donde no existía la larga tradición oriental de sumisión a la autocracia sacralizada. Además, había una realidad distinta que impediría el triunfo de estas ideas: una peor economía y el ascenso del ejército al poder. Tras la muerte de Teodosio, la difícil situación pondrá casi todo el poder en manos de sucesivos generales.

El ejército también vivió grandes transformaciones, uno de los motivos fue el fin de las conquistas romanas y la distinta concepción que sobre el “**limes**” (frontera) se iba a tener a partir de las presiones ejercidas por los bárbaros. Hasta entonces la frontera se había concebido como una línea provisional dependiente de los sucesivos avances del Imperio, pero después se mostrará ya como una línea defensiva. Era necesario defenderse de los invasores, lo que conllevaba modificar el esquema militar y destinar al ejército mayores recursos. También Constantino creó un nuevo sistema defensivo, completado mediante tratados (foedera) con los jefes germanos que actuaban como aliados del Imperio. Pero, a la larga se iba a asistir a una barbarización del ejército.

También se modificaron órganos políticos y administrativos, desde el Senado de Roma, que vio perder su antiguo poder para limitarse a ratificar las constituciones imperiales, hasta las provincias que pasaron de la cincuentena al centenar con Diocleciano. Asimismo, decayeron los gobiernos urbanos, y con ellos “la mejor raíz del patriotismo romano y la fuente más fecunda de ideales políticos y ciudadanos del mundo clásico, de modo que el Imperio vino a reforzar su caparazón a costa de su médula sin crear otra nueva”.

Primero con Diocleciano y luego con Constantino se llevaron igualmente a cabo los últimos intentos de reforma monetaria y financiera, empezando por el ejercicio de la regalía monetaria. Se adoptaron medidas para regular los precios de los productos y los salarios de los trabajadores (**Edicto de Diocleciano del año 301**). Desde el punto de vista fiscal, el Estado de los siglos IV y V, junto a las “res privata” (tierras propiedad del titular del Imperio), los ingresos ordinarios y las regalías, hizo proliferar los impuestos extraordinarios que se cobraban en especie para mantener la “**annona**” alimenticia de los soldados y las obras públicas. Diocleciano los regularizó a través de la “**indicción**” (cálculo anual de las necesidades de alimentos y materiales que el gobierno tenía, cuyo montante se repartía entre las tierras agrícolas de acuerdo con su rendimiento para cubrir así el total del presupuesto de gasto). A este impuesto, Constantino añadió el censo de la población agrícola o “capitatio”. La indicción proporcionó ingresos pero resultó aplastante para buena parte de la población.

Reformas monetarias y financieras:

- Tanto Diocleciano como Constantino hicieron los últimos intentos de reorganizar la moneda (regalía monetaria = el derecho exclusivo del emperador a acuñar moneda).
- La idea era frenar la inflación y la devaluación que afectaban al Imperio.

Regulación de precios y salarios

- Diocleciano dictó en el año 301 el **Edicto de Precios Máximos**, que fijaba cuánto podía costar un producto y cuánto podía ganar un trabajador, para evitar la especulación y la subida descontrolada de precios.

Ingresos fiscales del Estado

- El Estado se financiaba con:
 - **Res privata** → tierras que eran propiedad directa del emperador.
 - **Ingresos ordinarios** → impuestos regulares.
 - **Regalías** → beneficios de monopolios estatales (como la acuñación de moneda o algunas minas).

Impuestos extraordinarios en especie

- Además de los impuestos regulares, empezaron a cobrar **impuestos en especie** (grano, aceite, animales, etc.) en lugar de dinero.
- Esto servía para mantener la **annona militar** (el abastecimiento de alimentos para los soldados) y para financiar **obras públicas**.

La indicción (bajo Diocleciano)

- Era un **sistema fiscal regularizado**: cada año el Estado calculaba **cuántos alimentos y materiales**

necesitaba (para el ejército, la administración, obras, etc.).

- Ese “presupuesto” se **repartía entre las tierras agrícolas** según su productividad.
- En otras palabras: si una finca producía más, debía aportar más; si producía menos, aportaba menos.

La capitolio (añadida por Constantino)

- Fue un complemento: se hacía un **censo de la población agrícola** (quiénes trabajaban la tierra) y se vinculaba a la tierra misma.
- Así, no solo se gravaban las tierras, sino también a los campesinos que las cultivaban.

Consecuencias:

- El sistema aseguraba ingresos estables al Estado (importante para mantener al ejército).
- Pero se volvió **muy pesado para la población campesina**, porque los impuestos eran altos, rígidos y difíciles de pagar, lo que aumentó la miseria y ató a muchos campesinos a la tierra (origen de la servidumbre medieval).

En resumen, la **indicción** fue el sistema de impuestos agrícolas anual introducido por Diocleciano, que distribuía la carga fiscal según el rendimiento de las tierras. Constantino lo reforzó con la **capitolio**, un censo de campesinos que ligaba a las personas con la tierra. Si bien dio al Estado recursos estables, se convirtió en una carga insoportable para gran parte de la población rural.

Las reformas fiscales se completaron con otras medidas coactivas, adoptadas para organizar las fuerzas productivas mediante la adscripción hereditaria al oficio. A fines del siglo III, con Aureliano, se obligó a los artesanos a integrarse en corporaciones, los “collegia”. Para asegurar los servicios indispensables y el abastecimiento de soldados y funcionarios el Estado acabó por organizar sus propias redes artesanales y mercantiles, minando con ello la libre iniciativa, provocando la regresión en la economía altomedieval.

La estratificación social también iba a resultar alterada desde el siglo III. En la cúspide estaba el orden senatorial, por debajo, los comerciantes y artesanos. El grupo de poderosos se alejaba cada vez más del resto, los “humiliores”, adscritos al oficio.

Las guerras civiles y defensivas así como las medidas tomadas por el Estado repercutieron en todos los ciudadanos aunque con distinta intensidad. Los grupos privilegiados pudieron mantener su posición, las clases medias, pequeños propietarios y comerciantes prácticamente desaparecieron como tales. En el medio rural, el número de pequeños y medianos propietarios fue disminuyendo progresivamente. Las causas principales fueron la **excesiva presión fiscal y el endeudamiento progresivo**. Su pésima situación les llevó a **buscar protección a través del “patronato”**, entrando en encomendación con algún latifundista, a quienes cedían sus tierras o parte de ellas, conservando el usufructo, a cambio de protección real tanto rente al fisco como a la violencia existente. También la situación de los no propietarios, arrendatarios o “colonos” se degradó a lo largo del siglo IV, al encontrarse adscritos al propietario de la tierra, quien podía perseguirlos si huían y maltratarlos físicamente. El colono pagaba sus impuestos a través del propietario. Tales situaciones de dependencia no encajaban con el Derecho romano, al reducir a la mínima expresión las libertades.

El fin del Mundo Antiguo coincidió con el declive de la sociedad esclavista, pero el nacimiento de estos especiales lazos de protección y el desarrollo del colonato manifiestan hasta qué punto dicho declive no conllevó el triunfo del trabajo libre. La razón que explica esta nueva situación del campesinado es clara: **la obsesión del Estado por retener la mano de obra que garantizara la cobertura de sus necesidades agrícolas y el cobro religioso de los impuestos.**

Igualmente, si el Estado romano tuvo claro el motivo para reducir a la nada las libertades del campesinado, también lo tuvo éste para mostrarse insolidario con el Imperio en los momentos de crisis, y llegar a protagonizar una serie de revueltas contra los grandes propietarios, y por supuesto contra el Estado. La más popular de todas fue el movimiento “**bagauda**”, extendido por la Galia, los Alpes e Hispania, siempre regresando cuando las autoridades romanas creían haberlo sometido. “El presbítero galo acusa a los ricos propietarios o patronos, a los recaudadores de impuestos y funcionarios en general de abusar sin pausa de los más humildes. El descontento generalizado de los campesinos y el clima de injusticia social conduce al autor Salviano a entender la revuelta campesina armada bagauda. “¿Cómo extrañarse de que algunos se hayan hecho bagaudas si no es por nuestras injusticias, por la falta

de honradez de los jueces, por las confiscaciones y robos de esos hombres que han hecho de la recaudación de impuestos y de las indicciones tributarias un beneficio personal?”.

1.2 Expansión y consolidación del Cristianismo

La difusión y consolidación del Cristianismo en el Imperio romano coincidió también con su período de decadencia, por lo que algunos autores se plantearon su grado de responsabilidad en el derrumbamiento final de esta alabada expresión política. Los escritores de la Antigüedad Tardía, coincidieron en observar que la integración del Cristianismo en la sociedad y en la vida política del Imperio supuso un cambio fundamental. Pero para los historiadores paganos, la consolidación del Cristianismo fue decisiva en el derrumbamiento de Roma; para los cristianos, las desgracias del Imperio no se debían al Cristianismo sino al envejecimiento imparable de un mundo ya decadente física y moralmente.

Autores de los siglos XVI y XVIII, y más de la Ilustración, acusaron al Cristianismo y a la Iglesia de haber dado muerte al racionalismo de la cultura clásica y haber impuesto la irracionalidad y la intolerancia frente a la religiosidad romana tradicional, que se fundamentaba en la aceptación de la diversidad de creencias y en la convicción de que sus prácticas religiosas resultaban indispensables para contar con el favor a la ciudadanía de las divinidades y para afirmar el espíritu cívico común.

El espíritu religioso del último tiempo del Imperio estaba en plena evolución. Desde el paganismo comenzaron a preocuparse más por la suerte del creyente después de la muerte, tendiendo a ser menos cívico y más místico. El paganismo del Imperio presentaba dos vertientes. Una, basada en la tradición religiosa clásica y representada fundamentalmente por los grupos aristocráticos, la clase senatorial e intelectuales, que despreciaban el bajo nivel intelectual del Cristianismo. Otra, los cultos campesinos de origen neolítico, elementales pero a la larga más resistentes, contra los que tendría que luchar la jerarquía eclesiástica altomedieval, que se concretaban en fiestas y ritos asociados a fuerzas naturales o a objetos y lugares.

Se han buscado diferentes interpretaciones para explicar la oposición presentada al Cristianismo por el Estado romano y una buena parte de los intelectuales de la época, siendo, la más contundente la de que **la Iglesia se estaba convirtiendo en una institución que rivalizaba con el propio Estado**. También se deben tener en cuenta las acusaciones que se hacían a los cristianos, de abandonar las actividades cívicas y de procreación, de desatender el conjunto de deberes sociales y con ello de contribuir a la desintegración del mundo clásico. Asimismo, se han presentado muchas razones para explicar el triunfo del Cristianismo: **falta de homogeneidad religiosa en el Imperio**; el carácter universalista del Cristianismo, por encima de peculiaridades regionales; el alto nivel moral y solidaridad que presentaban los cristianos de la época; los mecanismos de la psicosis de angustia existente que arrastraba a las gentes a buscar más la fe que la razón; el fortalecimiento numérico e institucional cada vez mayor que presentaba la Iglesia. Aunque todo parece indicar que el llamado “**Giro constantiniano**”, **la conversión del emperador Constantino, y el trato de favor dado al Cristianismo a partir de ese momento, fue definitivo en su consolidación**.

Sobre la conversión de Constantino al Cristianismo, **los historiadores han destacado la ambigüedad religiosa y el oportunismo político del emperador**, características que le habrían llevado a intentar conciliar los principios de la Fe cristiana con los de un paganismo todavía fuerte. De hecho, Constantino nunca renunció al título pagano de “Pontifex Maximus”, y presidió los ritos paganos tradicionales en la fundación de Constantinopla. Según Eusebio de Cesarea, Constantino se convirtió en el año 312 tras tener una visión providencial, que le anunciaba la victoria sobre la muerte antes de enfrentarse a su rival Majencio y quedar dueño de las provincias de Occidente. Según el pagano Zósimo, en una línea anticonstantiniana, sitúa la conversión en el año 226, al ponerla en relación con la muerte de su hijo Crispo y su esposa Fasta, de las que hace responsable al emperador, quien se convierte al cristianismo ya que esta doctrina concedía el perdón inmediato a toda falta.

Al margen de interpretaciones favorables o no, y del último intento serio de restauración pagana que llevaría a cabo el emperador Juliano (362-365), la conversión de Constantino dio lugar a numerosas novedades surgidas del reajuste en las relaciones Iglesia-Estado. Un reajuste iniciado con el **edicto de Milán en el año 313**, a partir del cual **los cristianos iban a disfrutar de la tolerancia estatal**, pero que avanzaría mucho más y de forma rápida. Constantino ordenó que se le devolvieran a la Iglesia las propiedades confiscadas durante las persecuciones; eximió al clero de pagar impuestos; confirió a los obispos autoridad judicial; autorizó a la Iglesia a recibir donaciones y a que sus templos fueran lugares de asilo; dispuso medidas ligadas al carácter humanitario del Cristianismo, como la prohibición de marcar esclavos con fuego a la crucifixión; inauguró la política de construcción de iglesias a expensas

del Estado. Pero, el acontecimiento de mayores repercusiones fue su intervención en el **Concilio de Nicea del 325**, al suponer el primer paso dado en la intromisión del poder laico en los asuntos internos de la Iglesia, que tan larga e intensa trayectoria tendría a lo largo del Medievo. El Concilio, bajo su presidencia y con la asistencia de trescientos obispos, se reunió para resolver la controversia teológica arriana, iniciándose así la serie de concilios convocados por los emperadores que iban a ser instrumentos de sus respectivas políticas, siempre destinados a conseguir la unidad religiosa del Imperio, imprescindible para la buena marcha de los asuntos del mismo.

Con la excepción de Juliano el Apóstata, los sucesores de Constantino fueron dando pasos decisivos para la expansión del Cristianismo y las relaciones Iglesia-Estado. El emperador Graciano dejó de ostentar el título de Pontifex Maximus en el 379. Teodosio, con el edicto de Tesalónica (380) hizo del Cristianismo la religión oficial del Estado. En los años 392 y 393 se prohibieron, respectivamente, las manifestaciones públicas del culto pagano y los Juegos Olímpicos. El paganismo oficial y aristocrático recibía así los golpes más duros, reduciéndose a simples prácticas privadas en grupos cada vez más minoritarios, destinados a desaparecer. A partir de entonces, los enemigos de la Iglesia iban a ser las **fisuras heréticas surgidas en el seno de la comunidad cristiana**, entra las que el **arrianismo** desempeñaría un papel destacado por su éxito en las poblaciones germánicas, y brotes continuos del paganismo rural y ancestral nunca vencido.

2. Factores externos: los bárbaros

El término “**barbaroi**”, bajo el que se designaba a los pueblos más allá de las fronteras políticas y culturales de la Hélade, fue heredado por Roma, al igual que su carácter peyorativo, y su identificación con gentes en un estadio de civilización inferior. Esta imagen y la idea de la culpabilidad de los bárbaros en la crisis política que acabó con el Imperio romano caló profundamente en las **corrientes humanistas**, siendo concebidos como “**el diluvio destructor de Occidente**”, y Flavio Biondo situando el inicio de la decadencia del Imperio con el saqueo de Roma por los visigodos de Alarico en 410. Sin embargo, esta interpretación es parcial, pues **parte de un esquema creado ya en la Antigüedad, cuando Roma necesitaba justificar sus guerras de conquista presentando a sus vecinos como enemigos inferiores y peligrosos**. Más tarde, esta misma lógica sirvió para desviar la atención de los problemas internos —económicos, sociales, políticos y militares— que realmente minaban la solidez del Imperio. De esta forma, se responsabilizó a los bárbaros de una crisis que tenía sus raíces en las debilidades propias de la civilización romana.

En tiempos más recientes, sobre todo a partir del Romanticismo y el auge de los nacionalismos modernos, la percepción cambió. Los bárbaros comenzaron a despertar fascinación, no solo por su papel en la historia, sino también por sus mitos y leyendas, lo que llevó a analizarlos de manera más objetiva y reconocer que, si bien intervinieron en las transformaciones del mundo tardoantiguo, no fueron por sí mismos los culpables exclusivos de la caída del Imperio.

En conclusión, la historiografía actual entiende que los bárbaros fueron un factor externo de gran relevancia, pero su impacto no puede explicarse sin tener en cuenta las crisis internas que atravesaba Roma. La imagen de los bárbaros como causantes únicos del derrumbe es en realidad una construcción ideológica heredada de la propia Antigüedad, más útil para justificar conquistas o encubrir debilidades romanas que para explicar de manera realista el fin del Imperio.

En los últimos años se insiste en considerar las posturas historiográficas tradicionales, fruto de la aceptación ciega de los modelos creados por la Antigüedad, culpables de revertir a otros pueblos y culturas los problemas inherentes a la civilización clásica, “al necesitar contraponer ambos mundos para primero justificar las guerras de conquista y después ocultar los factores internos causantes de los conflictos y transformaciones del suyo propio, desviando, en suma, la opinión pública hacia planteamientos secundarios que implicaban a sus vecinos”.

2.1 Los pueblos germanos y Roma

La precariedad y subjetividad de las fuentes escritas sobre los germanos protohistóricos, todas ajenas a su mundo, limita nuestros conocimientos sobre sus culturas, etnias, modos de asentamientos, gobiernos y formas religiosas y culturales. Sabemos de una primera cultura germánica al sur de Escandinavia y en la Península de Jutlandia, de su expansión por la costa sur báltica y por la gran llanura centroeuropea, así como de su llegada hacia el año 500 a. C. hasta el curso inferior del Rin y sus contactos con los celtas, a costa de quienes se llevaron a cabo las migraciones germánicas entre los siglos III-I a. C. hasta la conquista de la Galia por César y la organización del “limes” por Augusto. Desde entonces hasta el siglo II los germanos dejaron de constituir un peligro serio para el Imperio.

En la actualidad se suele hablar de tres momentos en las relaciones entre Roma y los pueblos germanos: el de conquista y colonización romana, en el que la guerra de fronteras con los bárbaros formaría parte del proceso de creación del Imperio; el de las migraciones de parte de las poblaciones germanas a las provincias imperiales, acompañados ya los guerreros de mujeres y niños, con un carácter casi siempre pacífico y con el deseo de servir a Roma; por último, el de las invasiones violentas protagonizadas por guerreros que guían a sus respectivos pueblos, siguiendo las directrices de un jefe común y cuyos desencadenantes podían ser varios: la presión de otro pueblo, el fracaso de los pactos con Roma, traición, o la envidia y el deseo de vivir como los romanos. Pero en este último caso, la actitud de los bárbaros no era siempre igual, podían protagonizar simples ocupaciones momentáneas para llevarse un botín o eran auténticos movimientos de población con el propósito de poseer y gobernar un territorio.

El conocimiento de las ramas dialectales permitió clasificar estos pueblos. Todos conocían la agricultura sedentaria, aunque sus formas económicas se hallaban ligadas a la ganadería como principal fuente de riqueza. La práctica mercantil era rudimentaria igual que su artesanía, ya que estaban acostumbrados al autoconsumo y al trueque. No utilizaban la moneda, aunque la atesoraban por su valor en oro y plata. No obstante, por la influencia del Imperio su comercio a través del limes llegó a tener un cierto peso, lo que llevó a considerar las funciones económicas de la línea fronteriza junto a las defensivas. Los productos intercambiados eran esclavos, pieles y ámbar germanos frente a manufacturas y metales preciosos romanos.

Su estructura social se basaba en tres tipos de solidaridades. La primera era la sippe o familia amplia, que aseguraba la protección de la parentela en torno al padre, que ostentaba el mundo, la autoridad o soberanía doméstica. La segunda era la tribu y la tercera el gau o pueblo, formado por un conjunto de tribus y con un jefe común, que resultaba elegido durante la celebración de las reuniones anuales de sus guerreros o thing. A estas asambleas les correspondían las funciones judiciales y la llamada a la guerra. Por encima del pueblo podía haber confederaciones de varios de ellos y más o menos duraderas bajo la guía del más poderoso militarmente. La posición del individuo dependía de esta red de solidaridades.

El carácter militar de la sociedad germana y las relaciones especiales que se establecían entre el jefe y sus guerreros fueron descritas por Tácito en Germania: el haber abandonado el escudo es la principal vergüenza. En el campo de batalla es vergonzoso para el jefe verse superado en valor y vergonzoso para los guerreros no igualar en valor al jefe. Pero lo peor era haberse retirado de la batalla sobreviviendo al jefe. El principal deber de fidelidad consiste en defender a aquél. Los jefes luchan por la victoria, sus compañeros, por el jefe. **La calidad guerrera y el sentido de la lealtad personal hacia el jefe acabarían convirtiéndose en elementos trascendentales de la sociedad medieval.**

Por debajo de la gran masa de población libre se hallaban los semilibres, miembros de tribus germanas sometidas, y los esclavos, domésticos o agrícolas, de origen diverso.

Respecto al Derecho, los germanos carecían de norma escrita; tenían un Derecho consuetudinario de transmisión oral, pero por influencia de Roma acabarían codificándolo. Se dejaba gran parte de la competencia de la Justicia a la familia, ya que a ella pertenecía la responsabilidad colectiva y la venganza de sangre, dar cuenta de los delitos, jurar la inocencia de una persona, y el pago o cobro de multas judiciales. En ocasiones el Derecho germánico previó la convocatoria de un combate para determinar la culpabilidad, y el juicio a través de la ordalía o juicio de Dios, que a pesar de su primitivismo se mantendría en algunas partes de Europa hasta la plenitud medieval.

Sus creencias religiosas se basaban en la concepción del universo como un gran campo de batalla, en donde los diferentes dioses y fuerzas naturales medían sus fuerzas. El culto a objetos o lugares sagrados y a los días de luna llena o solsticios eran frecuentes. Varias de sus formas paganas iban a subsistir, incluso tras su cristianización.

Uno de los pasos más relevantes en el proceso de integración de los germanos fue su aceptación del Cristianismo ortodoxo. El paso de los ya arrianos al catolicismo marcó un momento clave en la historia de pueblos como los visigodos. Pero aún más decisivo y complicado fue el paso directo del paganismo al catolicismo de francos o anglosajones. Pese a que la conversión de Clodoveo (497) implicó el bautismo de 3.000 guerreros francos, la mayoría no recibió instrucción cristiana. El resultado fue que su conversión no conllevó la renuncia a sus antiguos dioses, lugares sacros o costumbres, y el paganismo iba a mantener buena parte de sus formas y ritos, en especial en el medio rural.

Esta mezcla de paganismo y Cristianismo explica que personajes como Carlomagno consideraran oportunas las conversiones forzosas, y otros como el papa Gregorio Magno pensaran que las únicas conversiones firmes y duraderas tenían que llevarse a cabo con especial cuidado, sin intentar arrancar en un día las creencias acumuladas y vividas durante siglos; sin que fueran traumáticas. Así se fueron cristianizando elementos paganos, dando interpretaciones cristianas a sus antiguas narraciones, o construyendo iglesias sobre templos o lugares paganos.

Su epopeya germánica acabarían fundiéndose con otras tradiciones y narraciones en síntesis de elementos paganos y cristianos; y su arte, tendente a la abstracción frente al realismo romano, de cuya unión surgieron las obras de escultura y de iluminación de manuscritos durante el Medioevo.

2.2 Las grandes migraciones del siglo V.

L. Musset mencionó la existencia de tres grandes oleadas migratorias de los pueblos germanos sobre Europa desde el año 375 con la invasión de los hunos hasta el 568 con el asentamiento de los lombardos, aunque subrayando la mayor profundidad de la primera, así como su superior impacto traumático para los romanos.

La situación de estos frente al “limes” imperial antes de que en el 375 los hunos emprendieran su marcha hacia Occidente era la siguiente: el río Dniéper constituía la frontera entre las dos principales ramas del pueblo godo, los visigodos en Dacia y ostrogodos en el Ponto y actual Ucrania.



En esta época, el obispo Ulfila creó su alfabeto, el gótico, tradujo la Biblia e introdujo la Fe arriana entre ellos.

En el desencadenamiento final de las grandes migraciones de estos pueblos fueron fundamentales las alteraciones y posterior presión de los pueblos nómadas de las estepas rusas, en concreto de los hunos, que tras vencer a los alanos, ostrogodos y visigodos, desde el 375 dominarían las estepas del Don y el delta danubiano, encabezando una confederación de pueblos.

En el 376, los visigodos, presionados por los hunos, atravesaron el Danubio. Al emperador Valente de Oriente no le quedó otra opción más que aceptarlos y mantenerlos a cargo de la **annona**. Pero el mal funcionamiento del sistema de abastecimientos al que hallaban subordinados, así como los abusos perpetrados por funcionarios y mercaderes romanos provocaron su sublevación y posterior victoria sobre las legiones romanas en la **batalla de Adrianópolis** (378), donde murió el emperador. Los visigodos se dispersaron entonces por los Balcanes, sembrando pánico entre la población. Sólo **Teodosio I** iba a lograr provisionalmente la paz, quien llevó a cabo un pacto con el pueblo godo en el 382, instalando a los ostrogodos en Panonia como federados del Imperio y a los visigodos en Mesia Inferior. Sin embargo, los saqueos eran frecuentes cada vez que las provisiones escaseaban o que se deseaba presionar al emperador con el fin de que otorgara nuevas concesiones. A pesar de todo la situación se pudo mantener hasta la muerte de Teodosio. Tras su desaparición, el acuerdo, que no conllevaba la fidelidad de los godos al Estado romano sino a la persona del emperador, quedó roto. A su muerte el imperio se dividió entre sus hijos: Arcadio en Oriente y Honorio en Occidente, aunque éste último cedió el poder, por su corta edad, a un militar de origen vándalo, Stilicón, quien tuvo que enfrentarse continuamente a los ataques de los bárbaros, en especial los protagonizados en Tracia y Macedonia por el visigodo Alarico, el más relevante del momento.

En el 405, grupos de ostrogodos, vándalos y alanos entraron en Italia. Aunque Stilicón pudo aniquilar a la mayoría, a Honorio no le quedó otro remedio que trasladar su corte a Rávena. En el 406, los suevos, vándalos y alanos lograron romper la frontera del Rin y extenderse por las Galias. La apertura de este nuevo frente bélico y el asesinato de Stilicón en el 408 iban a dejar desprotegida a Italia. Su falta de defensa fue aprovechada por Alarico y sus guerreros, quienes asediaron Roma hasta su toma final en el 410. El incendio y saqueo de Roma provocó un gran impacto psicológico en todo el orbe romano. Pero Alarico no tenía intención de permanecer en Italia, sino pasar al norte de África, pero murió antes de poder hacerlo. Su sucesor, Ataúlfo, regresó a la península itálica y se asentó en el sur de la Galia, pero su objetivo no era la destrucción del Imperio, sino llegar a un entendimiento con las autoridades romanas. En este contexto se sitúa el matrimonio de Ataúlfo con Gala Placidia, la hermana del emperador, prisionera de los visigodos desde el saqueo de Roma, y el foedus suscrito por el rey Walia con el Imperio (418) por el que quedaban asentados de manera estable en el sur de la Galia, a cambio de combatir a los bagaudas y luchar contra los bárbaros que habían entrado en Hispania en el 409. De esta manera nació el primer reino bárbaro en tierras del Imperio.

Los bárbaros comenzaban a entrar en la Península Ibérica e iban a comenzar a instalarse de forma permanente. Por el foedus, Walia debía hacer la guerra a estos pueblos. En la década del 420, ni el emperador Valentiniano III, ni Aecio, el

militar defensor del Imperio, pudieron impedir que los vándalos se esparcieran por la Península Ibérica. Los vándalos ocuparon también África proconsular y sus áreas próximas. Tomaron Cartago y amenazaron Sicilia. Roma perdía con ello su más importante granero. A Roma no le quedó otro remedio más que admitir la existencia de un nuevo reino bárbaro, el de los vándalos en el norte de África, y sufrir el inicio de las violentas persecuciones de la población romana de la zona y el declive de su comercio en el Mediterráneo.

2.3 Atila

Entre los años 450 y 451 tuvo lugar la mayor prueba de fuerza para el Imperio romano y los pueblos germanos, ya asentados y parcialmente romanizados: la invasión de los hunos. Este pueblo de las estepas contaba con un caudillo excepcional, Atila, “el azote de Dios” y “un hombre nacido para saquear el mundo y aterrorizar la tierra”. Hasta el 450 Atila había dirigido sus incursiones hacia el Imperio de Oriente, al que no le había quedado otra opción más que pactar un tributo anual. Pero desde esa fecha Occidente pasaría a ser su objetivo. Su cambio de actitud debió haber sido en parte por la propuesta de Honoria, la hermana del emperador Valentiniano III (siglo V). Vivía en la corte de Rávena y, según las fuentes, mantenía una relación amorosa no aprobada con un funcionario de palacio. Descubierta el romance, su hermano quiso obligarla a casarse con un senador para controlar su vida y evitar escándalos que pudieran dañar el prestigio de la familia imperial.

En ese contexto, Honoria buscó una salida desesperada: envió un emisario con una carta y, según la tradición, incluso un anillo a Atila, el caudillo de los hunos, pidiéndole ayuda. La interpretación de este gesto varía: algunos cronistas lo presentan como una propuesta de matrimonio, en la que Honoria se ofrecía como esposa; otros lo ven más bien como una petición política de auxilio para liberarse de la tutela de su hermano.

Atila aprovechó la situación a su favor. Declaró públicamente que había recibido una propuesta de matrimonio y reclamó como dote **la mitad del Imperio romano de Occidente, la Galia**, lo cual era, obviamente, imposible de aceptar para Roma. Usó este argumento como justificación política para emprender campañas militares en territorio romano, presentándose no como invasor, sino como “pretendiente legítimo” con derechos dinásticos. En definitiva, el episodio muestra dos cosas: por un lado, la desesperación de una princesa romana atrapada en la rigidez de la corte, y por otro, la habilidad de Atila para transformar un asunto privado en un pretexto diplomático y militar que le sirvió para presionar al Imperio de Occidente.

En el año 451 d. C., tras haber utilizado la “propuesta” de Honoria como pretexto político, **Atila cruzó el Rin con un enorme ejército huno y aliados bárbaros, avanzando hacia la Galia. Su objetivo no era solo el saqueo, sino también asegurarse una posición de dominio en Occidente**, quizás estableciendo allí un territorio bajo su control.

Al principio tuvo éxitos rápidos: tomó varias ciudades y puso sitio a **Aurelianum** (la actual **Orléans**). Sin embargo, el **papa León I**, los generales romanos al mando (como **Aecio**) y los visigodos aliados bajo el rey Teodorico I **lograron conformar una gran coalición**. Esa alianza enfrentó a Atila en la **batalla de los Campos Cataláunicos** (cerca de Châlons), una de las más decisivas de la Antigüedad tardía.

Aunque la batalla fue muy sangrienta y su resultado no fue una victoria absoluta para ninguno, Atila tuvo que retirarse. Aecio alejó a los adversarios más peligrosos de Atila para permitir su retirada de la Galia sin dificultades, quizá con el deseo de renovar las relaciones de amistad con los hunos y así poder utilizarlos en el futuro como fuerza de contención frente a otros enemigos del Imperio. Atila perdió la oportunidad de dominar la Galia y, aunque invadió Italia al año siguiente (452), tampoco consiguió establecer un reino permanente allí.

En resumen: Atila no logró quedarse con la Galia porque se encontró con una resistencia inesperadamente fuerte de romanos y visigodos unidos. Su invasión marcó un punto culminante de su poder, pero también el inicio de su retroceso, ya que después de esas campañas no pudo expandirse más y murió pocos años después, en 453.

En el 452 d. C., tras fracasar en su intento de consolidar dominio en la Galia, Atila invadió Italia. Saqueó ciudades del norte como Aquilea, Milán y Verona, y avanzaba hacia Roma. La situación era crítica: el Imperio romano de Occidente estaba debilitado, sin recursos militares suficientes para detenerlo. En ese contexto, el emperador Valentiniano III envió una embajada encabezada por el papa León I, acompañado por altos funcionarios imperiales como el prefecto Trigecio y el cónsul Avieno. El encuentro tuvo lugar cerca del río Mincio, en el norte de Italia.

Las fuentes coinciden en que Atila decidió retirarse tras la entrevista, pero difieren en el porqué:

- Tradición eclesiástica: presenta a León como la figura clave, cuyo carisma y autoridad moral impresionaron a Atila al punto de hacerlo desistir de atacar Roma. Algunos relatos medievales incluso añadieron que Atila vio aparecer a San Pedro y San Pablo armados, lo que lo amedrentó.
- Historiadores modernos: señalan razones más pragmáticas. Atila ya estaba en una situación difícil: su ejército sufría hambre y enfermedades, Italia había sido devastada, los suministros eran escasos, y al mismo tiempo el Imperio de Oriente estaba hostigando sus territorios en los Balcanes. La embajada de León, con la promesa de tributos o acuerdos, le ofrecía una salida honorable para retirarse sin parecer derrotado.

En conclusión, la embajada encabezada por León I fue un éxito diplomático y pasó a la memoria como un triunfo de la autoridad espiritual frente a la amenaza militar. Sin embargo, detrás de la imagen casi milagrosa, la decisión de Atila también respondió a cálculos estratégicos y a las dificultades reales que enfrentaba su ejército en Italia.

En el 453 d. C., Atila se apresuró a preparar el ataque contra el emperador de Oriente por haberse negado a pagar los tributos acordados con su antecesor Teodosio, pero su muerte pondría fin a sus propósitos, y el temible y heterogéneo Imperio de los Hunos había desaparecido.

2.4 El final político del Imperio Romano de Occidente

La muerte de Atila sólo iba a significar un levisimo respiro. La inestabilidad del poder romano se acentuaba progresivamente: Valentiniano III mandaba a ejecutar a Aecio y el propio emperador moriría asesinado en el 454 d. C. En las décadas siguientes, el destronamiento del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo en 476 d. C., fue consumándose la descomposición del poder imperial, convertido ya en pura ficción. El poder se encontraba reducido a una parte de Italia. La presencia vándala en África, el principal granero de Roma, y en el Mediterráneo occidental dificultaba enormemente el aprovisionamiento triguero de la capital. La propia Roma, que había cedido su papel de corte a Rávena, era asaltada por los vándalos en el 455, sin que ninguna autoridad civil o eclesiástica pudiera detener el empuje bárbaro como lo había hecho León I con Atila.

Al desaparecer la dinastía Teodosiana, los siguientes titulares del Imperio de Occidente carecieron de fuerza y prestigio, depositando el poder en los grandes jefes militares de ascendencia germánica.

El destronamiento de Rómulo Augústulo en 476 d. C. por su antiguo protector Odoacro ponía fin a cualquier nuevo intento de restauración del Imperio romano de Occidente. Entregó las insignias imperiales al único emperador con poder efectivo que quedaba, Zenón, con el deseo de seguir ejerciendo el poder militar en la parte occidental. Pero el panorama en Occidente iba a ser otro. Los francos se alzarían a ocupar un puesto fundamental en la Galia, con su protagonista Clodoveo acabaron con los restos de dominio romano en la zona tras su victoria en el 486 d. C. sobre Siagrio. Los ostrogodos, bajo Teodorico el Grande, se asentarían en Italia con el propósito de crear una entidad política basada en un sistema de alianzas con los pueblos germánicos para luchar contra Bizancio. La creación de estos reinos y sus proyectos lograrían que el perfil en Europa fuera distinto a partir del siglo VI.

El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía – Cameron

Tras la muerte de Teodosio I en 395, deja a su hijo Arcadio Oriente y a Honorio Occidente. Desde ese momento el imperio romano quedó definitivamente dividido a efectos administrativos. Ya en tiempos de Diocleciano, pese a seguir siendo la sede del senado, Roma había dejado de ser la capital administrativa del Imperio. Los emperadores se trasladaban de una capital a otra. A finales del siglo IV, las principales sedes del gobierno eran Milán en Occidente y Constantinopla en Oriente. El imperio estaba dividido además desde el punto de vista lingüístico: pese a que el latín era hasta el siglo IV o más, la lengua “oficial” del ejército y el derecho, en Oriente laa lengua de las clases cultas era el griego, que además coexistía con muchas lenguas locales.

En Occidente el gobierno imperial ya era muy débil a finales del siglo IV, mientras que el poder de las grandes familias terratenientes había ido haciéndose cada vez más fuerte. Las provincias occidentales se habían visto afectadas y perjudicadas mucho más pronto por las invasiones y guerras civiles del siglo III. Desde la desastrosa derrota en Adrianópolis (378) la presión de los bárbaros iría aumentando constantemente hasta que en 476 fue destronado el último emperador romano que gobernaba el Imperio desde Italia, y el poder pasó a un caudillo bárbaro. La célebre “reconquista “ emprendida desde Constantinopla por el emperador de Oriente, Justiniano, a partir de la tercera década del siglo VI tenía por objeto dar un vuelco completo a la situación, pero si bien en Italia se mantuvo la presencia de los bizantinos en el Exarcado, occidente quedó definitivamente dividido a finales del siglo VI, con la dinastía franca de los merovingios gobernando en Francia y la monarquía visigoda reinando en España. El papado se

hizo con un considerable poder en la esfera secular. Pese a todo, en los reinos bárbaros siguieron vivos muchos elementos claramente romanos.

“El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía, 395-600” sugiere, al utilizar la expresión **“Antigüedad tardía”**, que **en el Occidente bárbaro todavía seguían vivos, aunque fuera de forma fragmentaria, algunos rasgos básicos de la civilización clásica.**

Las fuentes que hacen referencia a todo este período son extraordinariamente ricas y variadas, y entre ellas se incluyen no sólo las obras de autores excepcionales desde todos los puntos de vista, sino también una documentación numerosísima que relata la vida de personajes absolutamente corrientes.

Al contar con una mayor continuidad cultural, Oriente pudo conservar mejor que Occidente una tradición historiográfica según el viejo estilo. Otros autores, en cambio, escribirían la historia de la Iglesia. La lista del material arqueológico es amplísima y cada día se incrementa más.

Alta Edad Media – Collins

• La llegada de los Hunos

En términos de información escrita, al menos hasta el siglo V, la única perspectiva de que dispone el investigador moderno acerca de los acontecimientos que tuvieron lugar más allá de las fronteras del Imperio Romano procede de los historiadores romanos que se mostraron dispuestos incluir breves informes sobre las acciones de los “bárbaros” en sus estudios sobre los acontecimientos contemporáneos. Se estimaba de escaso interés la descripción de los hábitos de aquellos a quienes consideraban salvajes, y eso afectaba incluso a sociedades tan avanzadas, desde una perspectiva moderna, como la de los persas. Incluso si un historiador romano de formación clásica hubiera sentido un interés etnográfico real por los bárbaros de más allá de las fronteras, la adquisición de información detallada y fiable no habría sido fácil.

En consecuencia no es sorprendente, aunque sea lamentable, que **las causas de las alteraciones más importantes en el orden y distribución de los pueblos al norte de Roma en el período imperial sigan siendo en gran medida una incógnita y no puedan ser conocidas.** Es el fenómeno que con frecuencia se conoce, de forma cómoda pero simplificadora, como **“la llegada de los hunos”**. La repentina partida desde las estepas de Asia Central del previamente desconocido pueblo nómada de los hunos **provocó el colapso del antes estable reino de los ostrogodos**, cuyo centro se encontraba al noroeste del mar negro. Esto y la consiguiente huida hacia el oeste de los vencidos, **produjo a su vez la caída de la confederación visigoda**, inmediata los ostrogodos. Los visigodos fueron también empujados hacia el oeste y el sur, y llegaron como refugiados en creciente número a la ribera norte del Danubio, y con ello a la frontera del Imperio romano. La presión se alivió con la decisión del emperador de oriente, Valente, de admitir a los **refugiados godos en territorio imperial en los Balcanes**, pero en último término con consecuencias desastrosas para el Imperio.

Surgen preguntas: ¿Quién empujó a los hunos? Sobre todo teniendo en cuenta que la sociedad nómada mantiene sus viejos patrones de movimientos y áreas fijas de pastoreo de invierno y verano. Si los hunos carecían de organización social y política unificada (como se cree) y operaban en bandas pequeñas ¿Cómo pudieron derribar la gran monarquía de los ostrogodos? La verdad es que el ascenso de esta monarquía a un puesto destacado era relativamente reciente, por lo que era en verdad un poder poco estable. Más importante resulta destacar que **el predominio de los ostrogodos, un pueblo básicamente agrícola, fue sustituido por el de los hunos, que eran nómadas**, bajo quienes la presencia nómada se extendió por primera vez desde Asia Central hasta la frontera romana en el Danubio. **Una zona que hasta el momento había servido de soporte a una sociedad agraria, centralizada y más desarrollada, ya no era capaz de hacerlo.** Esta hipótesis plantea entonces que el fenómeno no se trataría tanto de una “invasión huna”, sino de la conversión de un territorio agrícola a nómada debido a circunstancias externas.

• Los visigodos y el Imperio

En el 376, debido a lo recién señalado, llegan a la orilla norte del Danubio numerosos refugiados visigodos y algunos ostrogodos, que el emperador admitió en el imperio, dándoles tierras a cambio de colaboración militar. Los jefes militares romanos encargados de controlar y establecer a los visigodos en la parte oriental de los Balcanes, les hicieron a estos pagar por las provisiones que el emperador pretendía regalarles, y los alejaron del Danubio, hacia el sur y cerca de la ciudad de Marcianópolis. Allí mientras los jefes godos recibían un banquete de un

general romano, **los visigodos intentaron entrar a la ciudad en busca de alimentos y el general romano entró en pánico e intentó tomar como rehenes a los jefes godos. Los ejércitos se enfrentaron resultando en una derrota romana** y a estos visigodos se les unieron otros que también estaban siendo trasladados. Los visigodos, junto con caballería ostrogoda, **concentraron sus fuerzas al norte de Adrianópolis y las fuerzas romanas fueron derrotadas, muriendo el emperador Valente y dos tercios del ejército.**

Ahora en guerra contra el imperio en su propio territorio, los visigodos no podían cultivar sus propios alimentos, por lo que la ventaja era de los romanos y los godos acabaron **pactando la paz y estableciéndose en los Balcanes orientales.** A partir de ahora serían un elemento clave a cualquier cálculo militar y político, tanto así que los emperadores siguientes fueron muy clementes hacia ellos.

- **Estilicón vs Honorio**

Trás la muerte del emperador Valente, gobernó Teodosio I, bajo quien ejerció la **jefatura militar en Occidente Estilicón**, de origen germánico. **Tras la muerte de Teodosio, gobernaron sus hijos Arcadio (Oriente) y Honorio (Occidente).** Estilicón afirmaba que Teodosio le había pedido que proteja a sus hijos, pero Arcadio no lo permitió. **Estilicón, si debía permanecer en Occidente, pretendía al menos recuperar la región de Iliria en los Balcanes,** bajo control Oriental pero que pertenecía a Occidente por un tratado previo. Para lograr esto, **debía de pactar con los visigodos**, la principal fuerza militar de los Balcanes, ahora bajo el liderazgo de un tal Alarico.

Los visigodos, tras el pacto logrado con el imperio, recibían ingresos a cambio de aportar al ejército imperial, pero no tenían sus propias tierras, de lo contrario no estarían “atados” a los romanos. La solidez de la posición de **Alarico** entre sus seguidores dependía de combinar su papel tradicional de jefe guerrero germánico con su estatus en el nuevo orden del Imperio en el que ahora se movían los visigodos. Para ello, necesitaba mantener a su gente en el futuro inmediato y un título. Por lo tanto, **deseaba el aprovisionamiento general de comida, el pago anual de dinero, y el título de *magister militum*.** Buscaba obtener esto aprovechándose de la rivalidad entre oriente y occidente. En el 402 intentó presionar a occidente atacando Italia, pero fue derrotado por Estilicón, que debido a su utilidad, le permitió a él y a sus hombres escapar. No fué la primera vez que se daba tal situación.

En el 407 Estilicón alcanzó un acuerdo con Alarico para proporcionarle provisiones de forma regular, subsidios y el título que quería, a cambio de la lealtad de los godos. La parte oriental del imperio reaccionó cerrando sus puertos a occidentales, declarando enemigo público a Estilicón y la guerra civil parecía inminente.

En Oriente, desde la muerte de Teodosio I, surgió un sentimiento anti-germánico, al igual que ocurrió luego en Occidente. Por lo tanto, **la aristocracia senatorial de occidente no aportó a Estilicón los recursos necesarios para cumplir su acuerdo, y fué ejecutado por orden del emperador Honorio.** El senado rechazó el reciente y odiado acuerdo con Alarico, quien como respuesta invadió Italia para presionar al gobierno imperial. **Marchó y saqueó Roma en el 410.**

Liberado de la excesiva influencia de Estilicón, **Honorio no deseaba verse sometido a otro dictador militar germano. En la seguridad de su capital (Rávena), estaba situado en una posición ideal para ignorar las demandas de Alarico,** quien incapaz de influir sobre Honorio, se hallaba en una posición difícil, pues la invasión de Italia no logró asegurar sus demandas. Este amenazó al senado para que influyera sobre Honorio, pero fué inútil. Un año después **vuelve a marchar sobre Roma y el senado proclama emperador al principal magistrado de la ciudad, Prisco Attalo, quien así puede otorgar a Alarico el título que deseaba.** Este nuevo emperador era una mera farsa mientras que permanezca Honorio en Rávena, además de que dependía de la defensa de los godos. Esto significa que cuando **Alarico decide que el pueblo visigodo debería trasladarse a África** “el granero del Imperio occidental”, para conseguir los alimentos y seguridad que deseaban, **Attalo se opuso** (pues quedaría indefenso ante la venganza de Honorio), entonces **Alarico lo obliga a abdicar.** Viendo que no logra ninguno de sus objetivos, **algunos godos atacan a Alarico**, ahora en una posición desesperada, por lo que **decide saquear Roma por tercera vez.** Luego de esto, los visigodos se dirigen al sur, buscando alcanzar África una vez más, pero **Alarico muere. Su nuevo líder, Ataúlfo, decide en cambio abandonar Italia por los Alpes, y eso hacen.**

Mientras tanto, **en Britania habían nombrado a otro emperador “usurpador”: Constancio III,** que decidió apoderarse de la **Galia, que justo estaba siendo invadida por pueblos germanos:** los vándalos, suevos y alanos. Estos pueblos confederados avanzaron hacia España, destruyendo todo a su paso. **Constancio III tomó Galia y luego España y buscando la legitimación como colega imperial por parte de Honorio, avanzó sobre Italia.** Sin embargo, generales suyos se rebelaron en España y Britania y le fué fácil a **Honorio capturar a Constancio III, a**

quien ejecutó. En menos de un año desde el saqueo de Roma, Honorio restableció el control sobre el sur de Galia e Italia, resultado positivo de su política de neutralidad ante las demandas de Alarico.

- **La reducción del Imperio occidental**

Uno de los rasgos más sorprendentes del período que va del 395 al 476 es la falta de referencias en las fuentes literarias relacionadas tanto con la mitad oriental del Imperio como con la occidental a ejércitos específicamente romanos.

En Galia se contrajo gradualmente la presencia militar romana a lo largo de varias décadas, dándose al mismo tiempo una **creciente dependencia en tropas mercenarias o federadas** para mantener un enclave, siempre en disminución, bajo el gobierno imperial directo. **En el 418, los visigodos se establecen en Aquitania,** lo que marcó el comienzo del proceso. Se los utilizó para frenar el avance de otros pueblos germanos allí y en España, y luego **se establecieron, mediante un tratado, como federados en una provincia de la Galia. Luego crearon un reino en torno a Tolosa, que comenzó a extenderse hacia áreas que el Imperio deseaba retener bajo su gobierno directo, por lo que se vieron atacados por ejércitos de mercenarios Hunos al servicio Imperial.**

Se observa, en general, una **decreciente capacidad del gobierno imperial en Occidente, aún con centro en Rávena, para controlar directamente la administración de las provincias y garantizar la defensa militar de éstas.** La Galia era, además de Italia, la única área considerada como imprescindible y que debía de ser conservada bajo gobierno imperial directo a toda costa. **La responsabilidad de elaborar y llevar a cabo esta política corresponde en gran medida a un hombre, el general Flavio Aecio “el último de los romanos”.**

El padre de Aecio había sido el *magister equitum* de Honorio tras acabar con Alarico y “pacificar” el Imperio occidental. Tras la muerte de Honorio, el ejército occidental eligió a un nuevo emperador, Juan. Aecio, que tenía contactos con los visigodos y los hunos, había formado un ejército de hunos para luchar en favor de Juan en la última de las guerras civiles con el Imperio Oriental, pero este último derrotó al ejército occidental y **Aecio quedó a las órdenes del nuevo emperador Valentiniano III y su madre, Gala Placidia,** la hermana de Honorio, quien gobernaba como regente de su hijo, aún niño. Se le ordenó a Aecio que realice una campaña contra los visigodos y luego se le otorgó el segundo cargo en la jerarquía militar. **Aecio organizó el asesinato de su superior y alcanzó así el primer cargo. Tras enfrentarse a la oposición por parte de un comandante militar de África, con el apoyo de Gala Placidia, Aecio venció en el 433 y ejerció sin oposición la supremacía política y militar en la mitad occidental del Imperio.**

Como ya se mencionó, **fué su política utilizar mercenarios hunos para mantener el control imperial en la Galia, pero permitió que se perdiera el control de Britania, España y África que la tomaron los vándalos.** Aecio **no permitió que nada lo distrajera de su en último término fracasado intento de eliminar el reino visigodo de la Galia,** y en consecuencia estuvo dispuesto a **conceder en la práctica el control de África a los vándalos. En el 442 se firmó un tratado que formalizaba este reconocimiento** con el matrimonio de la hija del emperador Valentiniano III y el mayor de los hijos del rey vándalo.

El reino visigodo con centro en Tolosa se volvió agresivo y expansionista y Aecio, por obvias razones, no contaba con el apoyo de Valentiniano III o Gala Placidia. A consecuencia de esto, **debió de buscar como aliados a sus ejércitos hunos y a la aristocracia senatorial** que tenía interés en continuar la defensa de la Galia y no apoyaba a la corte imperial. Sin embargo, **los hunos, que antes no tenían una autoridad política central ahora tenían** una dinastía gobernante unitaria, y su gobernante ahora era **Atila.** Esto significaba que **para el 445, la aportación de mercenarios hunos a los ejércitos del Imperio dependía de la buena voluntad de su rey. Los hunos venían aprovechándose del Imperio de dos formas: ofreciéndose como mercenarios a la parte occidental y extorsionando a la oriental, amenazandola con ataques a gran escala. Sin embargo, el nuevo emperador oriental, Marciano, se rehusó a continuar con el pago anual a los hunos.** Por motivos que no han podido ser bien explicados, **Atila, en lugar de atacar el imperio oriental, llevó a sus ejércitos a la Galia y usó contra el imperio occidental** a las mismas fuerzas que desde hace dos décadas lo venían protegiendo.

Aecio tuvo que hacer un rápido cambio en su política. Habiendo estado intentando limitar o eliminar al reino visigodo desde su primera campaña, las nuevas circunstancias de la incursión huno **lo obligaron a aliarse con el rey visigodo Teodorico I contra la amenaza común: los hunos.** En la batalla de “los campos Catalaúnicos”, Teodorico murió, pero los hunos fueron derrotados. Sin embargo, **en el 425 Atila y su ejército huno regresa e invade Italia, sorprendentemente sin oposición alguna de parte de la milicia romana.** Se envió en cambio a una embajada formada por dos senadores y el **papa león I, quien rogó a Atila que se retirara y este así hizo.**

En el 453 Atila muere y su imperio se desmoronó debido a enfrentamientos entre sus hijos y la sublevación de los pueblos sometidos. Para el Imperio, la posibilidad de utilizar ejércitos mercenarios hunos en el futuro dejó de ser viable, por lo que además **Aecio ya no era útil** para la corte. **Aecio murió en Rávena en el 454**, posiblemente a manos de Valentiniano III. Sus oficiales germánicos, siguiendo sus tradiciones, decidieron vengarlo lo que contribuyó a que fuesen fácilmente sobornados por un antiguo cónsul, **Petronio Máximo**, para **asesinar al emperador**, sólo seis meses después tras la muerte de Aecio.

- **Una época de dictadores militares**

En Occidente en el siglo V se pueden encontrar una serie casi ininterrumpida de **generales que ejercen el verdadero poder del Estado**, desde la época de Estilicón hasta el final de la línea de emperadores occidentales en el 476-480. Esto también puede observarse en Oriente pero las necesidades militares de esa mitad fueron menos constantes y a menudo fue posible impedir que los jefes militares ejercieran la clase de control general de la vida política y el dominio de la corte imperial típicos de sus colegas occidentales.

Habiendo dispuesto la muerte de Valentiniano III, **Petronio Máximo pudo asegurar su propia proclamación como emperador** al día siguiente, y ligó a su familia con la de su predecesor casándose con su viuda y casando a su hijo con la hija de este. Esto **rompió uno de los puntos del tratado del 442 con el rey vándalo Geiserico**, y una flota vándala rápidamente partió de África y **cayó sobre la indefensa Roma, saqueandola. Petronio intentó huir pero un ciudadano enfurecido le arrojó un ladrillo y murió.**

La amenaza vándala y la ambición de recuperar el control directo de África se convirtieron en el elemento fundamental de la política imperial durante los últimos años de la parte occidental del Imperio. La falta de tropas para la defensa de Italia significaba que debían de buscarse hombres en la Galia. Petronio ya se había percatado de esto y designado a un *magister militum* con lazos con los visigodos: Avito. Fallecido Petronio, **Avito, con el apoyo godo y del senado, fue proclamado emperador**. Así, **los visigodos una vez más vinieron a jugar el papel de tropas federadas**, actuando en defensa de los intereses imperiales, pero al mismo tiempo pudieron extender su propio control a zonas que eran de importancia secundaria para Avito. La falta de medidas inmediatas, sin embargo, y el que haya sido nombrado emperador en una provincia en lugar de en Roma, hizo que su régimen sea **cada vez más impopular**. En el 456, un general llamado Ricimero ganó una batalla marítima contra los vándalos y el alto mando italiano sintió que podía entonces prescindir de Avito, quien fué **derrotado por Ricimero y Mayoriano**, un ex general de Aecio.

La tardía **determinación de recuperar África dominó la política imperial en Occidente durante los siguientes quince años**, similar a lo ocurrido con la supuesta amenaza visigoda en época de Aecio. **En el 457 Mayoriano fue proclamado emperador**. Se impuso en la Galia, que no había recibido bien lo ocurrido con Avito, y pactó con el rey visigodo Teodorico II. Luego, en el 460, **se dirigió a Hispania en donde estaba reuniendo una flota para trasladar el ejército a África, pero avisados con antelación los vándalos realizaron un ataque preventivo** contra la flota imperial y destruyeron o capturaron la mayor parte, suspendiendo la campaña. **Mayoriano tuvo que aceptar reconocer el tratado del 442**, entregando África a cambio de la paz. Al volver a Roma en 461, Mayoriano fue interceptado por las tropas de Ricimero, depuesto y **ejecutado. Ricimero colocó como emperador a un senador llamado Libio Severo**, que resultó impopular entre un general de Mayoriano en la Galia, resultando en la **pérdida de la poca Galia que aún controlaba el Imperio**. En el 465 el emperador **muere**, tal vez envenenado por Ricimero, haciendo posible un acercamiento entre Oriente y Occidente. En el 467, **Ricimero acepta a un candidato oriental para el trono de Occidente: Antemio, a cambio de que Oriente financiara y lanzara una invasión de África** para eliminar a los vándalos.

La expedición oriental a África en el 468 fue un desastre y **conflictos entre Ricimero y Antemio** desataron una guerra civil, que acabó con el primero tomando Roma y ejecutando al otro. Ricimero muere por causas naturales en el 472 y el **Imperio de Occidente queda reducido a Italia**. La importancia de Italia era tan escasa que el sucesor y sobrino de Ricimero prefirió no quedarse y **el candidato a emperador de oriente, Julio Nepote, se convirtió en emperador aunque muy brevemente** ya que era impopular en Italia y fue expulsado a Dalmacia. Fue sustituido por un nuevo *magister militum*, **Oreste, que puso a su hijo Rómulo Augústulo como emperador en 475**, pero estos fueron **vencidos por Odoacro**, otro general, a Rómulo se le permite continuar con su vida privada y **Odoacro toma el poder en Italia bajo el título de rey en 476.**

Esto no fue formalmente el fin del Imperio en Occidente, pues **Julio Nepote**, reconocido como emperador por Oriente, aún vivía. Este fué **asesinado en el 480, técnicamente poniendo fin al Imperio romano en Occidente.**

Lo sorprendente acerca de la “caída del imperio romano de occidente” es la naturaleza fortuita, casi accidental, del proceso. Desde el año 410 en adelante sucesivos regímenes imperiales occidentales simplemente entregaron o perdieron el control de un creciente número de territorios del antiguo Imperio. **Ningún emperador, sin embargo, habría pensado que en realidad estaba abandonando o excluyendo del imperio a las diversas provincias que cedía. En términos de teoría constitucional la autoridad práctica en las áreas de administración y la defensa estaba siendo delegada en las personas de los reyes germanos.** En teoría estos permanecían subordinados a la autoridad superior de los emperadores.

De esta forma **el Imperio de Occidente se extinguió por delegación. Los acontecimientos del 476 o el 489 significaban en teoría, y así era como Odoacro y el emperador de oriente (Zenón) lo veían, que en lugar de que el Imperio estuviera dividido y existiera una parte occidental y oriente, ahora había un solo imperio indivisible de nuevo, y los derechos y la autoridad del gobernante occidental sobre sus subordinados, los reyes germanos, meramente había pasado al a partir de ahora único emperador, que gobernaba desde constantinopla. En la práctica esto no era más que una ficción constitucional.**

La misteriosa desaparición del ejército romano es uno de los fenómenos más extraordinarios del siglo V, ya que abundan los generales y también los soldados bárbaros. Inevitablemente, al disminuir en tamaño las áreas bajo control imperial directo, el ejército romano también **perdió zonas tradicionales de reclutamiento**. Además, en el 425 o antes, las unidades del ejército romano que quedaban, en poco se diferenciaban de los diversos enemigos que combatían, la mayoría ya romanizados. La pérdida de adiestramiento y experiencia, el gasto de mantener un ejército permanente y las dificultades políticas que podían resultar de tener uno, **todo hacía parecer más fácil, barato y seguro utilizar federados bárbaros para combatir en nombre del emperador**. Estos sin embargo **demandaron, y recibieron, más control del gobierno** en las zonas que defendían. **La única perspectiva era la de la protección de Italia** y de los intereses preferidos por los que allí ejercían el poder político.

- **¿Por qué cayó el Imperio romano?**

La administración central de la mitad del occidental del Imperio abandonó el control de un número creciente de provincias al declinar su capacidad de defenderlas y vigilarlas ante una creciente serie de problemas militares. Esto fue visto por los emperadores en esos momentos como una medida temporal. La administración central del Imperio Occidental sucumbió al proceso que ella misma había alentado.

Las tradiciones intelectuales, de gobierno y de cultura material del Bajo Imperio romano continuaron disfrutando de vitalidad en el Oeste mucho después de la desaparición de la estructura política unitaria. “La caída del Imperio romano en Occidente” no fue la desaparición de una civilización: fue simplemente la ruptura de un aparato de gobierno que no se podía mantener más tiempo.

El final de las villas y las transformaciones del territorio rural en Occidente (siglos V-VIII) – Brogiolo y Chavarría

El texto estudia el territorio rural en el occidente europeo durante los siglos V al VII, analizando la desaparición del modelo arquitectónico de las villas tardoantiguas y la evolución de otras formas de asentamiento, como aldeas o aglomeraciones en altura. El análisis de las transformaciones en la cultura material se basa en datos arqueológicos, mientras que los cambios en la propiedad y gestión agraria necesita fuentes escritas, como expresa Wickham, donde se trata el final de las villas como uno de los aspectos más significativos del mundo antiguo.

Las villas constituyen el aspecto más vistoso del territorio en el mundo romano desde la época republicana hasta el siglo V. Se contextualiza a la villa romana **no como un elemento aislado, sino como la parte más visible de un paisaje rural mucho más articulado y complejo**. Este paisaje incluía:

- **Asentamientos aglomerados:** Vici (pueblos), castra (fortificaciones), castella (fortines).
- **Infraestructura:** Red viaria.
- **Lugares de culto:** Templos, santuarios y, posteriormente, iglesias.

Todas esas estructuras se relacionan entre ellas y con el ambiente (natural o antrópico) en cuadros evolutivos. Se enfatiza que el concepto de “villa” abarcaba realidades muy diversas, desde lujosas residencias aristocráticas hasta granjas más modestas, y que sus estructuras y funciones evolucionaron con el tiempo. Los autores señalan una limitación crucial de la investigación arqueológica: el conocimiento se centra casi exclusivamente en la **pars urbana** (área residencial), mientras que la **pars rustica** (áreas de producción, almacenamiento y vivienda de los

trabajadores) **permanece en gran medida desconocida**, lo que impide una comprensión global de estas explotaciones.

La **villa tardoantigua (siglos IV-V)** representa el **culmen de un modelo de vida aristocrático** (*otium*), bien descrito por autores como Símaco o Sidonio Apolinario, que cuenta con su fase de mayor desarrollo en el siglo IV. **Su declive es iniciado generalmente en las primeras décadas del siglo V**, aunque en algunas zonas muestran signos de decadencia desde finales del siglo III, por lo que no fue un proceso homogéneo, sino que varió profundamente según las regiones, las características de las propiedades y la evolución política y económica de cada territorio.

Las tres fases de evolución de las villas tardoantiguas:

Los autores proponen un modelo tripartito para entender la transformación:

Fase 1 (finales siglos III – IV): Reorganización y monumentalización. Coincide con las reformas administrativas y territoriales de Diocleciano y Constantino. Se da una gran ola de monumentalización de las residencias aristocráticas (peristilos, termas, mosaicos). Estos edificios adoptan una serie de elementos (entrada monumental, peristilo, comedores, espacios de recepción, amplios conjuntos termales, mosaicos, ricos aparatos decorativos) comunes a la mayor parte de las grandes villas del Occidente mediterráneo. Paralelamente, muchas villas ven sus espacios residenciales reconvertidos para usos productivos. Esto no se interpreta como "crisis", sino como un reflejo de importantes cambios estructurales: la desaparición de la pequeña y mediana propiedad y el surgimiento de grandes latifundios controlados por una élite cada vez más poderosa.

Fase 2 (siglos V – VI): El final del modelo. Es el abandono generalizado de la ***pars urbana*** de las villas. Su lugar es ocupado por **reocupaciones marginales**: cabañas con postes de madera, hogares, silos y basureros, que indican un cambio radical en el tipo de población y su nivel de vida. Contemporáneamente, **surgen nuevos modelos de asentamiento aristocrático en contextos fortificados (*castra*) y comienzan a formarse las primeras aldeas en algunas zonas**, como la meseta ibérica.

Fase 3 (siglos VII – VIII): Nuevas residencias aristocráticas (hipótesis). Las fuentes escritas mencionan residencias rurales de la nueva aristocracia (ej. palacio de Liutprando en Italia, la villula de Recesvinto en Hispania). Arqueológicamente, estas residencias no están identificadas, pero los autores proponen la hipótesis de que podrían estar asociadas a las iglesias rurales monumentales altomedievales, interpretadas como capillas privadas de estas propiedades (ej. el edificio de Pla de Nadal, Valencia).

Existe un **paralelismo crucial** entre la **transformación del campo y de la ciudad**, se argumenta que el fin de las villas no fue un hecho aislado, sino parte de un **cambio estructural general**. En esencia, los autores demuestran que el mismo patrón de auge, crisis y renacimiento que vivieron las villas rurales también se dio en las domus urbanas (viviendas urbanas aristocráticas):

- **Monumentalización** (siglo IV): Tanto las villas en el campo como las lujosas domus en la ciudad (ej: en Mérida y Roma) alcanzan su máximo esplendor arquitectónico.
- **Desestructuración** (siglos V-VI): Ambas entran en crisis. Las villas son abandonadas o reocupadas de forma precaria, y las domus urbanas se subdividen, se derrumban o se reutilizan para fines no residenciales, reflejando el colapso del sistema socioeconómico que las sustentaba.
- **Renacimiento** (siglos VIII-IX): Tras un período de arquitectura más modesta, surge una nueva élite con poder y recursos. Esto se evidencia con la aparición de nuevas residencias monumentales tanto en el ámbito rural (hipotéticas residencias aristocráticas) como en el urbano (ej: en el centro de Roma), marcando el final de la transición y el surgimiento de un nuevo orden altomedieval.

Esta comparación refuerza la idea de que el final del mundo romano fue una transformación profunda y generalizada, que afectó por igual al campo y a la ciudad, y no una simple "decadencia" rural. El declive, abandono y posterior transformación de las estructuras residenciales de élite (***villas*** en el campo, ***domus*** en la ciudad) **ocurrieron al mismo tiempo y respondieron a las mismas causas macro: la crisis del sistema socioeconómico del Imperio Romano, la fragmentación del poder y el surgimiento de nuevas realidades políticas (reinos germánicos)**.

En todos los análisis, el final de las villas es estudiado desde un punto de vista arquitectónico e interpretado como consecuencia de las transformaciones experimentadas por las élites tardoantiguas, acentuando cambios de carácter cultural y por tanto de su estilo de vida, el papel de la iglesia en la reorientación de los intereses de estos individuos o la completa desaparición de la clase propietaria y su sustitución por parte de una nueva sociedad campesina independiente. Se considera el período entre los siglos V y VII momento en el que desaparece el modelo arquitectónico de las villas, considerando la evolución de otras formas de asentamiento en el territorio para obtener una visión global.

1. Del final de las villas a los nuevos modelos de asentamiento rural

La documentación arqueológica muestra que las últimas fases de reestructuración arquitectónica y decorativa de las villas tardoantiguas se fechan a mediados del siglo V. A partir de esta fecha, son muy reducidos los indicios de inversiones en los edificios residenciales de las villas, y se hallan más elementos de ruptura que de pervivencia de un sistema de vida aristocrático en estos complejos. Se halla material arqueológico posterior al siglo V pero relacionado con la presencia de hogares, muros de compartimentación construidos con técnicas rudimentarias, agujeros de poste que indican la presencia de cabañas, de basureros, silos, entre otros. El final de las villas no significó el abandono definitivo de estos edificios, pero no podemos sostener que haya una continuidad del lujoso sistema de vida de las villas en el siglo IV y la pobreza de material y recursos de los siglos posteriores. Tampoco la existencia de lugares de culto relacionados con las villas puede considerarse indicio de la continuidad de la vida aristocrática en las villas, porque estas se construyeron a partir del siglo VI cuando las villas ya estaban abandonadas.

Desde el siglo V se comienzan a documentar cambios en la estructura y organización del territorio y su poblamiento:

Iglesias y episcopia rurales: por iniciativa de las autoridades eclesiásticas, a partir del siglo V comienza a tejerse una **red eclesiástica de iglesias rurales**, edificios construidos en relación con la red viaria y en centros de población aglomerada. También se suman en algunos territorios conjuntos eclesiásticos más complejos, **episcopia** rurales. Estas estructuras tomarán el papel de las villas como centros administrativos de las propiedades rurales y como puntos de recaudación de rentas e impuestos (luego se suman también los monasterios).

Los castra: estos **asentamientos fortificados** son contemporáneos al final de las villas. Se sabe que a partir del siglo V existía un sistema defensivo que bloqueaba los valles alpinos (*tractus circa Alpes*). A fines del siglo VII hay una lista de castra definidos como *civitates*, **posibles centros de jurisdicción territorial**. Se trata de una evolución que aseguró la supervivencia de los castra como núcleos de habitación una vez que perdieron su función militar. Hay evidencia de un importante excedente, productos de importación y monedas. Es difícil asegurar si el excedente procedía de la *annona* militar o si era producto de las actividades económicas de los residentes de los castra. La calidad de las defensas, iglesias y edificios residenciales confirma que su producción era obra de equipos especializados.

Se pueden distinguir castra con distintas funciones dependiendo de sus dimensiones, características y posición, siendo algunos importantes centros administrativos, fiscales y religiosos, papel que comparten con centros urbanos y se reparten la recaudación de excedente del territorio. **Schneider** subdivide cuatro grupos principales: fortalezas militares de control de fronteras/vías de comunicación; fortificaciones asociadas a un hábitat; asentamientos rurales de altura provistos de defensas construidos por privados; y grandes aglomeraciones protegidas con murallas y construcciones de prestigio como iglesias o residencias de cierto estatus en su interior.

Las aldeas: se observa el nacimiento y desarrollo de núcleos de habitación aglomerados a partir del siglo V, consideradas aldeas cuando residen a un centenar de personas y constituyen un grupo social en condiciones de producir suficientes recursos, de expresar una identidad propia y cohesión respecto a un territorio distinto al de otras comunidades. Se forman en zonas ocupadas anteriormente por establecimientos rurales romanos o en áreas libres. Por ejemplo, Gózquez o El Pelicano en Hispania, se caracterizan por cabañas semienterradas (sunken-featured buildings), silos y hornos. Las necrópolis asociadas son de tipo visigodo. Los estudios paleoeconómicos sugieren una economía agropecuaria (cereales, olivo, cría de équidos) que **apunta a una organización dependiente de una aristocracia externa**, probablemente residente en ciudades o castra, que ejercía control sobre la producción y recaudación de rentas.

La aparición de estas aldeas con elementos culturales nuevos (como las cabañas semienterradas y ciertos ritos funerarios) no debe atribuirse de forma simplista a la llegada de pueblos "bárbaros". Los autores explican que fue un proceso de aculturación complejo y **bidireccional**: los grupos germánicos ya estaban parcialmente romanizados antes de asentarse, y la población hispanorromana local adoptó después prácticas útiles o prestigiosas de los recién llegados. El resultado fue una sociedad nueva y mezclada, cuya cultura material refleja esta hibridación y no identidades étnicas puras.

Asentamientos de carácter disperso: son pequeñas habitaciones marginales o granjas aisladas, visibles tras la desaparición de las villas, dispersas y a veces reutilizando espacios ocupados por las villas, de manera puntual y no monumental. Sus estructuras se reutilizaron para fines modestos, como viviendas precarias, instalando cabañas de madera o adobe dentro de las ruinas; usos productivos, en algunas áreas se destinaron a silos, talleres o corrales, o necrópolis, en ocasiones, se usaron como cementerios de comunidades cercanas.

Lo que se mantuvo no fue la residencia lujosa, sino el espacio agrícola alrededor, con sus aterrazamientos, canales, fosas, etc.

Áreas marginales: con la disolución del sistema económico romano globalizado, las áreas marginales (zonas antes consideradas periféricas o de escaso valor) adquirieron un nuevo protagonismo en la Alta Edad Media (siglos VII-IX). Estos territorios, como bosques, zonas pantanosas, montañas o regiones mineras abandonadas, aptos para la ganadería y recolección, experimentaron una revalorización económica y estratégica bajo los **nuevos reinos regionales**. Se revaloran recursos minerales, la *pietra ollare*, el pastoreo, productos como castañas, etc. Pequeñas comunidades se instalaron en estas zonas, a menudo en asentamientos temporales o estacionales (por ejemplo, para la trashumancia o la minería). Eran espacios menos controlados por el poder central, lo que permitía cierta autonomía, pero también eran vulnerables a la expansión de señores locales o monasterios. Aunque se suele pensar en estas áreas como "libres", fuentes tardías (como el Político de Santa Giulia, s. IX) muestran que aristocracias y monasterios ejercían un control férreo sobre sus recursos. La marginalidad era relativa: sólo existía donde no había recursos valiosos que atrajeran el interés del poder.

Un modelo multivariado: para Wickham, si bien la clave de los principales cambios que dieron lugar al final del mundo romano se encuentra en el registro económico, para explicar el final de las villas se basa en conceptos vinculados a la militarización de la sociedad, transformaciones en el sistema de vida y de la cultura de las élites. Los autores creen que el problema debe ser examinado área por área, ya que en cada territorio hay distintos factores. La transformación del mundo rural tardorromano y altomedieval no puede explicarse mediante una sola causa.

- ❖ Primero hay que considerar el sistema económico, que significa indagar el territorio en relación con los núcleos urbanos y a los castra como nuevos centros de referencia para los territorios subalternos. Los hallazgos de monedas, pesos monetarios, cerámicas importadas, confirman que estos centros continuaron atrayendo productos de mercados internacionales e interregionales. Los flujos de bienes provenientes de territorios dependientes se documentan ampliamente en ciudades y castra. A un nivel alto no hay duda de que los intercambios fueran gestionados bajo el control político y administrativo de organismos superiores.
- ❖ Los testimonios relativos a la estratificación de la sociedad y sobre las élites son menos significativos que en la época tardoantigua, cuando las lujosas residencias señalaban de manera indiscutible la presencia de aristocracias. A partir del siglo VI, son los ajuares funerarios los que sugieren la presencia aristocrática. A partir del siglo VII serán las iglesias funerarias privadas y el evergetismo hacia lugares de culto lo que la revela. También existen diferencias sociales en la estructura de los asentamientos que se reflejan tanto en la cultura material de los asentamientos como en las características de la arquitectura residencial. Además de análisis que identifican diferencias sociales en la dieta.
- ❖ El tercer elemento fundamental para entender la organización del territorio (aunque difícil) se refiere a la **capacidad de control por parte de las aristocracias sobre los campesinos**. En la Antigüedad Tardía se consolidó la tendencia a la concentración de la propiedad rural en manos de grupos privilegiados, caracterizada por ser muy fragmentada y dispersa en el Imperio, lo que condicionó un sistema de explotación indirecto a través de agricultores, que trabajaban estas tierras a cambio del pago de una renta al propietario, que solía vivir en núcleos urbanos. Para los autores, la ausencia de indicadores arqueológicos de estatus en el territorio no puede ser tomada como prueba de un sistema carente de jerarquías o controles. Además, la planificación de aldeas como Gótzquez (España), con su economía orientada al excedente y su infraestructura hidráulica, sugiere una organización impuesta o dirigida desde un poder externo (urbano o desde un castrum), no una autogestión comunal autónoma.

Guerreros y campesinos – Duby

I. Las Bases Productivas: La Lucha contra la Naturaleza

El nivel de la civilización material en este período es extremadamente bajo. La economía se reduce esencialmente a una lucha diaria por la supervivencia contra unas fuerzas naturales abrumadoras, con unas herramientas humanas notablemente ineficaces. Reconstruir el medio natural es una tarea compleja, que requiere de la arqueología del paisaje, la toponimia y la paleobotánica. El bosque domina el paisaje, cubriendo incluso en el siglo IX dos quintas partes de dominios bien establecidos como los de Saint-Germain-des-Prés. Este elemento natural es omnipresente en la cultura y la mentalidad de la época.

Sin embargo, la diversidad edafológica es extrema. Los suelos ligeros y fáciles de trabajar ("tierras cálidas") se oponen a los suelos pesados y resistentes ("tierras frías"). El bosque europeo del siglo VII no era una masa continua,

sino que estaba salpicado de innumerables claros, algunos recientes y pequeños, otros antiguos y extensos. En la franja mediterránea, la aridez estival, la violencia de las lluvias y la erosión hacen el bosque más frágil y vulnerable al fuego, degradándose con facilidad en matorral. Allí, la lucha no es tanto contra el árbol como contra el agua: para domesticarla, proteger las pendientes, drenar pantanos e irrigar en verano.

Las variaciones climáticas desempeñan un papel determinante. Los estudios glaciares sugieren una fase de avance entre los siglos V y VIII, seguida de un retroceso hasta mediados del XII, más acentuado que el actual. Esto sugiere para Europa Occidental un período de clima más suave y menos húmedo, favorable para los trabajos de la tierra y la producción de subsistencias, sobre todo en las provincias septentrionales. En la zona mediterránea, este aumento de la aridez hizo más vulnerable el suelo a la erosión.

El conocimiento de la implantación humana tropieza con dificultades insuperables. Los documentos escritos son escasos y poco útiles para la demografía hasta los inventarios carolingios del siglo IX. La arqueología ofrece indicios dispersos y de interpretación delicada. La impresión general es que el siglo VII se sitúa al final de una larga fase de regresión demográfica, relacionada con fluctuaciones climáticas y, sobre todo, con la Peste Justiniana a partir del 543. Esta epidemia, descrita por Procopio y Gregorio de Tours, causó estragos recurrentes durante más de medio siglo en Italia, España y Galia. La arqueología confirma una disminución sensible del poblamiento incluso en zonas no mencionadas en los textos, como en Alemania. Las estimaciones de población para el siglo VI son muy bajas (5,5 hab/km² en Galia, 2,4 en Inglaterra, 2,2 en Germania), mostrando un continente prácticamente vacío y cuyos habitantes sufrían desnutrición, como revelan los esqueletos, lo que los hacía más vulnerables a las epidemias. En este vacío humano, la base de la fortuna no era la tierra, sino el poder sobre los hombres y sus escasos útiles de trabajo.

El conocimiento de estos útiles es muy limitado. Los textos son vagos, usando términos latinos anticuados. Términos como "grafium" o "carruca" designan un instrumento arrastrado por tiro, pero es imposible saber si era un arado simétrico que solo abría el surco o un arado con reja asimétrica y vertedera capaz de remover la tierra en profundidad. Los descubrimientos arqueológicos y la iconografía aportan poco. La información más clara procede de inventarios carolingios de fines del siglo VIII, que se refieren a los dominios mejor organizados. El inventario de Annappes (Flandes) enumera utensilios de cocina, herramientas para trabajar la madera y, para la agricultura, solo guadañas, hoces y palas de hierro. No se menciona un arado entre los útiles metálicos. El uso del hierro en el equipo agrícola parece extremadamente limitado. La Ley Sálica castigaba con dureza el robo de un cuchillo, lo que indica la rareza del metal. El capítulo "De villis" (c. 800) recomienda inventariar a los herreros, y en Annappes no había ninguno. En la abadía de Corbie, un solo taller central reparaba todos los útiles, y los arados de la huerta, proporcionados por los campesinos, se construían y reparaban sin metal, probablemente con madera endurecida al fuego. Incluso los arados pesados, arrastrados por seis u ocho bueyes, eran poco capaces de remover suelos compactos.

Existen indicios de una cierta superioridad técnica en regiones consideradas menos "civilizadas". Las lenguas eslavas tienen un nombre específico para el arado verdadero antes del siglo X. Se han hallado en Moravia y Países Bajos objetos de hierro que podrían ser rejas. Un manuscrito inglés del siglo X muestra un arado con vertedera. El poeta Ermoldus Nigellus evoca rejas de hierro en Austrasia en el siglo IX. Esto induce a pensar que los pueblos de la Germania primitiva extendieron poco a poco el uso del metal en los instrumentos agrícolas. No obstante, la imagen global es la de una sociedad agraria mal equipada, que debe complementar la agricultura con la recogida de frutos, la pesca, la caza y una ganadería intensiva.

La fisonomía del paisaje refleja la densidad del poblamiento, el estado de los útiles y, fundamentalmente, el sistema de cultivo, que a su vez depende de tradiciones alimenticias arraigadas. La fusión de la civilización romana y la germánica favoreció la confrontación de dos tradiciones alimenticias y, por tanto, de dos tipos de paisaje: uno romano, en degradación, y otro germánico, en perfeccionamiento, que progresivamente se interpretaron.

El modelo alimenticio romano, legado por Roma y propagado por el monacato (como muestra la Regla de San Benito), se basaba en cereales panificables, vino, legumbres, hierbas y aceite. Este modelo, asociado a la élite civilizada y santificado por los ritos cristianos, se extendió como un ideal, obligando a importar productos o a implantar un sistema de cultivo apropiado, basado en el cereal y la vid, cuyos principios se encontraban en los

agronomos latinos. Este paisaje, de base campesina permanente, se había concebido inicialmente para una agricultura de llanura, con una organización colectiva para la domesticación de las aguas. En las provincias más romanizadas, esta organización se desarrolló en el marco rígido de la centuriación, cuyas huellas son aún visibles. Los amplios sectores de cultivo se hallaban repartidos entre grandes explotaciones compactas. En regiones más alejadas, la implantación de campos y viñas fue más dispersa. La producción cerealista se basaba en una rotación bienal. Al "ager" (tierra de labor) se oponía vigorosamente el "saltus" (zona reservada al ganado). Este contraste era decisivo en la repartición del hábitat: en el "saltus" se mantenían formas primitivas de asentamiento (aldeas de altura), mientras que en el "ager" se encontraban las "villae" señoriales y las "casae" campesinas dispersas, así como los "vici", pequeñas aglomeraciones que se convirtieron en sedes de parroquias rurales.

Estas estructuras representaban un vestigio en vías de degradación. Una de las razones fue la lenta modificación de las tradiciones alimenticias. En Galia, el tocino, la grasa y la cera desplazaron al aceite. En Italia del norte, las costumbres germánicas introdujeron un mayor consumo de cerdo y caza. Los productos del "saltus" ganaban importancia. Además, la agricultura de llanura era frágil. La incapacidad del poder público para mantener las obras de drenaje y la acción de los merodeadores condujeron al abandono progresivo de las zonas bajas del "ager". Innumerables "villae" fueron abandonadas en el siglo VII, y los "vici" perdieron su carácter. Parece iniciarse incluso un lento movimiento de transformación del hábitat, un reflujo hacia los lugares elevados, un retorno a sistemas de cultivo más próximos al germánico.

Los paisajes de tipo germánico aparecen en estado puro en regiones no influidas por Roma, como el país de los sajones, o apenas romanizadas, como Inglaterra. La ocupación humana era muy débil. Las condiciones técnicas y la escasez de brazos obligaban a reducir los campos de cultivo a las tierras más aptas. Los claros agrícolas eran islotes muy reducidos, limitados a una decena de hectáreas, ocupados ante todo por huertos inmediatos a las casas, enriquecidos con detritos familiares. Los campos de labor no cubrían totalmente el claro. Los germanos practicaban una rotación periódica mucho más flexible, abandonando al barbecho durante muchos años las parcelas agotadas y abriendo nuevos campos más lejos. Este área de cultivo itinerante estaba delimitada por setos, símbolo de la apropiación. Tras este límite existía una zona de explotación colectiva para pastos, caza y recogida. La alimentación en esta parte de Europa incluía cereales, pero en mucha menor proporción que en las comarcas romanizadas. Los productos ganaderos (queso, mantequilla, carne), la pesca y la miel tenían un papel crucial. El paisaje respondía a un sistema de producción más pastoril que agrícola. La ganadería era mixta, pero el cerdo, criado en bosques de encinas y hayas, era el gran suministrador de carne.

La asociación íntima de ganadería y agricultura, y la competencia entre campo de labor y espacio pastoral, diferencian claramente el sistema "bárbaro" del romano, donde "ager" y "saltus" aparecían disociados. Sin embargo, esta distinción se atenuó progresivamente durante la Alta Edad Media debido a la fusión de ambas civilizaciones, la penetración del cristianismo y la adopción gradual de hábitos "civilizados" como el consumo de pan y vino. La fusión de ambos sistemas dio origen al que caracterizaría al Occidente medieval, y fue más precoz y fecunda en regiones de contacto, como la cuenca parisina.

Los primeros documentos explícitos sobre explotación rural (guías de administración carolingias de fines del VIII y principios del IX) se refieren precisamente a estas regiones de confluencia. Muestran empresas de producción dirigidas por agentes del rey o grandes monasterios, explotaciones piloto presumiblemente las mejor atendidas. Estos documentos revelan el papel considerable de la explotación del "saltus" (bosques y pastos) junto a los campos de cultivo. La interdependencia de actividades pastoriles y agrícolas era la base del sistema. La fertilidad de la tierra arable dependía de dejarla en reposo periódicamente, abonarla y labrarla. La eficacia de estas prácticas dependía a su vez de la ganadería: animales para labrar, rebaños que pastaran en los barbechos aportando abono natural, y estiércol de los establos. Sin embargo, los documentos del siglo VIII sugieren que los establos de los grandes dominios estaban mal atendidos. Los animales eran vistos como competidores por el alimento, y no se comprendía que su escasez era culpable de las deficiencias agrícolas. La tierra estaba mal trabajada. Las sernas en los campos señoriales preparaban la siembra con dos o tres labores, insuficientes dada la precariedad del arado. Equipos de trabajadores manuales completaban la acción con azadas. La falta de mano de obra y de equipo técnico hacía imposible reconstituir suficientemente la fertilidad del suelo.

Esto obligaba a una agricultura extensiva: grandes descansos y puesta en cultivo cada año de solo una parte limitada del espacio. En los grandes dominios de la cuenca parisina en el siglo IX parece aplicarse una rotación trienal (cereales de invierno, cereales de primavera/leguminosas, barbecho), pero es probable que, debido a la escasez de ganado para abonar el barbecho, los rendimientos de primavera fueran muy inferiores y los campos permanecieran incultos varios años consecutivos. La aportación de abono animal era extremadamente reducida, reservada para huertos y viñas. Solo en algunas regiones, como Países Bajos y Westfalia, la arqueología revela el uso de abono vegetal (brezo, humus) para mejorar el suelo, pero no hay pruebas de su aplicación generalizada.

El rendimiento del trabajo agrícola se mantenía en un nivel muy bajo. El único dato numérico disponible, del dominio de Annappes, indica rendimientos para la escanda de 1.8 por 1, para el trigo de 1.7 por 1, para la cebada de 1.6 por 1 y para el centeno de 1 por 1. Estas tasas, aunque de un año malo, no parecen excepcionales en la agricultura antigua y se corroboran con otros indicios dispersos (el monasterio de Santa Giulia de Brescia calculaba un rendimiento normal de 1.5 por 1; en Saint-Germain-des-Prés, uno de 1.6 por 1). Obligados a reservar para la simiente una parte de la cosecha igual o superior a la destinada a alimentarse, y con la amenaza constante de que ese débil sobrante se redujera aún más por malas condiciones climáticas, los hombres de Europa vivían con la obsesión del hambre. Esta productividad irrisoria explica la escasez permanente y la baja vitalidad de una población ya de por sí escasa. Los estudios de cementerios (como los húngaros de los siglos X-XI, extrapolables a los VII-VIII) muestran una mortalidad infantil cercana al 40%, una muerte prematura de los adultos y una tasa de fertilidad muy reducida, lo que dejaba un margen de crecimiento demográfico mínimo. Solo los más ricos presentaban una proporción menor de esqueletos infantiles.

II. Las Estructuras Sociales: La Explotación del Hombre por el Hombre

Ni la sociedad romana ni las germánicas eran igualitarias. Ambas aceptaban la preeminencia de una nobleza y practicaban la esclavitud. Las migraciones consolidaron estas desigualdades al fusionar las aristocracias y revitalizar la esclavitud mediante la guerra. En el cuerpo social se distinguían tres posiciones económicas: los esclavos, los campesinos libres y los "grandes", dueños del trabajo ajeno. Toda la economía estaba condicionada por esta configuración.

Los textos de la época revelan la presencia de numerosos esclavos ("servi", "ancillae", "mancipia"). Eran propiedad de un dueño desde que nacían hasta que morían, instrumentos sin nada propio, usados, castigados, vendidos o regalados a voluntad. Su precio podía ser relativamente bajo (un muchacho franco por 12 sueldos, un caballo por 15). Era corriente que simples campesinos poseyeran esclavos. Toda casa aristocrática o religiosa disponía de un equipo doméstico servil. La población servil se reconstituía por procreación natural, guerra y comercio. El cristianismo no condenó la esclavitud, pero prohibió (sin mucho éxito) esclavizar a bautizados y fomentó la liberación como obra piadosa. Su contribución más visible fue el reconocimiento de derechos familiares a los no libres. Los matrimonios mixtos y la manumisión crearon categorías jurídicas intermedias (libertos, semilibres), pero estas personas seguían en estrecha dependencia de un señor. La existencia de un número considerable de individuos obligados al "servitium" (prestación gratuita de trabajo definido) es un rasgo fundamental de la economía de la época.

Las reglas jurídicas mantenían una frontera, borrosa, entre servidumbre y libertad. Para los germanos, la libertad significaba pertenecer al "pueblo", depender de las instituciones públicas: derecho a llevar armas, seguir al jefe en expediciones primaverales (fuente de botín) y participar en asambleas judiciales. En las provincias romanas, la libertad campesina era menos consistente y no excluía la sumisión económica. Muchos campesinos eran "colonos" que cultivaban tierras ajenas. Subsistían, sin embargo, campesinos verdaderamente libres, pobladores de "vici" y poseedores de tierras comunes.

La célula base de la producción agrícola era el equipo de trabajadores unidos por lazos de sangre que explotaba la tierra heredada. Las descripciones carolingias sugieren un grupo de parentesco reducido (padre, madre, hijos), a veces ampliado con hermanos solteros o con siervos domésticos. No parecen existir grandes grupos patriarcales. Un

capítulo de Carlomagno del 789 muestra la repartición de trabajos: las mujeres al trabajo textil y los hombres a los campos, viñas, prados, caza, acarreo, construcción y servicio de armas y justicia.

La comunidad familiar estaba enraizada en la tierra. Conceptos como la "hide" anglosajona (tierra de una familia), la "huba" germánica o el "mansus" en la cuenca parisina (término que aparece entre 695-674) designaban este asidero fundamental: la residencia cercada y, por extensión, el conjunto de bienes anejos (huertos, campos, pastos) sobre los que la familia tenía derecho de uso. El "mansus" llegó a tener un valor tradicional, definiendo la extensión de tierra necesaria para mantener un hogar ("tierra de un arado"). Su estructura variaba según la ocupación del suelo, pudiendo estar las parcelas dispersas o reunidas en un bloque.

Frente a estos mansos campesinos, existían "mansos" señoriales, similares pero mucho más amplios, mejor contruidos y poblados por numerosos esclavos y rebaños. En las regiones latinizadas se les llamaba "villae", a menudo situadas en emplazamientos de antiguas villas romanas. Pertenecían a los "grandes": jefes del pueblo y establecimientos eclesiásticos.

El poder de mandar, dirigir el ejército y administrar justicia correspondía al rey, cuya posición económica derivaba de su nacimiento y carácter dinámico. Su fortuna, la más considerable, se veía constantemente renovada y fragmentada por las divisiones sucesorias, pero también reforzada por su poder. La casa real ("palatium") reunía, además de parientes y servidores, a jóvenes de la aristocracia que completaban su educación y eran "alimentados" en palacio. El soberano estaba rodeado de "amigos" o "fieles", unidos a él por una fidelidad particular que les confería un "valor" individual excepcional. Algunos eran enviados a provincias para extender la autoridad real. Esta red creaba estrechas relaciones entre el cortejo real y toda la nobleza del reino.

Esta nobleza, mezcla de descendientes de jefes tribales y restos de la clase senatorial romana, aparecía como una emanación de la realeza, de la que obtenía su estatus through regalos, botín, poderes delegados (condes, "adalungpan") y altas dignidades eclesiásticas.

La Iglesia cristiana, integrada en el mundo, se había afirmado como uno de los "grandes". En torno a catedrales y monasterios vivían "familias" extensas que disfrutaban colectivamente de una fortuna amplia y estable, que no cesaba de crecer gracias a un fuerte movimiento de donaciones piadosas de reyes, nobles y gente pobre.

La aristocracia influía en la economía through su poder sobre la tierra y los hombres. Este poder era inmenso, aunque sus contornos son difíciles de delimitar antes del siglo IX debido a su fluidez (donaciones, divisiones, usurpaciones). Los grandes dominios ("fundus", "praedium", "villa") existían en todas las provincias, a veces compactos y extensos (herencia de "latifundia" romanos), a veces fragmentados y dispersos. Su estructura interna variaba.

Estas grandes concentraciones de tierra eran objeto de explotación directa mediante grupos de esclavos domésticos, a veces reforzados con mano de obra auxiliar. Sin embargo, cada vez era más frecuente encontrar "villae" cuya tierra no era trabajada solo por los servidores de la casa, sino dividida en "mansos" concedidos a familias campesinas. Estos "mansos" podían estar ocupados por hombres libres ("coloni") o por esclavos ("servi masati") a los que se había casado, situado en una explotación autónoma y hecho responsables de su mantenimiento. Esta innovación, de extraordinario alcance, beneficiaba al dueño al reducir gastos de mantenimiento, estimular el celo en el trabajo, acrecentar la productividad y favorecer la renovación de la mano de obra servil. La rareza de esclavos, quizás por un rigor moral creciente o por su venta fuera de la cristiandad latina, hizo que este sistema se extendiera. Así, el equipo de servidores domésticos en el centro de la "villa" disminuyó, se redujo la extensión de la reserva señorial explotada directamente y aumentó el número de tenentes. Esta mutación de la esclavitud, aproximándola a la condición de los tenentes libres, fue uno de los acontecimientos mayores de la historia del trabajo y un factor decisivo del desarrollo económico. Nació así un nuevo tipo de estructura señorial, basada en la yuxtaposición de una reserva y unos mansos, y en la participación de estos en la puesta en cultivo de aquella.

Los deberes de los trabajadores dependientes hacia el dueño variaban. En provincias muy romanizadas, los colonos solo entregaban productos y estaban prácticamente exentos de servicios. Más al norte, la concesión de un manso

implicaba para el campesino libre la entrega de rentas en especie y la prestación de servicios de trabajo (reparar edificios, construir empalizadas, acarrear cosechas, cultivar parte de la reserva). Para los esclavos establecidos en mansos, las cargas eran mayores y menos definidas. Leyes como la de los alamannes (717-719) o bávaros (745-748) detallan estas obligaciones, que podían absorber la mitad del tiempo de trabajo del colono esclavo.

A través de los derechos sobre la tierra, la aristocracia se apropiaba de una gran parte de los escasos excedentes del campesinado. Además, disponía de una autoridad que reforzaba y extendía su poder económico beyond los límites de sus propiedades. Legítimamente, esta autoridad correspondía al rey, derivaba de su función militar y de justicia, y era considerada como una posesión privada. Como jefe de guerra, tenía derecho a la mayor parte del botín. Como señor de la paz, era la fuente de la justicia y percibía multas ("fredus") por los delitos. Todo el espacio del reino era un bien personal del rey, que percibía tasas sobre tierras no apropiadas puestas en explotación y sobre la circulación de productos (peajes). Los grandes debían presentar regalos en las asambleas. El pueblo aseguraba el mantenimiento de la casa real durante sus desplazamientos (la "feorm" anglosajona). Estos derechos reales ("bannum") legitimaban nuevas exacciones sobre el campesinado.

Como el rey era pródigo por naturaleza y delegaba sus prerrogativas en quienes le servían, often eran los jefes locales, señores de grandes "villae", quienes ejercían diariamente el poder de forma más eficaz y obtenían sus beneficios. La tendencia durante esta época oscura fue el reforzamiento progresivo de la aristocracia through la lenta maduración del señorío.

La presión de los grandes se hizo más fuerte, especialmente en las regiones más evolucionadas. La independencia campesina aparecía como una estructura residual. Las cargas militares se hicieron insoportables para la mayoría de los campesinos libres, obligándoles a renunciar a la función guerrera, criterio esencial de la libertad. Se convirtieron en "pobres" ("pauperes"), desarmados, cuya contribución a la acción militar adoptó la forma degradante de un "servicio" o contribución. Agobiados por la naturaleza y estas obligaciones, muchos "pobres" buscaron el patrocinio de un poderoso que los protegiera o alimentara, incorporándose con sus tierras y familia al gran dominio. A veces la piedad los impulsaba a incorporarse a un establecimiento religioso. Fue la miseria, el deseo de eludir el peso del Estado o la presión del jefe local lo que transformó tantos "vici" de hombres libres en "villae" de colonos.

Además, la realeza, voluntariamente o no, delegó en los grandes su poder de explotación. La Iglesia lo pedía para asegurarse su benevolencia; la nobleza lo obligaba a ceder mediante donativos constantes. Los reyes concedieron a obispos, abades y luego a señores laicos derechos como la "feorm" o el cobro de peajes. Así, los derechos reales se integraron en los patrimonios privados, y las exacciones que de ellos derivaban se mezclaron con las rentas señoriales. La noción de "servitium", que antes expresaba las obligaciones de esclavos y libertos, lo absorbió todo. Insensiblemente, se produjo una sumisión, una esclavización de la población rural. Un mecanismo de explotación simple sometía a todos los "humildes" a los "grandes", dirigiendo inexorablemente hacia las "casas" de los señores una parte de la producción campesina.

La dispersión de los bienes aristocráticos implicaba métodos de gestión indirecta. Era preciso situar al frente de cada propiedad responsables ("villici", intendentes) encargados de dirigir la explotación, ejercer los poderes, cobrar prestaciones y enviar excedentes. Estos administradores, a menudo esclavos, se interponían entre trabajadores y dueños, y se esforzaban por obtener beneficio personal de su función. El gran dominio alimentaba a muchos parásitos.

La situación de los bienes también obligaba a constantes traslados de riquezas, lo que explica el peso enorme de los servicios de mensajería y acarreo entre las prestaciones campesinas. Una parte considerable de la mano de obra se dedicaba al transporte, reduciendo aún más las fuerzas disponibles para el trabajo de la tierra. Esta situación incitaba a recurrir a intercambios y a utilizar la moneda para limitar pérdidas. El recurso al instrumento monetario era considerado normal por los administradores de la época (Regla benedictina, capítulo "De villis"). Así, por el solo hecho de que la producción estaba bajo control aristocrático y los consumidores often alejados de los productores, los frutos del trabajo campesino entraban en un cierto circuito de intercambio.

III. Las Actitudes Mentales: Tomar, Dar, Consagrar y el Legado de Roma

Para definir el papel del comercio y los resortes profundos del movimiento de riquezas, es esencial adentrarse en las actitudes mentales. Dos características son fundamentales: este mundo salvaje está dominado por el hábito del saqueo y las necesidades de la oblación (arrebatar, ofrecer), y está fascinado por los recuerdos de la civilización antigua.

Una intensa circulación de regalos y contraprestaciones, de prestaciones ceremoniales y sancionadas, recorría el cuerpo social. Las ofrendas destruían en parte los frutos del trabajo pero aseguraban una cierta redistribución y procuraban ventajas consideradas decisivas: el favor de las fuerzas oscuras del universo.

La acción guerrera y el saqueo no tenían diferencias. Todo extranjero era una presa. La guerra anual era una actividad económica regular, fuente de esclavitud y de botín (adornos, armas, ganado, personas). El tributo anual era una recolección de botín codificada, para evitar depredaciones. Bizancio compraba así la tranquilidad de sus provincias. La paz entre tribus se mantenía con regalos mutuos. El regalo era la contrapartida necesaria de la captura. Ningún jefe guardaba el botín para sí; lo distribuía entre sus compañeros y consagraba una parte a las potencias invisibles. La distribución y consagración eran condiciones esenciales del poder, de la purificación y del rejuvenecimiento del grupo social.

Muchas de las necesidades económicas eran de naturaleza inmaterial, procedentes del respeto a ritos que implicaban la destrucción aparentemente inútil de riquezas. Gran número de censos y prestaciones campesinas eran considerados "regalos" ("eulogiae"). Lo mismo ocurría con el precio de la sangre, las concesiones de tierra corporativas o los desplazamientos de riqueza en los matrimonios. Ofrecer al soberano garantizaba a todos la prosperidad. A su vez, ningún rico podía cerrar su puerta a los pobres que pedían limosna o ofrecían sus servicios. Una buena parte de los bienes de los señores era así redistribuida. La munificencia de los señores realizaba la justicia. El prestigio de los príncipes estaba en función de su generosidad: oprimían para dar más. Toda reunión alrededor del soberano era un momento crucial de un sistema de intercambios gratuitos que hacía de la realeza la reguladora de la economía y la principal acumuladora, pues necesitaba una reserva para poder dar.

El tesoro del soberano, constantemente renovado y disminuido, era la base de su poder. Debía reunir lo más fascinante del mundo material: dinero, oro, piedras preciosas. Estos objetos, mostrados en ceremonias, eran su orgullo y el de su pueblo. Los tesoros reales albergaban talleres de los mejores artistas (orfebres como San Eloy), centros de creación artística cuyo brillo manifestaba el poder del príncipe. Los objetos fabricados en las manufacturas imperiales bizantinas y distribuidos a los jefes bárbaros mostraban la superioridad de Bizancio. Los soberanos occidentales también daban abundantemente. Este lujo, que contrastaba violentamente con la indigencia campesina, no estaba reservado solo a reyes y grandes. Los trabajadores más humildes participaban en fiestas y destrucción colectiva de riquezas, y portaban adornos que eran réplicas de los aristocráticos.

Las actitudes religiosas imponían los regalos más valiosos, dirigidos a fuerzas inexorables. Las donaciones pias representaban una disminución decisiva de la producción, sin compensación visible. Los sacrificios paganos (de ganado, caballos, humanos) se dedicaban often a los muertos, considerados una categoría importante de consumidores. El difunto se llevaba a su tumba sus joyas, armamento y útiles, privando a los vivos de estos bienes, especialmente de metal. Esta punción afectaba gravemente a las riquezas de los vivos durante generaciones. Los saqueadores de tumbas fueron siempre pocos, y la mayor parte de los bienes ofrecidos no volvió a circular. Era la inversión más improductiva.

El progreso de la evangelización hizo vaciarse las tumbas, aunque lentamente. Las prácticas paganas fueron reemplazadas por otras no menos exigentes: la "parte del muerto" fue reclamada por la Iglesia. La tesorización funeraria se desplazó hacia los santuarios cristianos, donde se depositaron riquezas consagradas. Estos tesoros, protegidos por tabúes eficaces, aumentaban sin cesar. A diferencia de antes, estos metales preciosos no eran enterrados para siempre; llegaría el tiempo en que se utilizarían para reconstruir iglesias o ayudar a los pobres. La cristianización cambió radicalmente la naturaleza de la tesorización: de definitiva y estéril pasó a ser temporal y, por tanto, fecunda. Acumuló el ahorro metálico que alimentaría el renacimiento monetario posterior al año mil.

La Iglesia recibió mucho más. Las viejas creencias sobre el sacrificio de bienes terrenales para conseguir favores divinos quedaron subsumidas en las prácticas cristianas. Se compraba el perdón de Dios con ofrendas. Los bienes consagrados no se destruían, sino que se entregaban a especialistas de la plegaria. La penetración del cristianismo desembocó en la instalación de un grupo numeroso que no producía nada y vivía de lo recibido del trabajo ajeno, a cambio de oraciones y gestos sagrados. Toda la Iglesia no estaba en la misma situación (el bajo clero campesino labraba sus parcelas), pero los clérigos catedralicios y monjes ocupaban una posición señorial, ociosa y consumidora. La práctica universal del donativo acrecentaba constantemente su fortuna territorial.

Por tanto, es falso considerar esta economía como cerrada. Reinaba la preocupación por la autarquía, pero por toda la sociedad corrían canales de circulación de riquezas y servicios suscitados por las "generosidades necesarias": de dependientes a patronos, de padres a la desposada, de amigos al organizador de una fiesta, del rey a los grandes, de los ricos a los pobres, y de todos los hombres a los muertos y a Dios. Se trataba de innumerables intercambios, pero no de comercio. Productos como el plomo (importado en Galia de Britania) circulaban a larga distancia through regalos, tributos, botines o prestaciones. El comercio, entendido como compraventa lucrativa, era una actividad marginal, sospechosa y despreciada.

La actitud hacia el comercio era ambivalente. Por un lado, la Iglesia condenaba la codicia y la usura. Por otro, la necesidad de objetos preciosos, especias, vino y aceite de calidad para el culto y la élite obligaba a recurrir a mercaderes. La mayor parte del comercio a larga distancia era un monopolio de los judíos, protegidos por los reyes. Eran los únicos que podían viajar entre mundos hostiles y realizar intercambios. El comercio local, en cambio, era una actividad secundaria para campesinos y artesanos, que vendían sus excedentes en mercados locales. La moneda, aunque acuñada, se usaba sobre todo como unidad de cuenta para evaluar multas y prestaciones, no como medio de intercambio generalizado.

En este mundo, el recuerdo de Roma era omnipresente. Las ciudades, aunque en decadencia, seguían siendo sedes de poder eclesiástico y civil. Las vías romanas seguían siendo las principales rutas de comunicación. El latín era la lengua de la cultura y la administración. El derecho romano influyó en las leyes germánicas. La Iglesia era la heredera directa de la administración imperial. Este legado proporcionó un marco de estabilidad y continuidad que permitió la lenta fusión de las culturas romana y germánica y sentó las bases para el posterior renacimiento carolingio.

En conclusión, la economía del siglo VII-VIII se caracterizaba por una base productiva extremadamente débil, una estructura social profundamente desigual basada en la explotación de una masa campesina por una aristocracia guerrera y eclesiástica, y un sistema de circulación de riquezas dominado por la obligación y el don más que por el comercio. Era un sistema frágil, al borde de la subsistencia, pero que contenía en su seno las semillas de la transformación: la mutación de la esclavitud, la acumulación de tesoros eclesiásticos y la fusión de tradiciones que darían lugar a la civilización medieval occidental.

Tardía Antigüedad: registros literarios de sucesos históricos – Florio

La Tardía Antigüedad constituye un período de transición compleja y multifacética, caracterizado por la confluencia de tres procesos históricos fundamentales que, aunque interrelacionados, suelen analizarse de manera autónoma: la reelaboración sistemática de la obra de Virgilio, la progresiva implantación del Cristianismo en todas las esferas de la vida, y el asentamiento e invasión de los pueblos bárbaros dentro de las fronteras del Imperio Romano. Estos fenómenos, de desarrollo gradual y simultáneo, transformaron profundamente la idiosincrasia de los habitantes del Imperio, afectando todas las dimensiones de su existencia.

La periodización de la Tardía Antigüedad resulta problemática debido a la naturaleza progresiva de estos cambios. Un romano del siglo IV o V no se percibía a sí mismo como radicalmente diferente de uno del siglo I o II. Sin embargo, las producciones literarias del siglo IV distan mucho en estilo y espíritu de las de la época clásica. La literatura tardoantigua puede considerarse vigente a partir del siglo IV, extendiéndose hasta obras como la *Vita Sancti Martini* de Venancio Fortunato en el siglo VI, que cierra el ciclo de la épica latina clásica.

La obra de Virgilio, en particular la Eneida, alcanzó un estatus paradigmático incluso antes de su finalización. Propertio ya anunciaba su grandeza, y posteriormente se convirtió en un texto de referencia obligada, no solo para la épica, sino para la literatura en general. Este poema fue sentido como el poema nacional de los romanos, en el que la comunidad se reconocía y se representaba. La Eneida se convirtió en la base concreta y explícita de innumerables obras posteriores, tanto paganas como cristianas, a través de un fenómeno conocido como *membra disiecta* o "desmembramiento de la Eneida", que consistía en la reutilización sistemática de sintagmas, hemistiquios o versos completos, recontextualizados y resignificados.

Este proceso de imitación y emulación requería que tanto el autor como su público conocieran y valoraran el texto virgiliano original (hipotexto) para poder apreciar la nueva obra (hipertexto). Autores como Petronio, en el *Satiricón*, o Persio, en sus sátiras, reflejan ya en el siglo I una actitud crítica hacia la fascinación casi obsesiva que la obra de Virgilio ejercía, así como las deformaciones y modernizaciones a las que era sometida, a veces alejándola de su espíritu original.

Con el ascenso del Cristianismo, la apropiación de Virgilio adquirió un nuevo cariz. Los primeros cristianos educados en la escuela pagana —la única existente— comprendieron que la riqueza de la poesía virgiliana podía ser aprovechada para sus propios fines. El conocimiento preciso y detallado de su obra, muchas veces de memoria (la *tauta Vergiliana* mencionada por San Jerónimo), permitía desmontarla y rearticularla, cambiando el contexto y, por tanto, el mensaje. Esto implicaba una exacerbación de la escritura como lectura de escrituras previas y, desde una perspectiva político-religiosa, un proceso de "depaganización". Los Padres de la Iglesia justificaban este proceder mediante la teoría de la *preparatio evangelica*: las obras paganas eran hitos previos en el plan providencial divino que culminaba con la revelación cristiana.

El mejor ejemplo de esta apropiación cristiana lo ofrece Prudencio, el mayor poeta cristiano de la Tardía Antigüedad. En su *Psychomachia*, el verso inicial ("Christe, graves hominum semper miserate labores") está construido sobre el modelo de un verso de la Eneida ("Tuque, o Thybri, tuo genitor cum flumine sancto"). Prudencio utiliza este eco para señalar que el combate espiritual del cristiano es un *iter durum* tan penoso como el descenso a los infiernos de Eneas, pero interiorizado. La lucha ya no es contra enemigos externos, sino contra los vicios internos del alma. Además, Prudencio atribuye la renovación de Roma a su conversión al cristianismo y justifica la historia pasada como parte de un plan divino, adhiriendo a una visión finalista de la historia.

En el mismo siglo IV, autores como Ausonio y Proba llevaron la técnica del centio a sus extremos, componiendo obras enteramente con versos de Virgilio, pero con propósitos diametralmente opuestos. Ausonio, en su *Cento Nuptialis*, utiliza los versos virgilianos para describir con crudeza la noche de bodas, degradando deliberadamente al poeta. Proba, por el contrario, compone un centio para demostrar que Virgilio había cantado proféticamente la llegada de Cristo, "rescatando" así el verdadero sentido oculto de su obra. Ambos proyectos, aunque opuestos, comparten un conocimiento prodigioso de la obra de Virgilio y demuestran la flexibilidad interpretativa a la que podía someterse.

La penetración del Cristianismo en el Imperio fue lenta, gradual y constante. Los primeros testimonios literarios, como los de Tácito y Plinio el Joven en el siglo I y principios del II, son abiertamente hostiles. Tácito, en sus *Anales*, relaciona a los cristianos con el incendio de Roma del 64 y los describe como adherentes a una "superstición perniciosa", odiados por sus "atroces infamias" y finalmente convictos de "odio al género humano". Plinio el Joven, en su correspondencia con Trajano, coincide en calificar sus creencias como una "superstición extravagante" y contagiosa, que se había propagado por ciudades, aldeas y campos, y destaca su pertinacia e inflexible obstinación.

Marco Aurelio, ya en el siglo II, plasma en sus *Meditaciones* la radical diferencia entre la idiosincrasia tradicional romana, basada en la reflexión serena, y la de los cristianos, que él percibe como una oposición simple y teatral, carente de razón profunda.

Sin embargo, la percepción cambia radicalmente en el siglo IV. Lactancio y Eusebio de Cesarea elogian a Constantino como un emperador piadoso, instrumento de la divinidad para unir el Imperio y permitir la expansión de la fe

verdadera. Este cambio retórico no es solo adulación circunstancial, sino que refleja una transformación ideológica profunda: la asociación del poder imperial con la providencia divina cristiana.

El colapso progresivo de las estructuras del Imperio Occidental a lo largo del siglo V, culminando simbólicamente con el saqueo de Roma por Alarico en el 410, produjo una profunda conmoción espiritual. San Jerónimo, desde Belén, exterioriza en sus cartas un sentimiento de horror, desprotección y desasosiego, equiparando la caída de Roma con el fin del mundo. Su reacción es visceral y emotiva, representativa del sentir popular.

En cambio, San Agustín, en *La Ciudad de Dios*, ofrece una respuesta teológica y política más fría. Resta trascendencia al suceso argumentando, contra los paganos, que las divinidades tradicionales ya habían demostrado su impotencia al no poder salvar Troya ni, posteriormente, a Roma misma. Su mirada se proyecta hacia el futuro, hacia la Ciudad de Dios, y no teme a los bárbaros, en quienes vislumbra potenciales nuevos creyentes. Para Agustín, la caída de Roma es una etapa más dentro del plan providencial.

La descomposición del Imperio no fue solo militar o política, sino también cultural. Amiano Marcelino describe en el siglo IV una corrupción generalizada, soldados rapaces con los suyos y cobardes con el enemigo, y una avaricia que carcomía las instituciones. La escuela, pilar de la transmisión cultural, fue relegada ante las necesidades perentorias de la supervivencia, lo que produjo un vacío y una alienación de la conciencia colectiva.

La literatura de los siglos V y VI registra este estado de descomposición y el choque cultural con los pueblos bárbaros. Poemas anónimos, como el atribuido a Próspero de Aquitania, y obras de Oriencio pintan un panorama desolador de muerte, guerra, pestilencia y hambre, donde todo orden anterior se ha desvanecido. Sidonio Apolinario describe con ironía amarga la incómoda convivencia con los burgundios, cuya presencia ahuyenta la inspiración poética y whose costumbres son percibidas como toscas y desagradables. Gregorio de Tours, a fines del siglo VI, constata en el prólogo de su *Historia* la decadencia del estudio de las letras en la Galia, hasta el punto de no encontrar ya quien pueda poner por escrito los acontecimientos históricos.

La figura de Atila y los hunos, así como su confrontación con el general romano Aecio y el papa León Magno, marca la intervención de una nueva autoridad, la eclesiástica, en los conflictos bélicos y en la política estatal. Su eco literario pervivirá en obras muy posteriores como el *Nibelungenlied* o el *Waltharius*, demostrando cómo las figuras históricas de este período turbulento se transformaron en personajes de leyenda.

El *Waltharius*, poema épico carolingio del siglo IX, es un ejemplo paradigmático de la amalgama final de los tres grandes procesos de la Tardía Antigüedad: un argumento de origen germánico (la saga del héroe Walter); la incorporación de temas y estructuras de la épica clásica virgiliana, reelaboradas; y una moralidad profundamente cristiana, con discursos contra la avaricia y la exaltación de la conducta casta de los protagonistas. Esta obra sintetiza cómo el legado clásico, la nueva fe cristiana y el sustrato cultural bárbaro se fusionaron para dar origen a la cultura medieval.

En conclusión, la Tardía Antigüedad fue un período de angustiosa transición en el que el espíritu de los habitantes del Imperio se debatía entre la descomposición de una estructura política y cultural milenaria y el alumbramiento de una nueva concepción de la vida. La lenta agonía y muerte del Imperio Romano dio paso a una nueva identidad, forjada a partir de los aportes del Cristianismo y de los pueblos bárbaros. Este proceso no fue solo una sustitución, sino una compleja transformación donde algunos elementos fueron abolidos, otros reconvertidos y otros reinterpretados bajo nuevas claves. Hacia fines del siglo VI, puede considerarse iniciado el período cultural que denominamos Edad Media, caracterizado por esta nueva síntesis. La literatura de la época es el testimonio elocuente de esta dolorosa, pero creativa, gestación.

Historia de la Iglesia Primitiva – Norbert

El texto analiza la evolución de las relaciones entre el cristianismo primitivo, el Estado romano y la sociedad pagana. Este proceso comenzó con una coexistencia difícil y conflictos abiertos, para finalmente desembocar en una mutua comprensión que llevó a una identificación entre sociedad y cristianismo.

Durante el **período preconstantiniano** (hasta 312-313 d.C.), el cristianismo mantuvo una posición de distancia y aislamiento. Los primeros cristianos consideraban al Estado y a las instituciones sociales como realidades indiferentes, pertenecientes a un "mundo" sin futuro que se acercaba a su fin. Esta actitud generó relaciones problemáticas condicionadas por las peculiaridades cristianas.

La primera causa de conflicto fue la diferencia religiosa. Los cristianos provocaban una sensación de extrañeza entre sus contemporáneos y fueron acusados de impiedad en un doble sentido: por abandonar los dioses de la polis (poniendo en peligro el orden establecido) y por carecer de los elementos visibles de religión como imágenes, templos o altares. Esta peculiaridad "atea" irritaba a los paganos y llevó al aislamiento social de los cristianos.

Otra diferencia fundamental fue el monoteísmo bíblico cristiano, que chocaba con el concepto pagano de divinidad. Mientras el panteón romano aceptaba la idea de un dios dominante pero incluía múltiples divinidades nacionales que legitimaban el orden político, el monoteísmo absoluto cristiano ponía en entredicho esta imagen del mundo. Críticos como Celso consideraban este monoteísmo excluyente como un lenguaje de rebelión que rompía con el resto de la humanidad.

Esta distancia teológico-religiosa con implicaciones políticas condujo al aislamiento social. Los cristianos se separaron de muchos aspectos de la vida pública que contenían elementos religiosos y cultos paganos: festividades populares, representaciones teatrales, juegos del circo y otras tradiciones arraigadas. Su vida religiosa, desarrollada en reuniones cerradas y a veces nocturnas, generó sospechas, críticas discriminatorias y calumnias entre la población pagana.

El cristianismo reforzó esta distancia con elementos provocativos: crítica demoledora al paganismo, afirmación de poseer la verdad exclusiva, celo proselitista que introducía divisiones en familias y tradiciones ancestrales, y desinterés por valores sociales como la ciencia, la formación cultural, las posesiones y la carrera pública. A esto se sumó la objeción de que eran "aprovechados" al no participar en cargas políticas como el servicio militar, que rechazaban por motivos morales y cultos.

Los cristianos se defendieron de estos reproches afirmando su respeto al emperador y su interés por el bienestar público, destacando especialmente el valor de sus oraciones al único Dios verdadero para la protección del imperio. Mantuvieron una lealtad radical al Estado pero con estricta reserva frente a las pretensiones cultas del César.

Paralelamente al distanciamiento, existieron áreas de acuerdo espontáneo, como las prácticas caritativas de la Iglesia, que generalmente recibieron reacciones positivas del entorno pagano. Los éxitos misioneros mostraron que muchos paganos aceptaban la diferencia cristiana como alternativa válida a su forma de vida.

La polémica contra el cristianismo se desarrolló también a nivel filosófico. Intelectuales como Celso (siglo II), Porfirio (234-304) y el emperador Juliano (331-363) analizaron el cristianismo como una superstición contraria a la razón y combatieron sus afirmaciones como incompatibles con el pensamiento filosófico. Criticaron su aparición tardía en la historia, su origen en figuras incultas, la pobre calidad de sus escritos sagrados, su dependencia de la fe ciega y el carácter milagrero que satisfacía al populacho. Objetaron especialmente conceptos como la encarnación de Dios, la resurrección corporal y la concepción antropocéntrica del cosmos.

Las persecuciones de cristianos en el imperio romano tuvieron causas múltiples en los puntos conflictivos expuestos. Inicialmente llegaron del lado judío por razones de blasfemia y herejía. Las llamadas persecuciones romanas fueron más largas y cruentas, dejando huellas profundas en la teología y espiritualidad cristianas.

El concepto "persecuciones de cristianos" une dos procesos diferentes: medidas estatales dirigidas por las autoridades centrales y pogromos espontáneos de la población. Estos últimos constituyeron la mayor parte de las persecuciones, mientras las acciones oficiales sólo se adoptaron sistemáticamente desde mediados del siglo III.

El primer empleo de violencia imperial contra cristianos bajo Nerón (54-68) no fue por motivos religiosos sino para desviar la irritación pública por el incendio de Roma. Bajo Domiciano (81-96) hubo ejecuciones donde el motivo religioso de lealtad pudo tener cierto papel.

En los siglos II y III predominaron persecuciones de índole local impulsadas "desde abajo". La correspondencia entre Plinio y Trajano (hacia 112 d.C.) estableció una jurisprudencia discutible: el Estado no debía tomar iniciativa contra

cristianos, pero ante acusación privada impondría penas si el acusado persistía en su fe. Aunque Adriano (117-138) introdujo cierta protección contra acusaciones anónimas, la situación constituía una amenaza permanente.

Las medidas de represión planificada por el Estado comenzaron en el siglo III con una dureza inaudita, en el contexto de las crisis económicas, militares y epidemias que reclamaban medidas de consolidación. Decio (250) ordenó la obligación general de sacrificar bajo pena de muerte, apuntando a la aniquilación del cristianismo más que de los cristianos. Valeriano (253-260) y Galieno (253-268) continuaron esta política, aunque Galieno promulgó un edicto de tolerancia en 260.

Diocleciano (284-305) implantó una represión metódica desde 303, también en el marco de una política de reforma y restauración. El fracaso de esta política se confirmó cuando Galerio (302-311), destacado enemigo de los cristianos, emitió un edicto de tolerancia el 30 de abril de 311, poco antes de su muerte. Este edicto, que invitaba a los cristianos a orar por la salvación del emperador y del Estado, representó un giro auténtico en las relaciones del imperio con el cristianismo, reconociendo por primera vez el poder del Dios cristiano y la contribución positiva de los cristianos a la política.

Tras este edicto estallaron aún persecuciones en Oriente por razones tácticas y políticas contra potenciales partidarios de Constantino. En conjunto, todas las persecuciones estatales se realizaron de modo relativamente inconsecuente y sin criterio unitario, siendo menos duras en Occidente que en Oriente.

Los motivos de las persecuciones fueron vistos de forma muy diferente por ambos bandos. La Iglesia vio la causa en la impiedad y posesión demoníaca de los perseguidores, o como castigo divino por desórdenes intracelesiales. Para el Estado y la sociedad, lo decisivo fue el síndrome de barreras racionales y emocionales entre cristianismo y su entorno, especialmente los aspectos políticos de lealtad y concordia. Fundamental fue la mentalidad romana que veía la religión desde una perspectiva política, donde el juicio sobre religiones extranjeras dependía de consideraciones de tranquilidad y seguridad pública.

En el imperio no existía una ley general contra cultos no romanos, pero sí valoraciones claras sobre respeto a los dioses, costumbre de los antepasados y autoridad del Estado. Cuando estos fundamentos parecían amenazados, bastaba el derecho punitivo general de las autoridades (coercitio) para mantener el orden público. Sólo en el siglo III y comienzos del IV el Estado promulgó leyes específicas contra el cristianismo.

Las reacciones cristianas a la persecución fueron decisivas para la supervivencia de la religión. Encontraron consuelo y sentido en la figura de Jesús torturado y resucitado, en el ideal de imitarle, en los anuncios evangélicos de persecuciones y en la expectativa de los dolores del fin del mundo. La minoría selecta de mártires realizaba el ideal comunitario y fortalecía la identidad.

La presión externa fortaleció la cohesión de la comunidad, aceleró el desarrollo de una organización fuerte y fomentó la comunicación intracelesial en sínodos. También generó autodefensa contra incriminaciones, que en casos aislados se exacerbó hasta agresión.

Los efectos sobre la espiritualidad y teología fueron profundos. Las duras pruebas y apostasías masivas (especialmente bajo Decio) endurecieron la disciplina comunitaria. El ministerio y la persona del obispo adquirieron importancia superior para dirigir comunidades inseguras. La autoridad episcopal creció notablemente durante la controversia penitencial sobre si readmitir a los que habían apostatado (lapsi).

Esta controversia llevó a enfrentamientos dogmáticos y cismas duraderos. El novacianismo, rigorista, abogaba por una iglesia de "puros" excluyendo a todos los pecadores. El donatismo, surgido en África el 307/311-12, sostenía la invalidez de sacramentos administrados por obispos que habían sido débiles en la persecución (traditores). Ambos cismas costaron a la Iglesia muchas energías y efectivos, pero aportaron clarificaciones permanentes: se impuso la potestad penitencial de los obispos y la praxis de una comunidad compasiva (frente al novacianismo), y se mantuvo la independencia del sacramento respecto de la condición moral del administrador (frente al donatismo).

Después del fracaso de las medidas de eliminación del cristianismo, con el edicto de tolerancia de Galerio (311) se operó un cambio de política. De la tolerancia oficial se pasó con Constantino (306-337) al reconocimiento pleno, equiparación y promoción, desembocando a fines del siglo IV en la posición exclusivista del cristianismo como Iglesia

del imperio y religión estatal bajo Teodosio I (379-395), con estructuras firmes ya en el siglo VI con Justiniano I (527-565).

Constantino, emperador desde 306 sobre partes de Occidente, atribuyó su victoria sobre Majencio en el Puente Milvio (312) a una intervención directa de la divinidad cristiana. Antes de la batalla se había decidido, en caso de victoria, por una orientación procrisiana. Presentó su éxito como la irrupción de una nueva era y ilustró su decisión con relatos de una visión (transmitida en versiones diferentes por Lactancio y Eusebio) donde se le habría vaticinado la victoria bajo símbolos cristianos.

Históricamente, Constantino no experimentó una conversión en el sentido religioso personal. Su religiosidad tendía ya hacia un monoteísmo abstracto identificado con el Sol Invictus, dios que nunca abandonó completamente. Para él, el dios de los cristianos se identificaba con esta divinidad suprema. Desde su perspectiva romano-política, el Estado requería una religión estrictamente monárquica que encarnase y continuase sobre la tierra la monarquía política del cesarismo absoluto. Vio en el cristianismo, con su único Dios exclusivo, su organización jerárquica, unidad ideal y universalismo, la religión idónea para conllevar el cometido del Estado.

El año 313, Constantino pactó con su colega imperial Licinio el Protocolo de Milán, que contenía la equiparación del cristianismo con los cultos anteriores. Tras eliminar militarmente a Licinio en 324, quedó como señor único del imperio e impuso su cambio a escala imperial. En su política religiosa se mostró paciente y tolerante con paganos y judíos, pero fomentó continuamente la cristianización mediante legislación, construcción de templos, política cesarial y propaganda. Su piedad personal siguió siendo en buena medida romano-política, incorporando gradualmente elementos cristianos. Sólo recibió el bautismo inmediatamente antes de morir.

Como "obispo para los de fuera" (según se autodesignó), Constantino tuvo en cuenta también a los paganos, pero cuidó del culto—lo que significó cuidar del cristianismo. La Iglesia vivió esta política como sumamente beneficiosa: recibió subvenciones, privilegios, protección imperial, y sus obispos alcanzaron un status social alto con cometidos estatales. Las reservas y críticas fueron escasas y aisladas, dirigidas principalmente hacia las consecuencias negativas del nuevo papel del cristianismo. Eclesiásticos como Eusebio de Cesarea describieron este curso con gran optimismo como dirección divina de la historia.

Una nueva historia de la Alta Edad Media: Europa y el mundo mediterráneo – Wickham

Introducción y contexto historiográfico

Chris Wickham plantea la necesidad de una nueva síntesis histórica para la Alta Edad Media (400-800 d.C.), período que, a pesar de los avances sustanciales en arqueología y estudios regionales en las últimas décadas, carece aún de paradigmas interpretativos actualizados. Critica la persistencia de visiones nacionalistas y el solipsismo cultural que domina los estudios sobre este período, donde cada país tiende a analizar su propia historia de forma aislada, centrándose en los orígenes de sus estados-nación y en el papel de los pueblos germánicos, lo que dificulta una comprensión transversal y comparativa.

Wickham propone un enfoque comparativo sistemático entre regiones, que incluya tanto áreas del antiguo Imperio romano como zonas no romanas (Dinamarca, Irlanda), para superar los límites de las narrativas nacionales y los debates estériles entre continuistas y catastrofistas. Su objetivo es analizar cómo las distintas regiones evolucionaron a partir de un sustrato común romano, pero bajo condiciones políticas, económicas y sociales diferentes tras la desintegración del Imperio.

Metodología y enfoque

El libro se centra en la historia social y económica, evitando una narrativa política o cultural detallada. Wickham estructura su análisis en torno a varios ejes temáticos clave:

La forma del Estado y su financiación: Compara estados que dependían de impuestos (Bizancio, califatos) con aquellos que se basaban en la propiedad de la tierra (reinos germánicos).

La aristocracia y su riqueza: Examina la persistencia o desaparición de las élites terratenientes romanas y la emergencia de nuevas estructuras de poder.

El campesinado y las estructuras rurales: Analiza los cambios en la autonomía campesina, las formas de asentamiento y la explotación económica.

La vida urbana y económica: Estudia la evolución de las ciudades y las redes de intercambio comercial.

Redes de intercambio: Utiliza, en particular, la distribución de cerámica como indicador arqueológico clave de la actividad económica.

El método se basa en la comparación regional sistemática, tratando cada área como un caso de estudio y extrayendo conclusiones generales a partir de las diferencias y similitudes observadas. Wickham utiliza un vocabulario preciso y consciente de sus limitaciones, y aborda las fuentes con una perspectiva crítica, entendiéndolas no como reflejos literales de la realidad, sino como productos retóricos que revelan los valores y preocupaciones de su tiempo.

Principales argumentos y conclusiones

El fin del Imperio romano como punto de inflexión: La desintegración del Imperio (en Occidente en el s. V, en Oriente en el s. VII) es el evento catalizador de todos los cambios posteriores. No fue una catástrofe súbita, sino el punto de ruptura de un sistema político y económico que ya mostraba tensiones. Wickham rechaza las explicaciones basadas en causas externas únicas (invasiones, plagas) y aboga por un modelo de vuelco catastrófico matemático, donde pequeños cambios acumulativos desembocan en una crisis sistémica.

Regionalización y diversidad: La principal consecuencia de la caída de Roma fue la enorme diversificación regional. Las provincias del Imperio, que en el año 400 compartían muchas características, siguieron caminos radicalmente diferentes hacia el 800. Esta diversidad es un campo de experimentación ideal para comparar cómo factores como la herencia romana, la fiscalidad, la fuerza de la aristocracia o la vitalidad urbana condicionaron el desarrollo de cada zona.

Simplificación fiscal y estatal: Los sistemas fiscales complejos y unificados del Imperio se colapsaron o regionalizaron. Los reinos germánicos occidentales perdieron casi por completo la capacidad de recaudar impuestos generales, mientras que Bizancio y el califato los mantuvieron, pero a escala regional. Esto tuvo un impacto profundo en la capacidad de los estados para intervenir en la economía y la sociedad.

Debilitamiento aristocrático y auge de la autonomía campesina: En la mayoría de las regiones (excepto en Francia y Próximo Oriente), las aristocracias posromanas fueron más pobres, más localizadas y ejercieron un control menor sobre el campesinado que sus predecesoras romanas. Esto permitió un aumento significativo de la autonomía campesina y, en muchas zonas, el surgimiento de un modo de producción campesino más independiente.

Cambio cultural aristocrático: La identidad de las élites cambió de la cultura cívica y literaria romana a una identidad militarizada. El linaje perdió importancia temporalmente y la cultura material se simplificó enormemente. Wickham minimiza el impacto de la etnicidad (germánica, árabe) en estos cambios estructurales, atribuyéndolos más a la dinámica interna de las sociedades posromanas.

Movilidad social y flexibilidad: La Alta Edad Media fue un período de estructuras sociales notablemente fluidas y menos rígidas que en el Bajo Imperio romano o en la Plena Edad Media. La posición social era más negociable y estaba menos codificada por ley.

El papel de la comparación: Wickham insiste en que solo mediante la comparación se pueden aislar las causas reales del cambio social y evitar las teleologías nacionales. Por ejemplo, encuentra paralelismos estructurales sorprendentes entre regiones tan alejadas como Egipto y Francia, o entre Gran Bretaña y Mauritania, que de otro modo pasarían desapercibidos.

Conclusión general: Wickham no ofrece una respuesta única, sino un marco para entender la Alta Edad Media a través de la diversidad. Rechaza tanto el continuismo extremo (que ve puro legado romano) como el catastrofismo (que solo ve ruptura). Argumenta que, si bien hubo elementos de continuidad en la vida cotidiana y la población, la desintegración del marco unificador del Imperio romano provocó cambios profundos y duraderos en las estructuras estatales, económicas y sociales, dando lugar a una Europa y un Mediterráneo notablemente más diversificados y regionalizados. La oscuridad de la época no es tanto una falta de fuentes (que en algunos ámbitos son más abundantes que para el Imperio) como una simplificación material y cultural resultante de la contracción del estado y la riqueza aristocrática. El libro sienta las bases para un nuevo paradigma interpretativo basado en la comparación regional sistemática y el análisis social y económico.

La esclavitud medieval: estado actual de la cuestión – Rodríguez

La esclavitud medieval fue una institución compleja, de larga duración y con transformaciones significativas, cuyo estudio ha estado marcado por debates teóricos y revisiones historiográficas. Lejos de desaparecer con la caída de Roma, la esclavitud persistió durante toda la Edad Media, aunque su carácter y función económica variaron profundamente.

Desde una perspectiva conceptual, la esclavitud puede entenderse tanto como una condición jurídica —donde el esclavo es definido como propiedad de un amo, un bien mueble sin derechos sobre sí mismo ni su descendencia— como desde un enfoque socio-antropológico que enfatiza su "desocialización": el esclavo es un extraño, privado de vínculos de parentesco y comunidad, un "muerto social" cuya existencia depende enteramente de la voluntad de su

propietario. Una distinción fundamental, propuesta por Moses Finley, es la que separa las "sociedades con esclavos" de las "sociedades esclavistas", siendo estas últimas aquellas en las que la esclavitud constituye el eje central del modo de producción.

Durante la Alta Edad Media, la esclavitud no sólo no desapareció, sino que en muchos aspectos se reforzó. Las invasiones germánicas y las sucesivas guerras proporcionaron un flujo constante de prisioneros que eran reducidos a la condición esclava. Autores como Pierre Bonnassie han propuesto una cronología detallada de su evolución: un retroceso inicial en los siglos III-V, seguido de una restauración y difusión del sistema durante los siglos VI-VII con la instalación de los reinos bárbaros, un nuevo auge en los siglos VIII-X impulsado por las campañas de Carlomagno, y su declive final entre los siglos X y XI. La desaparición de la esclavitud antigua no se debió primordialmente a factores religiosos o morales, sino económicos y sociales. El mantenimiento de una mano de obra esclava resultaba costoso y poco rentable en un contexto de retracción económica, mercados contraídos y abandono de tierras. La transición hacia la servidumbre feudal no fue un proceso pacífico, sino que estuvo ligado a la implantación del señorío banal y a lo que algunos historiadores, como Guy Bois, han denominado la "revolución del año mil", una transformación social profunda que hundió las estructuras del mundo antiguo y dio paso a un nuevo orden socioeconómico.

En la Baja Edad Media, la esclavitud experimentó un renacimiento, pero con características radicalmente distintas. Dejó de ser la base de la producción agraria para convertirse en un fenómeno fundamentalmente doméstico, urbano y vinculado al comercio a larga distancia. Ciudades italianas como Génova y Venecia se erigieron en los principales centros de una trata que capturaba y comercializaba personas provenientes del este de Europa, la región del Mar Negro y el norte de África. El término "esclavo" itself deriva etimológicamente de "eslavo", reflejando este nuevo origen geográfico de los cautivos. Esta esclavitud bajomedieval era predominantemente femenina y orientada al servicio doméstico, el trabajo artesanal en ciudades y como símbolo de estatus social para las elites urbanas.

La Península Ibérica constituyó un caso particular, donde la existencia de una frontera permeable y en constante conflicto con al-Ándalus propició una esclavitud marcada por la cautividad de guerra. El cautiverio cruzado entre cristianos y musulmanes fue una constante, y la esclavitud resultante mantuvo características distintas a las del resto de Europa.

El estudio de la esclavitud medieval ha evolucionado desde un enfoque inicial basado casi exclusivamente en fuentes jurídicas y notariales —que permitían estudiar precios, orígenes étnicos y rutas de la trata, pero no la experiencia vital de los esclavos— hacia aproximaciones más influenciadas por la antropología y la historia social. Estas nuevas perspectivas buscan reconstruir el "rostro humano" de la esclavitud mediante el análisis de fuentes narrativas y literarias, y se interesan por temas como los mecanismos de manumisión, la integración social de los libertos y las estrategias de resistencia de los propios esclavos. En definitiva, el estado de la cuestión revela que la esclavitud fue un elemento estructural y no marginal de la sociedad medieval, cuya comprensión requiere de enfoques interdisciplinarios y de una mirada atenta a sus múltiples variantes regionales y temporales.

Historia Medieval – Siglos III al VIII

EL SIGLO III

Cuestiones políticas

El siglo III ha sido caracterizado como un **siglo de crisis**, un **tiempo crítico** en cuanto a la **redefinición del orbe romano** en sus diversos aspectos. Esta centuria se caracterizó por una **inestabilidad política extrema**, con **frecuentes cambios de emperadores, usurpaciones y guerras civiles**, lo que llevó a una **fragmentación del poder** y a la **emergencia de nuevos sistemas de gobierno con valores diferentes**, como el **Dominado**.

El siglo III comenzó con la **dinastía de los Severos** (193-235), que recibió el nombre de **monarquía militar**, debido a que **consolidó el papel del ejército como eje del poder imperial**. Sin embargo, tras la muerte de Alejandro Severo en 235, el Imperio entró en un **período de anarquía militar**, que comprendió la guerra civil entre diversos comandantes de frontera, debido a la dispersión de la autoridad, con **numerosos emperadores y usurpadores compitiendo por el trono**. Entre 235 y 284, hubo más de 27 gobernantes legítimos y una larga lista de usurpadores,

lo que refleja la **inestabilidad del período**. El ejército, en lugar del Senado, se convirtió en el **principal árbitro del poder**, proclamando y deponiendo emperadores según sus intereses.

Durante este tiempo, el Imperio se fragmentó en **regiones gobernadas por diferentes líderes**. Por ejemplo, las provincias occidentales estuvieron bajo el control de los emperadores galos (260-286), mientras que las orientales fueron gobernadas por el reino de Palmira (268-270). **Esta división territorial reflejó la creciente influencia de las provincias periféricas sobre el centro del Imperio.**

En el último cuarto de la centuria, los **emperadores ilirios** propiciaron un **período de recuperación** que se consolidó con el ascenso al trono de **Valerio Diocles (Diocleciano)**, al que se le atribuye, sesgadamente, el haber salvado al Imperio con la imposición de un control sobre los diversos aspectos de vida política, económica, social y cultural.

Se produjeron conspiraciones contra los emperadores como había sucedido durante el reinado de Cómodo en el siglo II. Las conspiraciones urdidas contra el emperador generaron una **dependencia del poder imperial de la voluntad de los pretorianos**. La muerte de Cómodo posibilitó la expresión abierta de rivalidades y proclamaciones por todo el Imperio, venciendo **Lucio Septimio Severo**, de rango ecuestre, quien comprendió que **la única forma de afirmar su dominio era asegurar el apoyo de las legiones a través de un flujo constante de recursos**, aunque no tuvo éxito. Años después, Severo Alejandro intentó favorecer los intereses senatoriales, pero pronto se opuso el ejército. Los años siguientes motines y alzamientos intercalaban con intentos de recuperar la tradición y la paz, con poca suerte.

El Imperio Romano enfrentó constantes **amenazas externas** durante el siglo III. En Occidente, las **tribus germánicas**, como los francos, alamanes y sajones, **presionaban las fronteras del Rin y el Danubio**, y fueron los causantes de innumerables pérdidas, mientras que en Oriente, el Imperio Sasánida, bajo el liderazgo de Sapor I, representó una grave amenaza. Los persas llevaron una política de enfrentamiento y ocupación de las plazas dominadas por los romanos en Mesopotamia. La captura y humillación del emperador Valeriano por los persas en 260 fue un **momento simbólico de la debilidad militar romana**.

La magnitud de los desplazamientos de los pueblos “bárbaros” fue mucho menor que la de los siglos posteriores. La situación se restableció lentamente con la llegada de los **emperadores ilirios**, provenientes de Dalmacia, en el **268**. Estos emperadores, como Claudio II Gótico y Aureliano lograron derrotas decisivas a los principales oponentes y **establecieron iniciativas para recuperar la producción de las tierras y mejorar la situación monetaria, aumentando la presión fiscal**. Sin embargo, fue con la llegada de **Diocleciano** (284-305) que se implementaron reformas profundas para reorganizar el Imperio. En sus cambios es posible identificar la existencia de un principio de racionalidad administrativa que tenía como fin último reforzar la posición del emperador y la estructura estatal. **La naturaleza del poder se modificó y con ella la relación del emperador con los ciudadanos, quienes adquirieron el estatus de súbditos**. El emperador dejó de ser únicamente el *princeps* o el primer ciudadano para **convertirse en el dominus o señor**.

Diocleciano estableció el **sistema de corregencia** (conocido como **Tetrarquía**) que **le permitió transferir su autoridad sobre la parte occidental del Imperio sin poner en riesgo la integridad del Estado**. Diocleciano comprendió que un solo hombre ya no podía defender las extensas fronteras del Imperio contra las constantes invasiones y rebeliones. Presionado por un alzamiento militar en Britania y múltiples frentes, necesitaba un corregente de plena confianza para gestionar la parte occidental. Designó a **Maximiano** primero como César en 285 y posteriormente como Augusto. Diocleciano se centró en Oriente y Maximiano en Occidente. Cada uno de los Augustos senior asoció a un general en carácter de César junior, **C. Galerio (en Oriente) y Flavio Valerio Constancio (en Occidente)**, destinados a sucederlos en el cargo en caso de muerte o incapacidad.

Las reformas afectaron al círculo más cercano del emperador. Diocleciano **modificó el consejo imperial** para debilitar el poder de individuos potencialmente rebeldes. Tuvo que aumentar masivamente el número de funcionarios, creando una estructura donde cada uno tuviera un poder limitado y estuviera celosamente vigilado por otro, permitiendo por un tiempo detener el crecimiento de figuras individuales con el suficiente poder como para romper el equilibrio logrado.

En el ámbito militar mejoró la distribución de las legiones sin aumentar el número de tropas. Convirtió la legión de 5.000 efectivos a apenas 3.000. Creó unidades móviles, de 1.000 soldados efectivos para el combate en las fronteras contra los pueblos de allí. Modificó el sistema de defensa para contener mejor al enemigo. **Las rutas comerciales fueron enlazadas con los puestos militares con la intención de asegurar el comercio y proveer de recursos al ejército.**

El gobierno de las provincias fue reconfigurado implantando una precisa **separación entre funciones civiles y militares**. Antes un solo gobernador tenía todo el poder (ejército, impuestos, justicia). Esto lo convertía en un usurpador potencial. Ahora crea dos cargos separados: el Praeses (Civil): Recaudaba impuestos y administraba. No tenía ejército; y el Dux (Militar): Comandaba las tropas. No podía recaudar impuestos. Como resultado, se vigilaban mutuamente. Para rebelarse, el militar necesitaba el dinero del civil, quien no tenía interés en apoyarlo. Divide el Territorio en provincias más pequeñas; partió las grandes provincias en unidades más pequeñas y manejables. Como resultado, **un gobernador o general rebelde controlaba un territorio mucho más pequeño y menos recursos, haciendo casi imposible que amenazara al emperador.**



Algunos sostienen que estas reformas **remiten a la necesidad de mejorar la recaudación de impuestos**, pero en realidad se trataba de una **forma de limitar la independencia de los mandos intermedios**. Los tetrarcas dividieron el territorio, sobre todo aquellos espacios más conflictivos, multiplicando el número de provincias, a cargo de un gobernador (praesides) y de un jefe militar (dux). Estas estaban agrupadas en unidades mayores a cargo de un vicario, denominadas diócesis, distribuidas en cuatro prefecturas a la cabeza de un augusto o un César.

Cuestiones sociales

Durante el siglo III, la profunda crisis militar, económica y social que atravesó el Imperio Romano obligó a la población a aceptar, no sin resistencias, **la autoridad de un Estado más fuerte a cambio de la restauración del orden**. Esta situación catalizó una transformación fundamental en la estructura social, caracterizada por el **declive de la antigua aristocracia senatorial y el ascenso de los militares profesionales del orden ecuestre**, quienes asumieron los altos cargos administrativos y militares por su eficacia frente a los desafíos del período. La **carrera militar** se convirtió así en la **principal vía de ascenso social** para individuos de origen provincial.

En el ámbito municipal, la clase decurional, encargada de la recaudación de impuestos, vio cómo su antiguo privilegio se transformó en una carga pesada, al ser responsables con su propia fortuna de las contribuciones imperiales y las obras públicas. Paralelamente, el Estado intervino en la economía regulando los collegia (asociaciones profesionales), fijando hereditariamente las profesiones para garantizar la producción y el abastecimiento.

Un hito crucial fue la **Constitutio Antoniniana** (212 d.C.), mediante la cual el emperador **Caracalla** extendió la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio. Lejos de ser un acto de generosidad, esta medida buscaba una unificación jurídica y fiscal, pero eliminó el principal estatus de diferenciación social anterior.

El descontento popular fue generalizado. La plebe urbana sufrió por la limitación de los donativos estatales, mientras que en el campo, la presión fiscal y las difíciles condiciones de vida provocaron revueltas como la de los bagaudae en Galia e Hispania, donde campesinos, colonos fugitivos y ladrones desafiaron a las autoridades. Así, la sociedad que emergió de la crisis fue radicalmente diferente a la del Principado, sentando las bases para la nueva configuración del Bajo Imperio Romano.

Cuestiones económicas

La crisis económica del siglo III se manifestó en la interrupción de los **intercambios comerciales, la desaceleración del crecimiento, el abandono de tierras, la depreciación monetaria y el aumento de precios**. Sin embargo, el impacto fue desigual: provincias como Britania, Egipto y el norte de África mantuvieron su prosperidad, mientras que las regiones fronterizas danubianas y zonas de Hispania, Galia y Siria sufrieron graves disruptions debido a la guerra y la inseguridad.

La guerra fragmentó las rutas comerciales, generó escasez y especulación, y llevó al Estado a recurrir a dos medidas clave: la requisición de ingresos municipales y la devaluación monetaria. Emperadores como Caracalla (antoniniano) y Aureliano (aureliano o nummus) introdujeron monedas con menor contenido metálico noble, lo que provocó una inflación galopante y una retracción de la economía monetaria hacia el trueque. Como consecuencia, el Estado comenzó a recaudar impuestos en especie (annona), descentralizando el acopio y aumentando la burocracia para gestionarlo.

Diocleciano intentó estabilizar la situación con reformas integrales. Realizó un censo general de recursos (287 d.C.) para calcular la capacidad contributiva basada en dos unidades abstractas: la iugatio (tierra cultivable) y la capitatio (personas y animales). Esto permitió un sistema fiscal más predecible y progresivo. Además, reformó la moneda introduciendo el follis de bronce y estableciendo nuevas paridades, aunque con éxito limitado debido a la escasez de metales preciosos. En el 301, promulgó el Edicto de Precios Máximos para contener la inflación y la especulación, fijando topes para salarios y mercancías, pero su efectividad fue mínima ante la escasez de oferta.

La agricultura sufrió una reconversión: la pequeña propiedad declinó frente a la gran propiedad, y el Estado, para asegurar la producción y la mano de obra, vinculó legalmente a los colonos a la tierra (adsripticii), sentando las bases de la servidumbre. Finalmente, el Estado intervino directamente en la economía, organizando talleres oficiales (fabricae) y controlando colegios profesionales (collegia) para garantizar el abastecimiento del ejército y la administración, limitando la libre iniciativa y marcando la transición hacia una economía dirigida y militarizada típica del Bajo Imperio.

Cuestiones culturales

El siglo III presentó una profunda transformación cultural, marcada por la **tensión entre la tradición clásica y nuevas corrientes espirituales**. La educación clásica se mantuvo como ideal para las élites, aunque la producción literaria fue escasa, con excepciones como Dión Casio, Herodiano o Cipriano de Cartago. En cambio, florecieron las artes visuales, como la escultura y la pintura, con un notable realismo en retratos y decoraciones de villas aristocráticas.

La extensión de la ciudadanía romana a todos los habitantes libres (212 d.C.) transformó la relación entre el individuo y el Estado. Las demostraciones de lealtad al emperador reemplazaron a las antiguas competencias cívicas, y el servicio personal a la ciudad perdió significado frente a un sistema de cargos designado desde el poder central. Esto se reflejó en el declive de las construcciones públicas y las inscripciones honoríficas, mientras los recursos se destinaban a fortificaciones y defensas.

La diversidad cultural del Imperio se mantuvo, con el latín y el griego como lenguas hegemónicas, pero con la persistencia de tradiciones locales. Las ciudades del norte de África y Oriente Próximo prosperaron, mientras que muchas en Italia y el norte de Europa se contrajeron tras sus murallas.

En el ámbito religioso, el siglo III fue testigo de la expansión del cristianismo, que ofrecía un mensaje de salvación y comunidad frente a la incertidumbre general. Este crecimiento se dio junto con la popularidad de religiones místicas (como el culto a Mitra) y corrientes filosóficas como el neoplatonismo de Plotino, que promovía la idea de un dios supremo y trascendente.

Las persecuciones contra los cristianos, iniciadas por Decio (250 d.C.) y continuadas por Valeriano y Diocleciano (303-304 d.C.), buscaron **reforzar la unidad imperial** frente a lo que se veía como una **amenaza a las tradiciones romanas**. Sin embargo, estas medidas no detuvieron la expansión del cristianismo, que finalmente se consolidaría como una fuerza cultural y social dominante en los siglos siguientes.

Cuestiones políticas

El siglo IV fue un período de profunda transformación política en el Imperio Romano, marcado por la consolidación de las reformas de Diocleciano y la transición hacia un Estado cristiano bajo Constantino y sus sucesores. Tras la crisis del siglo III, Diocleciano (284-305) implementó la tetrarquía, un sistema de gobierno colegiado con dos augustos y dos césares, para garantizar la defensa de las fronteras y una sucesión ordenada. Sin embargo, tras su abdicación en 305, el sistema colapsó debido a las ambiciones de los herederos excluidos, como Constantino y Majencio. Constantino emergió victorioso tras la batalla del Puente Milvio (312), unificando Occidente, y derrotó a Licinio en 324 para restaurar la unidad imperial.

Constantino revolucionó el panorama religioso con el Edicto de Milán (313), que estableció la tolerancia para el cristianismo. Su conversión personal, gradual pero decisiva, impulsó la integración de esta religión en el Estado. Fundó Constantinopla (330), una nueva capital cristiana estratégicamente ubicada entre Europa y Asia, que desplazó el centro de gravedad del Imperio hacia Oriente. Tras su muerte (337), el Imperio se dividió entre sus hijos, iniciando un ciclo de luchas dinásticas. Figuras como Juliano "el Apóstata" (361-363), que intentó restaurar el paganismo, y Joviano (363-364), que firmó una paz costosa con Persia, reflejaron la inestabilidad del período.

En 364, Valentiniano I y su hermano Valente dividieron el Imperio definitivamente: Occidente para el primero, Oriente para el segundo. La derrota y muerte de Valente ante los godos en Adrianópolis (378) marcó un punto de inflexión, demostrando la vulnerabilidad militar romana. Teodosio I (379-395) negoció un foedus (pacto) con los godos en 382, integrándolos como federados dentro del Imperio. A su muerte, el Imperio se dividió permanentemente entre sus hijos: Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente.

Dos problemáticas definieron el siglo:

La cuestión religiosa: El cristianismo pasó de perseguido a religión oficial bajo Teodosio (380). Conflictos dogmáticos, como el arrianismo, amenazaron la unidad imperial y fueron resueltos en concilios (Nicea 325, Constantinopla 381) con intervención directa de los emperadores.

Las invasiones bárbaras y la presión persa: La frontera del Danubio se vio sometida a una presión constante de godos, hunos y otros pueblos. Persia mantuvo una guerra casi constante en Oriente, exigiendo un esfuerzo militar permanente.

Las reformas militares fueron cruciales. Diocleciano fortaleció las fronteras con fortificaciones y un ejército estático. Constantino, en cambio, creó un ejército móvil de campaña (comitatenses), extraído de las guarniciones fronterizas, para responder con rapidez a las invasiones. Esto, si bien fue efectivo, debilitó las defensas fronterizas (limitanei) y otorgó mayor peso a la caballería, cambiando para siempre la naturaleza del ejército romano.

Cuestiones sociales

La sociedad del siglo IV se estructuró bajo una rígida división estatal en tres grupos funcionales: los possessores (grandes terratenientes senatoriales que acumularon riqueza y poder en sus latifundios), los curiales (encargados de la administración municipal y la recaudación fiscal, cuya condición se volvió una carga hereditaria debido a la presión impositiva), y la plebe (campesinos, artesanos y comerciantes sometidos a una fuerte presión fiscal que los impulsó a buscar protección mediante vínculos de patronazgo).

El Estado intervino activamente para fijar hereditariamente oficios y condiciones sociales, destacándose la degradación de los colonos, que quedaron adscritos a la tierra en una situación cercana a la servidumbre, sin derecho a abandonarla y bajo dependencia jurídica y económica de los terratenientes. Pese a este marco legal restrictivo, existió movilidad social a través del ejército, la burocracia imperial y la Iglesia, instituciones que permitieron el ascenso de individuos talentosos.

La aristocracia senatorial se consolidó como la clase dominante, enriquecida por la crisis del siglo III y ampliada con la creación del Senado de Constantinopla, mientras la antigua clase ecuestre desapareció absorbida por esta nueva

nobleza. La vida cotidiana reflejó estas desigualdades: las élites vivían en lujosas villas rurales, mientras la mayoría de la población enfrentaba pobreza y dependencia, en un proceso creciente de ruralización y fragmentación del poder en perjuicio de las ciudades.

Cuestiones económicas:

El siglo IV en el Imperio Romano representó un período de profundas transformaciones económicas marcadas por la crisis estructural y una intervención estatal sin precedentes. Según la perspectiva de Georges Depeyrot, la economía de este siglo se vio afectada por factores naturales adversos, como un clima menos clemente, epidemias recurrentes y una disminución de la población agrícola, agravada por los desórdenes políticos y las incipientes invasiones bárbaras. Estos elementos confluyeron en una reducción estimada de hasta un tercio de las tierras cultivables en algunas regiones hacia el siglo V, debilitando la base productiva del Imperio.

La principal novedad de este período fue el papel activo del Estado en la economía, iniciado con las reformas de Diocleciano y consolidado por Constantino. Diocleciano estableció un sistema fiscal basado en la iugatio (unidad de tierra tributable) y la capitatio (censo de población), calculando anualmente las necesidades del Estado mediante la indicción. Constantino añadió el requisito de pagar tributos en oro, lo que incrementó la presión fiscal sobre la población, especialmente en Occidente, donde se estima que entre un tercio y dos tercios de la cosecha se destinaba al fisco. Paralelamente, se implementaron reformas monetarias para contener la inflación galopante, que había alcanzado un 17% anual a mediados de siglo. El antoniniano de plata, fuertemente devaluado, fue reemplazado por el sólido de oro y pequeñas monedas de bronce (nummi), financiadas mediante la confiscación de tesoros paganos, botines de guerra y tributos exigidos a las élites.

Tres actores clave articularon esta economía: el Estado, que buscaba asegurar ingresos estables; la clase dominante terrateniente, que apoyaba las medidas que garantizaban sus rentas y el control sobre la mano de obra; y la Iglesia, que acumuló riquezas through donaciones imperiales y exenciones fiscales, legitimando el sistema económico. La redistribución de riqueza favoreció a grupos privilegiados como el ejército, que recibió donativos en oro y exenciones fiscales, y a funcionarios palaciegos y clérigos, exonerados de cargas públicas. Sin embargo, estas medidas no evitaron el agotamiento de las ciudades ni la contracción económica progresiva. Las reservas de oro monetario, estimadas en 220 toneladas a mediados del siglo IV, se redujeron a aproximadamente 100 toneladas hacia fines del siglo V, reflejando el colapso de los circuitos económicos romanos y la transición hacia los sistemas regionales que caracterizarían la economía altomedieval. El siglo IV en el Imperio Romano representó un período de profundas transformaciones económicas marcadas por la crisis estructural y una intervención estatal sin precedentes. Según la perspectiva de Georges Depeyrot, la economía de este siglo se vio afectada por factores naturales adversos, como un clima menos clemente, epidemias recurrentes y una disminución de la población agrícola, agravada por los desórdenes políticos y las incipientes invasiones bárbaras. Estos elementos confluyeron en una reducción estimada de hasta un tercio de las tierras cultivables en algunas regiones hacia el siglo V, debilitando la base productiva del Imperio.

La principal novedad de este período fue el papel activo del Estado en la economía, iniciado con las reformas de Diocleciano y consolidado por Constantino. Diocleciano estableció un sistema fiscal basado en la iugatio (unidad de tierra tributable) y la capitatio (censo de población), calculando anualmente las necesidades del Estado mediante la indicción. Constantino añadió el requisito de pagar tributos en oro, lo que incrementó la presión fiscal sobre la población, especialmente en Occidente, donde se estima que entre un tercio y dos tercios de la cosecha se destinaba al fisco. Paralelamente, se implementaron reformas monetarias para contener la inflación galopante, que había alcanzado un 17% anual a mediados de siglo. El antoniniano de plata, fuertemente devaluado, fue reemplazado por el sólido de oro y pequeñas monedas de bronce (nummi), financiadas mediante la confiscación de tesoros paganos, botines de guerra y tributos exigidos a las élites.

Tres actores clave articularon esta economía: el Estado, que buscaba asegurar ingresos estables; la clase dominante terrateniente, que apoyaba las medidas que garantizaban sus rentas y el control sobre la mano de obra; y la Iglesia, que acumuló riquezas through donaciones imperiales y exenciones fiscales, legitimando el sistema económico. La redistribución de riqueza favoreció a grupos privilegiados como el ejército, que recibió donativos en oro y exenciones

fiscales, y a funcionarios palaciegos y clérigos, exonerados de cargas públicas. Sin embargo, estas medidas no evitaron el agotamiento de las ciudades ni la contracción económica progresiva. Las reservas de oro monetario, estimadas en 220 toneladas a mediados del siglo IV, se redujeron a aproximadamente 100 toneladas hacia fines del siglo V, reflejando el colapso de los circuitos económicos romanos y la transición hacia los sistemas regionales que caracterizarían la economía altomedieval.

Cuestiones culturales

El siglo IV constituyó un período de transformación cultural y religiosa radical en el Imperio Romano, marcado fundamentalmente por la conversión de Constantino al cristianismo y la posterior consolidación de esta religión como elemento central del poder y la identidad imperial. Según Paul Veyne, sin la intervención de Constantino, el cristianismo habría permanecido como una secta marginal. Su conversión, atribuida a una visión antes de la batalla del Puente Milvio (312 d.C.), donde se le habría encomendado adoptar el crismón (XP) como símbolo de victoria, respondió tanto a convicciones personales como a una lógica política: en un contexto de crisis de la tetrarquía y del paganismo oficial, el monoteísmo cristiano ofrecía un nuevo fundamento de unidad y legitimidad.

Constantino implementó una política religiosa pragmática: aunque personalmente cristiano, no impuso su fe a la fuerza, sino que promovió la tolerancia y priorizó la supresión de los sacrificios paganos sobre la conversión masiva. Su rol fue el de un árbitro en asuntos eclesiásticos, autoproclamándose "obispo de los de fuera", lo que reflejaba la tradición romana que vinculaba religión y autoridad imperial. Este enfoque se evidenció en el Concilio de Nicea (325 d.C.), donde Constantino financió y dirigió la reunión de obispos para definir la ortodoxia frente a disputas teológicas, particularmente el arrianismo, que negaba la consustancialidad del Hijo con el Padre. La fórmula resultante —"engendrado, no hecho, consustancial con el Padre"— estableció un dogma unificado y marginó a disidentes, though el arrianismo perduró, especialmente entre los godos.

La era constantiniana también vio el surgimiento de herejías y cismas que desafiaron la unidad eclesiástica. El donatismo en África, por ejemplo, combinó puritanismo religioso con tensiones sociales al rechazar a quienes habían apostatado durante las persecuciones, mientras que el priscilianismo en Hispania mezcló ascetismo con doctrinas gnósticas. Constantino respondió con concilios y confiscaciones, pero estos movimientos revelaron la diversidad del cristianismo y la dificultad de imponer una ortodoxia.

La Iglesia se benefició material y jurídicamente: el clero recibió exenciones fiscales (munera), derecho a recibir herencias y autoridad judicial (audientia episcopalis), mientras que el evergetismo imperial financió basílicas monumentales en Roma (Letrán, Vaticano, San Pablo), Jerusalén (Santo Sepulcro) y Constantinopla (Santa Irene). Este patrocinio transformó el cristianismo en una institución de poder visible, though Constantino mantuvo un equilibrio simbólico con el paganismo, como muestra la estatua de Apolo en Constantinopla.

Estructuralmente, la Iglesia adoptó una organización jerárquica paralela a la administrativa imperial, con obispos, metropolitanos y patriarcas (Roma, Alejandría, Antioquía, Constantinopla), y el papado romano comenzó a afirmar su primacía moral. Simultáneamente, surgió el monacato como contrapunto ascético a la institucionalización, con figuras como Antonio en Egipto y luego Martín de Tours en Occidente.

Culturalmente, la historiografía cristiana emergió con fuerza, encabezada por Eusebio de Cesarea, cuya Historia Eclesiástica ofreció una visión providencialista del triunfo cristiano, mientras que la hagiografía, como la Vida de Antonio de Atanasio, popularizó ideales de santidad. Este siglo sentó así las bases para la fusión entre poder imperial y religión cristiana que definiría la Baja Antigüedad y la Edad Media, transformando irreversiblemente la cultura romana.

SIGLO V

Cuestiones políticas

El siglo V constituyó el escenario definitivo de la desintegración política del Imperio Romano de Occidente, un proceso complejo donde factores internos y externos se entrelazaron para dar forma a una nueva realidad geopolítica. Tras la división formal del Imperio en 395 entre los hijos de Teodosio, Honorio en Occidente (con capital en Rávena) y Arcadio en Oriente (Constantinopla), la parte occidental se enfrentó a una crisis multifacética que culminaría con su colapso en 476.

La presión externa fue un elemento catalizador decisivo. Aunque el Imperio Sasánida en Oriente seguía siendo percibido como la amenaza principal a fines del siglo IV, fueron los pueblos germánicos e iraníes asentados a lo largo del limes del Rin y Danubio —burgundios, godos, suevos, vándalos, alanos y hunos— quienes desestabilizaron la frontera. La irrupción de los hunos desde Asia Central, según argumenta el historiador Peter Heather, actuó como detonante, empujando a estos pueblos hacia el interior del Imperio. El cruce masivo del Danubio por los godos en 376, su victoria en Adrianópolis (378) donde murió el emperador Valente, y posterior saqueo de Roma en 410 bajo Alarico, simbolizaron la vulnerabilidad militar romana.

Estos movimientos iniciaron una cadena de eventos: el cruce del Rin por vándalos, alanos y suevos en 406, su avance hacia Hispania y el norte de África; el establecimiento de los visigodos en Aquitania (418) mediante un foedus; la conquista vándala de Cartago (439), que privó a Roma de su granero africano; y la incursión de Atila al mando de los hunos, contenida temporalmente en los Campos Cataláunicos (451) por Aecio, pero que evidenció la dependencia de Roma de ejércitos federados bárbaros.

La crisis interna fue igualmente crítica. La pérdida progresiva de territorios ricos (África, Hispania, Galia) redujo drásticamente la base fiscal del Estado, minando su capacidad para mantener un ejército profesional y una burocracia efectiva. La autoridad imperial se debilitó frente a generales bárbaros como Ricimero (456-472) y Odoacro, quien depuso a Rómulo Augústulo en 476 y envió las insignias imperiales a Constantinopla, simbólicamente cerrando la línea de emperadores occidentales.

Políticamente, el siglo V no fue una ruptura abrupta sino una transición hacia entidades posromanas. Los reinos bárbaros —visigodo en Hispania, vándalo en África, ostrogodo en Italia, franco en Galia— no buscaron destruir el Imperio sino integrarse en él. Muchos gobernantes actuaron como federados (foederati) nominalmente leales a Roma, manteniendo estructuras administrativas romanas y cooperando con las élites locales terratenientes. Esta colaboración aseguró cierta continuidad cultural y jurídica, aunque el poder central se fragmentó.

El resultado final fue la emergencia de una **Europa de reinos independientes** que ya no aspiraban a la legitimidad imperial universal. La desaparición del Estado centralizado occidental no implicó aniquilación cultural —el latín, el derecho romano y el cristianismo persistieron— pero sí **el fin de un orden político unificado**. El Imperio de Oriente, en cambio, sobrevivió, intentando incluso reconquistar territorios bajo Justiniano en el siglo VI, aunque sin lograr restablecer la unidad mediterránea. Así, el siglo V marcó la transición de la Antigüedad clásica a la Alta Edad Media, donde la síntesis entre lo romano y lo germánico definiría el futuro del continente.

Cuestiones sociales

El siglo V constituyó un período de profunda reconfiguración social en el Occidente romano, caracterizado por la interacción compleja entre la sociedad imperial y los pueblos germánicos. Lejos de representar una simple "caída", este proceso implicó una transición gradual donde elementos de continuidad y cambio se entrelazaron para dar forma a una nueva realidad social. La dinámica entre fuerzas endógenas —como las tensiones sociales internas y la crisis institucional— y exógenas —la presión migratoria y el establecimiento de reinos germánicos— redefinió las estructuras de poder, identidad y organización comunitaria.

La relación entre romanos y germanos evolucionó a través de tres etapas significativas. Inicialmente, durante la fase de conquista y colonización romana, las guerras definieron fronteras estables mientras algunos pueblos germánicos buscaban tierras para asentarse. Posteriormente, durante los siglos II al IV, se desarrollaron migraciones pacíficas de familias completas que ingresaron como federados (foederati), estableciendo relaciones de amistad (amicitia), hospitalidad (hospitalitas) y clientelismo con las autoridades romanas. Finalmente, el siglo V presenció invasiones violentas motivadas por la presión de los hunos y la debilidad romana, que incluyeron desde razias hasta el establecimiento de reinos autónomos como los de visigodos y vándalos.

La organización social germánica se estructuraba en torno a tres ejes de solidaridad: la sippe o familia amplia bajo autoridad patriarcal, la tribu como unidad política básica, y el gau o confederación de tribus con jefes elegidos en

asambleas de guerreros. Su derecho consuetudinario priorizaba la responsabilidad familiar colectiva, la venganza de sangre y las ordalías como mecanismos judiciales. Religiosamente, practicaban un culto a fuerzas naturales y dioses como Wotan y Thor, con rituales de sacrificio y celebración de victorias militares.

El proceso de integración se desarrolló mediante **mecanismos complejos de etnogénesis**, donde un "núcleo de tradición" aristocrático amalgamó elementos culturales diversos para crear identidades cohesionadas, como los Regnum Francorum en Galia. Las élites romanas y germánicas establecieron acuerdos de colaboración que permitieron a los terratenientes mantener sus privilegios a cambio de reconocer la nueva autoridad. La conversión religiosa al cristianismo —ya fuera arriano o católico— por parte de los líderes germánicos facilitó su legitimación ante la población romana, aunque persistieron numerosas prácticas paganas.

Sin embargo, este período también estuvo marcado por tensiones sociales agudas. Las revueltas bagáudicas en Galia e Hispania expresaron el descontento de campesinos, colonos y plebe urbana contra la opresión fiscal y el poder terrateniente. La progresiva militarización de la frontera bajo control germánico generó recelos entre la aristocracia romana, que intentó limitar su influencia en el ejército y la administración. En este contexto, la Iglesia emergió como institución articuladora, con obispos que suplieron la vacante autoridad imperial en las ciudades y facilitaron la integración de las estructuras romanas en los nuevos reinos.

El resultado final no fue la sustitución de lo romano por lo germánico, sino una síntesis social creativa donde elementos de ambas tradiciones se fusionaron. Esta transformación sentó las bases para la sociedad medieval, caracterizada por lealtades personales, particularismo local y una identidad cultural híbrida que marcaría el desarrollo de Europa en los siglos siguientes.

Cuestiones económicas

El siglo V representó un punto de inflexión en la evolución económica del Imperio Romano de Occidente, caracterizado por la progresiva fragmentación del sistema fiscal unificado y la emergencia de modelos económicos regionales. Lejos de ser una simple "decadencia", este período witnessed una compleja reconfiguración donde factores como las invasiones germánicas, la crisis fiscal y el surgimiento de nuevos actores económicos —particularmente la Iglesia— redefinieron las bases de la producción y distribución de riqueza.

La creciente divergencia entre Oriente y Occidente se acentuó durante este siglo. Mientras el Imperio Oriental mantuvo una mayor estabilidad burocrática y económica, gracias a su base fiscal más sólida y menor exposición a las incursiones bárbaras, Occidente enfrentó una presión constante sobre sus recursos. Las incursiones germánicas no solo disruptieron las redes de producción y comercio, sino que fragmentaron el territorio en unidades políticas autónomas que gradualmente reemplazaron el sistema tributario imperial por mecanismos locales de recaudación.

El Estado romano tardío dependía críticamente de la tributación como columna vertebral de su economía. Los impuestos —recaudados en moneda y especie— financiaban el ejército, la burocracia, el aprovisionamiento urbano y las obras públicas. Sin embargo, como señala Wickham, este sistema enfrentó tensiones crecientes: las élites terratenientes evadían sus obligaciones fiscales, mientras los campesinos buscaban protección bajo el patronazgo de magnates locales, incrementando así el poder de la gran propiedad a expensas del fisco imperial. Este ciclo de evasión y descentralización debilitó la capacidad del Estado para mantener sus estructuras.

La llegada de los reinos germánicos aceleró esta transformación. Aunque inicialmente intentaron preservar los mecanismos fiscales romanos, la realidad económica impuso adaptaciones profundas. La desaparición del ejército profesional —reemplazado por guerreros-terratenientes— redujo drásticamente el gasto militar, mientras la tributación perdió su carácter universal para transformarse en un sistema de donativos y contribuciones irregularmente aplicado. La base imponible se contrajo debido a la guerra, la disminución demográfica y el asentamiento de comunidades germánicas que often recibieron tierras mediante hospitalitas, aunque los detalles de estos acuerdos siguen siendo debatidos.

En este contexto, la Iglesia emergió como un actor económico crucial. Los recursos dedicados a la construcción de basílicas y monasterios, junto con las donaciones piadosas, estimularon economías locales y proporcionaron redes de asistencia social en un período de creciente inseguridad. Los obispos asumieron funciones administrativas —incluyendo la gestión de granjas y talleres— que anteriormente correspondían al Estado, facilitando una transición hacia modelos económicos más localizados.

Las ciudades, aunque afectadas por la contracción comercial y la inestabilidad, mantuvieron cierta vitalidad económica como centros episcopales y mercados regionales. La arqueología muestra continuidad en actividades artesanales y agrícolas en sus alrededores, though a escala reducida. En las áreas rurales, la economía se reorientó hacia la autosuficiencia, con villas transformándose en centros de producción autárquicos y aldeas campesinas ganando autonomía relativa.

La diferencia fundamental con Oriente radicó en la guerra constante: mientras Constantinopla disfrutó de períodos de paz que permitieron la acumulación de excedentes, Occidente sufrió decadas de conflicto que dañaron infraestructuras y disruptieron el comercio a larga distancia. El resultado fue la emergencia de economías regionalizadas, donde la riqueza se medía más en control de tierras y hombres que en moneda circulante. Este tránsito no fue uniforme —zonas como Italia o el sur de Galia mantuvieron mayor complejidad económica— pero sentó las bases para los sistemas señoriales altomedievales.

En conclusión, el siglo V no witness el colapso económico absoluto, sino la desintegración de un sistema fiscal unificado y su reemplazo por modelos híbridos romano-germánicos. Esta transformación, though traumática, creó las condiciones para economías más localizadas y resilientes que caracterizarían la Alta Edad Media.

Cuestiones culturales

El siglo V fue testigo de una profunda transformación cultural en el Occidente romano, marcada por la consolidación del cristianismo como eje rector de la vida intelectual, artística y social. Este proceso no implicó una ruptura abrupta con el pasado clásico, sino una reelaboración creativa donde la tradición romana se fusionó con nuevas realidades políticas y religiosas. La cultura dejó de ser un dominio exclusivo de las élites urbanas paganas para convertirse en un campo de batalla ideológico donde se definieron los cimientos de la Europa medieval.

La cristianización del espacio público alteró radicalmente la fisonomía de las ciudades. Las basílicas y complejos episcopales reemplazaron a los templos paganos y edificios cívicos como centros de la vida urbana. Este cambio no fue meramente arquitectónico sino simbólico: los enterramientos, antes situados extramuros, comenzaron a integrarse en el tejido urbano, mientras los mosaicos y pinturas con escenas bíblicas sustituyeron a la iconografía clásica en la decoración pública. Ciudades como Rávena, convertida en capital imperial, ejemplificaron esta transformación a través de monumentos como el Mausoleo de Gala Placidia, donde la simbología cristiana se articuló con la herencia artística romana.

El período se caracterizó por intensos debates teológicos que trascendieron el ámbito académico para convertirse en cuestiones de poder e identidad. Controversias como el nestorianismo —que enfatizaba la dualidad de naturalezas en Cristo— y el monofisismo —que defendía su naturaleza única— dividieron no solo a la Iglesia sino al Imperio, particularmente en Oriente. El Concilio de Calcedonia (451) intentó establecer una ortodoxia mediante la fórmula de "dos naturalezas en una persona", pero estas disputas reflejaban tensiones más profundas: conflictos entre sedes patriarcales, descontento social y la creciente politización de la fe. El asesinato de la filósofa Hipatia en Alejandría (415) simbolizó la violencia que podían generar estas pugnas ideológicas.

La educación y la producción intelectual experimentaron una síntesis entre paideia clásica y pensamiento cristiano. Figuras como los Padres de la Iglesia occidental —Ambrosio, Jerónimo y Agustín— encarnaron este proceso. San Jerónimo tradujo la Biblia al latín (la Vulgata), integrando erudición clásica y exégesis cristiana. San Agustín, en obras como La Ciudad de Dios, respondió a las acusaciones que atribuían al cristianismo la caída de Roma, proponiendo una visión teleológica de la historia donde lo terrenal se subordinaba a lo divino. Su obra legitimó la autoridad eclesiástica mientras absorbía herramientas del neoplatonismo y la retórica clásica.

La literatura y la historiografía también se reorientaron. Las crónicas —como las de Próspero de Aquitania o Hidacio— sustituyeron a la historia analítica clásica, organizando los eventos en estructuras cronológicas que reflejaban una visión providencialista. Este género, más accesible y didáctico, priorizaba la enseñanza moral sobre el rigor factual. Paralelamente, persistió el estudio de autores clásicos, though ahora mediado por una lente cristiana que buscaba extraer lecciones éticas o alegóricas.

La relación entre romanos y bárbaros se transformó culturalmente. La antigua oposición "civilización vs. barbarie" perdió fuerza a medida que los pueblos germánicos se integraron en las estructuras imperiales —especialmente en el ejército— y adoptaron progresivamente el cristianismo y el latín. Este proceso no estuvo exento de tensiones, pero facilitó una etnogénesis donde elementos romanos y germánicos se amalgamaron en identidades híbridas, como en los reinos visigodo o franco.

En conclusión, el siglo V no fue un período de decadencia cultural, sino de intensa reelaboración intelectual y artística. El cristianismo proporcionó un nuevo marco de referencia que absorbió, reinterpretó y transmitió la herencia clásica, mientras las ciudades, la educación y la producción simbólica se adaptaban a una realidad política fragmentada. Esta transformación sentó las bases para la cultura medieval, donde la fe sería el principal organizador del conocimiento y la expresión artística.

SIGLO VI

Cuestiones políticas

En torno al año 500, el mapa político del occidente europeo había comenzado a adquirir sus **perfiles medievales**. El imperio de Occidente había desaparecido y los invasores empezaban a configurar sus áreas de poder en las zonas más romanizadas de Italia, norte de África, Hispania y las Galias.

En la **Galia**, los pueblos francos se asentaron sobre las antiguas estructuras romanas. Estaban divididos en *ripuarios/renaros* a la izquierda del Rin, y los **salios en la actual Bélgica y Países Bajos**. De estos últimos surge **Clodoveo**, que en 486 vence a Siagro, ex-general romano y gobernante de un estado remanente del Imperio, tomando su capital de Soissons y proclamándose “general romano” además de rey. Clodoveo se preocupó por **unificar las distintas comunidades francas** situadas en torno al río Loira y se expandió hasta el mediterráneo, entrando en contacto y conflicto con los burgundios y visigodos. Contra estos últimos, venció e incorporó Tolosa y Aquitania a su dominio.

A sus sucesores, se los comienza a llamar **merovingios** y presionaron hacia el este y sur, dislocando el reino burgundio e incursionando en Italia, además de **incorporar a la Germania meridional**. Debido a la práctica merovingia de fraccionar el territorio entre los hijos de los reyes, las **luchas internas** se hicieron comunes y se empezó a gestar una diferencia entre *Neustria*, el oeste, y *Austrasia*, el este.

Los merovingios no rechazaron por completo su herencia romana, pero su reino fue esencialmente germánico.



En Hispania e Italia, el protagonismo fué de los godos, que fundaron estados duraderos que fusionaron elementos germánicos y romanos, formando una cultura intelectual autónoma.

En **Hispania**, los **Visigodos** llegaron a la península ibérica en el siglo V como federados del Imperio. Para el siglo VI, contenida la amenaza franca, el poder de los reyes visigodos solo era discutido, aunque débilmente, por el reino **Suevo**, en la actual Galicia, y los **vascos** al norte de Hispania. El rey visigodo **Leovigildo anexó el reino suevo entre 576 y 585**, fusionandolo con el godo, mantuvo a los vascos contenidos y **expulsó a los bizantinos**, que habían

llegado al este hispano. Su sucesor, Recaredo, consiguió **consolidar la autoridad real y organización política, convirtiéndose al catolicismo**, uniendo así a los godos (arrianos) e hispanorromanos (católicos), además de traerle una **poderosa alianza con la Iglesia**. Se formó una **monarquía teocrática**, al estilo bizantino.

En **Italia**, los **Ostrogodos** ingresaron en 489 liderados por su rey Teodorico y venciendo al rey Odoacro (destructor del Imperio). La organización del reino ostrogodo respetó una especie de **dualismo que mantuvo el equilibrio entre las tradiciones imperiales romanas y las de los germanos**. A la fuerza del ejército godo se le unió el orden de la civilización romana, con sus leyes, magistraturas, y apoyo del orden senatorial. Dispuso que los godos y romanos vivieran bajo administraciones paralelas pero separadas.

Trás la muerte de Teodorico, llega al trono Atalarico, un niño bajo la regencia de la hija del ex rey, pero muere prematuramente y un tal Teodato aprovecha para matar a la hija del ex rey, Amalasvinta, y hacerse con el poder. **El emperador bizantino Justiniano utilizará esto como excusa para invadir Italia**, diciendo vengar a Amalasvinta. El reino cayó ante Bizancio, proceso durante el cual **se reemplazó el dualismo por una germanización** de las estructuras políticas.

El dominio de Bizancio no duró mucho, pues los **Lombardos** vinieron del norte y ocuparon el lugar dejado por los ostrogodos, creando el **reino de Pavia, y los ducados de Benedetto y Espoleto** al sur. El reino, a su vez, se dividió en ducados y las tierras pasaron a jefes lombardos, muchas veces a la fuerza.

En **Britania**, desde el siglo V se fué derrumbando la vieja organización romana ante el ataque de pueblos germánicos, anglos y sajones. Se ocuparon las tierras arables y las ciudades perdieron relevancia. Los celtorromanos no desaparecieron, resistieron junto a los bretones en el este de Inglaterra.

Todos los Estados germánicos tuvieron en sus comienzos los mismos problemas fundamentales provocados por el choque con el orden estatal, las formas sociales de vida y con la religión y cultura del Imperio. La herencia romana los obligó a **cambiar su modo de vida tribal por un mundo más ordenado** y regulado por el estado. No sustituyeron simplemente al régimen estatal romano, pues eran una minoría, sino que se integraron como líderes y gobernantes. **Uno de los motivos de enfrentamiento más agudos fue la religión** (arrianos vs católicos), pero **no hubo un notable cambio en las formas de vida**. Elementos esenciales de la antigua estructura romana permanecieron, como el ordenamiento administrativo, el comercio y la economía agrícola.

En cuanto a **Bizancio**, la “reconquista bizantina” fue una política de **recuperación de territorios y derechos por parte de Justiniano (527-565)**. Se basó en su **poderosa flota y tomaron el África vándala, Italia, y el sureste peninsular en Iberia**. Sin embargo, estas guerras en Occidente los debilitaron y no pudieron hacer frente a los ataques de los persas y eslavos. Por otra parte, **la restauración de la romanidad era casi imposible**, las tierras conquistadas no se sentían ligadas a Constantinopla, por lo tanto, unificada la monarquía visigoda (625) perdieron Hispania, luego África y en Italia lograron mantener algunos puntos en el sur hasta el XI.

Cuestiones sociales

Los romanos y germanos tenían ciertas similitudes básicas, ambos conocían la desigualdad social (orden senatorial y parientes y compañeros de los jefes de guerra, respectivamente) y también la esclavitud. El cuerpo social destacaba tres grupos claramente diferenciados:

- Los **esclavos** eran propiedad de otros desde nacer hasta morir, no tenían nada propio, se los podía comprar y vender y se ocupaban de labores rurales o domésticas. También provenían de la reproducción natural, de matrimonios entre libres y esclavos o condenas judiciales.
- Los **hombres libres**, no se consideraban tales por su independencia personal, sino por pertenecer al “pueblo”, integrar las instituciones públicas de su comunidad. Las **sociedades germánicas** se basaban en un cuerpo de hombres libres, cuya condición se expresaba en el **derecho de llevar armas y seguir al jefe guerrero** o rey en expediciones, participando del botín capturado. Para los germanos, la libertad como derecho dependía del principio de obligación, **era obligatorio ejercer estos derechos**.

En las **zonas romanizadas la libertad estaba unida a la propiedad del suelo y gran parte de los campesinos eran colonos que cultivaban tierras ajenas**, los límites entre la libertad y formas atenuadas de servidumbre eran **difusas**.

- Los **“grandes”** se refiere a la nobleza o **aristocracia mezcla de descendientes de líderes germanos y clase senatorial romana**. En la cima se encontraba el rey que gracias a la herencia, contaba con grandes sumas de riqueza que utilizaba para distribuir, surgiendo así un conjunto de **hombres ligados a su persona por relaciones domésticas** conocidas como **palatium**. Los jóvenes de familias aristocráticas también buscaban complementar su educación junto al rey. Aparece así todo este grupo de “amigos” o “fieles” unidos al monarca por una fidelidad particular que les otorgaba un valor individual especial. Estos personajes serán los principales ejecutores del poder real.

Los grandes podían ser esta “familia real” que se describe, aunque era un grupo más amplio en verdad. El poder de estos se expresó a partir de su **posición particular en el seno social y su control de la tierra**, que poco a poco iría concentrando.

Este período **no presentó al espacio geográfico como problema, pues la disponibilidad de tierras era suficiente**. La población en cambio, sí ofreció particularidades. Controlar la disponibilidad de hombres era una manera de asegurar los brazos capaces de llevar adelante la producción y las fuentes de obtención de riquezas.

Cuestiones económicas

El paisaje mediterráneo se caracterizó, en época romana, por los límites entre los campos, bien definidos y separando lo cultivable de lo no. **Los germanos y celtas, en cambio, privilegiaron la zona imprecisa**, con el bosque como frontera y el seto vivo, **valorizando la silva (bosque) como espacio a aprovechar junto con la agricultura, dado los intereses pastoriles de los recién llegados**.

La explotación agraria tomó relevancia fundamental, ya fuera a partir de las propiedades más o menos pequeñas de tipo familiar, como a través de grandes concentraciones en manos de los *potentes*. De todas formas, aunque se le puede atribuir ser aquel que impulsó las características salientes a la estructura agraria medieval, la consolidación del gran dominio es cosa de siglos posteriores. De momento podemos afirmar que la producción agraria estaba a cargo de campesinos agrupados en comunidades aldeanas o familias amplias, que explotaban en conjunto los terrenos comunales y avanzaban hacia las tierras incultas cuando lo necesitaban o les era posible. No significaba que no existiese la concentración de tierras. Las tierras se trabajaban de forma similar a la época romana: el *aratrum* era predominante.

La economía del período se constituyó en torno a una base fundamentalmente agraria, con cierta vigencia del comercio. Las rutas del Imperio, ahora reducidas y en peor estado, seguían siendo transitadas o por hombres actuando en nombre de un señor para ocuparse en otras tierras de los negocios del dueño, o es posible que incluso por verdaderos mercaderes. La existencia de la **circulación monetaria nunca desapareció del todo** cerca del mediterráneo y siguió registrándose el precio de las cosas por un cierto número de **monedas, aunque serían más un símbolo de prestigio y poder, que un medio de cambio extendido**.

Mientras tanto, **en el Imperio de Oriente el Estado mantenía el control sobre la fiscalidad, protegía el comercio exterior y buscaba aumentar el control sobre la economía urbana. El Estado dirigía la actividad productiva según sus intereses políticos**. Daba licencias de exportación, establecía monopolios, fijaba límites salariales, señalaba los lugares de venta y almacenamiento.

Cuestiones culturales

En los aspectos culturales, tanto como en los políticos, sociales y económicos, la palabra que mejor define la situación del siglo VI es síntesis. En ningún lugar se impuso un orden nuevo traído por un número relativamente bajo de invasores bárbaros. Por lo que la **fusión de elementos en los reinos romano-germánicos** fue una constante. Igualmente, puede plantearse que **existió una resistencia romana**, que buscaba mantener modos de vida, lengua y derechos tradicionales, sobre todo en las ciudades bien consolidadas. Zonas como Germania junto al Rin, norte de Galia, Hispania e Italia, fueron notables por la pervivencia de una **cultura y ordenamiento clásico, que, aunque sufrió modificaciones no desapareció por completo y hasta esporádicamente se fortaleció**. En el caso de Italia, la **llegada de los bizantinos trajo consigo la recuperación de las antiguas tradiciones e incluso, la incorporación de las nuevas enseñanzas de Oriente en el plano espiritual y artístico**. Esta resistencia no fue mérito solo de los romanos. **Los germanos tuvieron su papel destacado en este proceso, cuando tomaron los códigos legales romanos y los mantuvieron luego de adaptarlos a sus principios consuetudinarios, aceptando la idea de la ley como el fundamento de la sociedad y el gobierno justo**.

Del mismo modo, **si bien se ha marcado que las ciudades bajo los germanos decayeron en muchos casos, no significa que pueda caracterizarlos como enemigos de ellas.** Los reyes francos y godos no fueron reyes nómadas, tuvieron sus palacios en varias ciudades administrativas. **La importancia del centro urbano germánico radicaba en su función de capitales o residencias reales,** enriquecidas por una corte, la administración, escuelas santuarios y una basílica funeraria para la dinastía. **Los obispos también propiciaron el mantenimiento de las ciudades en torno a la catedral y sus dependencias.**

Los obispos recibieron una valoración especial en esta etapa, pues se creía que ellos serían los poseedores de una visión privilegiada y depositarios de una cierta *paideia*. A partir de ella, estarían en condiciones de convertirse en **la autoridad que, legítimamente, ofrecería al pueblo cristiano las herramientas necesarias para la salvación.** En esta época **la cristinada occidental vivió una serie de transformaciones de la mano de los reinos que fueron organizándose y que construyeron iglesias regionales,** que tuvieron sus leyes y liturgia propias, aunque aceptaban la supremacía de Roma. Las invasiones bárbaras sin duda favorecieron el resurgimiento de antiguas herejías latentes muchas veces en las poblaciones del Imperio, el apego al paganismo y a las supersticiones se mantuvieron, pero **el catolicismo se impuso sobre el arrianismo.**

El monacato, en un primero privativo de oriente, se difundió con fuerza por occidente, si bien los obispos se interesaron en la conversión de la población de las zonas rurales, la expansión de la fé cristiana por Europa del norte se debió mayoritariamente a monjes misioneros.

En líneas generales, **la cultura del siglo VI respetó la vieja base romana, donde la lengua latina y la pasión por la retórica encontró expresiones destacadas** en manos de hombres como Casiodoro, que establecerá los esquemas retóricos latinos que aparecerán en la literatura y pedagogía cristiana y será él quien establezca como obligación de **los monjes la copia de los manuscritos antiguos.** No se hicieron obras meramente copiando a lo anterior, sino producciones originales asentadas en la adhesión a sus tiempos y a las nuevas estructuras que se estaban construyendo.

El arte presentó una marcada síntesis de elementos diversos. Se centró mucho más en las producciones mobiliarias que en la arquitectura y la gran escultura. Ambas de estilo simple, sin recargas de relieve o detalle.

En cuanto a **Oriente**, fue un siglo de **gran esplendor cultural**, sobre todo en la corte de Constantinopla. Justiniano enriqueció la capital con palacios, acueductos, baños públicos y las iglesias de Los Santos Apóstoles y la Santa Sofía. **Fue también una época pródiga para las ciencias pues se buscó recopilar y transmitir los conocimientos de la antigüedad** en matemática, botánica, física, astronomía, etc. y tratar de encontrar sus aplicaciones prácticas. Se destaca también la **recopilación del derecho romano**, con obras como el *Código de Justiniano* e *Instituta*.

Trabajo Práctico N°1

Introducción a la Edad Media – Eco Umberto

La Edad Media constituye un período histórico de extraordinaria complejidad y duración, que abarca aproximadamente desde la disolución del Imperio romano de Occidente en el año 476 hasta el fin del siglo XV, convencionalmente situado en 1492 con el descubrimiento de América. Este lapso de más de mil años no puede ser entendido como una unidad homogénea, sino como una sucesión de épocas diversas, con transformaciones profundas en todos los ámbitos de la vida. Su estudio requiere, por tanto, desmontar una serie de estereotipos persistentes y comprender sus aportaciones fundamentales, muchas de las cuales siguen vigentes en la configuración de Europa y Occidente.

Uno de los primeros equívocos que deben aclararse es la idea de la Edad Media como un "siglo" extenso o un periodo con características uniformes. Por el contrario, se trata de una "edad" en el sentido histórico amplio, comparable en extensión y diversidad a la Edad Antigua o la Edad Moderna. Fue el humanista Flavio Biondo, en el siglo XV, quien acuñó el término "Medievo" para referirse a los siglos transcurridos entre la caída de Roma y su propia época, considerándolos un paréntesis de decadencia entre dos momentos de esplendor clásico. Irónicamente, él mismo quedó incluido en ese periodo, ya que la fecha convencional de su final se sitúa en 1492. La enormidad de este marco temporal —más de mil años— hace imposible generalizar sobre una supuesta uniformidad cultural, social o intelectual. Entre san Agustín de Hipona (siglo IV-V) y santo Tomás de Aquino (siglo XIII) median ochocientos años, el mismo tiempo que nos separa a nosotros de santo Tomás. En un lapso así, es inevitable que se sucedan múltiples "medievos", con rupturas, renacimientos y transformaciones profundas.

Tradicionalmente, se distingue entre Alta Edad Media (siglos V-X), caracterizada por las invasiones bárbaras, la desestructuración del mundo romano y la lenta gestación de nuevas realidades políticas y culturales; una Edad Media central o plena (siglos XI-XIII), con el renacimiento urbano, el auge del feudalismo, las Cruzadas y el florecimiento de las universidades; y una Baja Edad Media (siglos XIV-XV), marcada por crisis demográficas, guerras, pero también por el surgimiento de los estados modernos, el humanismo y los inicios de la expansión ultramarina. Incluso el Renacimiento del siglo XV forma parte, en rigor, de la Edad Media, pues sus grandes figuras —desde Petrarca y Boccaccio hasta Leon Battista Alberti o Nicolás de Cusa— vivieron y produjeron antes de 1492. La delimitación cronológica es, en buena medida, arbitraria y convencional.

Otro estereotipo frecuente es concebir la Edad Media como un fenómeno exclusivamente europeo occidental. En realidad, fue un periodo de intenso intercambio y convivencia —no siempre pacífica, pero sí constante— entre tres grandes tradiciones culturales y religiosas: la cristiana, la islámica y la judía. El Imperio bizantino perpetuó la herencia romana en Oriente durante mil años después de la caída de Roma. La cultura árabe, por su parte, vivió una edad de oro en campos como la filosofía, la medicina, la astronomía y las matemáticas, preservando y transmitiendo a Europa obras capitales de la antigüedad griega que se habían perdido en Occidente. Aristóteles, por ejemplo, fue redescubierto en Europa a través de traducciones árabes y comentarios de pensadores como Avicena y Averroes. La cultura judía, aunque a menudo vivida en condiciones de clandestinidad o marginación, floreció en comunidades dispersas por toda Europa, contribuyendo decisivamente a la filosofía, la exégesis bíblica y el pensamiento místico. Los confines entre estas tradiciones eran mucho más permeables de lo que suele pensarse; la imagen de un enfrentamiento irreductible entre cristianos y musulmanes es, en gran medida, una construcción posterior, alimentada por la mental de cruzada.

Ahora bien, el Medievo occidental se caracterizó por su tendencia a apropiarse y reinterpretar todas las aportaciones culturales —ya vinieran de la antigüedad clásica, del mundo árabe o de otras tradiciones— en términos cristianos. Esto no significa que Europa careciera de otras raíces —grecorromanas, judías, celtas, germánicas—, sino que el cristianismo actuó como el principal elemento aglutinador y de sentido. La Biblia se leyó casi exclusivamente en latín (la Vulgata de san Jerónimo), y los filósofos griegos se estudiaron a través de traducciones latinas y con el objetivo de demostrar su concordancia con los principios de la teología cristiana. La monumental síntesis de Tomás de Aquino aspiraba precisamente a armonizar la razón aristotélica con la revelación cristiana.

La idea de la Edad Media como una "edad oscura" (Dark Ages) es otro tópico que debe matizarse. Es cierto que los siglos inmediatamente posteriores a la caída del Imperio romano (especialmente los siglos VI al X) fueron periodos de indigencia, inseguridad y retroceso material. Las invasiones bárbaras arrasaron Europa, las ciudades se despoblaron, las vías de comunicación se abandonaron, se olvidaron técnicas artesanales y mineras, y vastos territorios cultivados volvieron a convertirse en bosques. La población disminuyó drásticamente: de unos 30-40 millones de habitantes en el siglo III, se pasó a apenas 14-16 en el siglo VII. El hambre, las epidemias y la violencia eran endémicas. Crónicas como las de Rodolfo el Calvo describen con crudeza espeluznantes hambrunas que llevaron al canibalismo.

Sin embargo, incluso en estos siglos "oscuros" se sentaron las bases de la futura Europa: surgieron las lenguas romances y germánicas que aún hablamos; se establecieron las civilizaciones romano-germánica y bizantina, que transformaron profundamente las estructuras jurídicas y políticas; y brillaron figuras intelectuales de la talla de Boecio, Beda el Venerable, Alcuino de York o Juan Escoto Eriúgena. Los monjes irlandeses, convertidos al cristianismo, fundaron monasterios que se convirtieron en faros de cultura, preservando manuscritos antiguos, evangelizando vastos territorios y creando un arte de la miniatura de extraordinaria belleza, como atestigua el Libro de Kells.

A partir del año 1000, la situación cambió radicalmente. El aumento de la población (que pasó de unos 30-40 millones en el siglo XI a 60-70 en el XIV), gracias a innovaciones agrícolas como la rotación de cultivos y el mayor consumo de legumbres ricas en proteínas, permitió una recuperación demográfica y económica. Se produjo entonces lo que algunos historiadores han llamado una "primera revolución industrial" medieval, basada en una serie de innovaciones técnicas decisivas.

En el ámbito agrícola, la introducción de un nuevo tipo de collarín para los caballos —que trasladaba el punto de apoyo del pecho a la espaldilla— permitió aprovechar mucho mejor la fuerza de tracción del animal, incrementándola en dos tercios y haciendo posible que sustituyera a los bueyes en muchas tareas. La herradura y el estribo, llegados de Asia, mejoraron la eficacia y comodidad de la monta. El arado de ruedas, con vertedera para voltear la tierra, se generalizó a partir del siglo XIII.

En la navegación, las innovaciones fueron aún más revolucionarias. La brújula magnética, descrita ya en el siglo XIII por Pedro Peregrino de Maricourt y mencionada por Dante en la Divina Comedia, permitió una orientación mucho más precisa. Pero el cambio crucial fue la invención del timón de codaste, un timón único, abisagrado y situado en la popa, perpendicular a la quilla. Hasta entonces, los barcos griegos, romanos o vikingos utilizaban dos timones laterales, un sistema pesado e ineficaz que hacía casi imposible navegar contra el viento y limitaba la navegación al cabotaje. El timón de codaste, combinado con la vela latina de origen árabe (triangular y más maniobrable), permitió la construcción de barcos más grandes y estables, capaces de navegar en alta mar y aprovechar vientos de todas direcciones. Sin estas innovaciones, el viaje de Colón a América habría sido impensable. El hecho simbólico que convencionalmente marca el fin de la Edad Media fue, pues, hijo de sus propias invenciones técnicas.

Estos avances facilitaron el renacimiento urbano, el crecimiento del comercio y la aparición de una burguesía dedicada a los oficios y el artesanado. La tradicional división tripartita de la sociedad en oradores, bellatores y laboratores (los que rezan, los que guerrean y los que trabajan) se complicó con este nuevo estamento. En las ciudades surgieron las universidades (la primera, Bolonia, en 1088), donde enseñaron figuras como Abelardo, Alberto Magno, Roger Bacon o el propio Tomás de Aquino. La cultura se secularizó progresivamente: la poesía trovadoresca y cortesana fue obra de laicos, y un intelectual como Dante se convirtió en el modelo del escritor moderno. En las nuevas lenguas vernáculas surgieron obras maestras de la literatura universal, desde el Cantar de los Nibelungos y el Cantar de Mio Cid hasta la Divina Comedia.

Lejos de ser una época sombría y terrorífica, la Edad Media desarrolló una auténtica pasión por la luz y el color. La belleza se identificaba con la luminosidad y el esplendor cromático, más que con la proporción o la forma. Las miniaturas de los manuscritos, los vitrales de las catedrales góticas —cuyos muros parecen disolverse para dar paso a la luz—, la poesía y las visiones místicas están impregnadas de esta estética de la claridad y el color puro, sin matices ni claroscuros. Isidoro de Sevilla veía en el resplandor del mármol, el metal o el aire mismo una manifestación

de la belleza divina. Esta sensibilidad tenía raíces teológicas neoplatónicas: el Bien era el Sol de las ideas, y la belleza sensible era un reflejo de la belleza inteligible. La óptica, influida por los estudios árabes, se convirtió en una ciencia fundamental, y de ella surgieron reflexiones profundas sobre el arcoíris, los espejos y la naturaleza de la visión.

Tampoco corresponde a la realidad la imagen idílica o Disneylandizada de la Edad Media como un mundo de castillos majestuosos y caballeros andantes. El castillo feudal primitivo era una simple estructura de madera sobre una elevación del terreno, rodeada de una empalizada. Sólo gradualmente, a partir del siglo XI, se fue evolucionando hacia construcciones de piedra, con torres del homenaje, murallas y fosos. Los suntuosos castillos del valle del Loira, que a menudo se toman como modelo, son en realidad renacentistas.

Respecto al conocimiento de la cultura clásica, si bien es cierto que se perdieron muchos textos (especialmente griegos, como Homero o los trágicos), el Medievo occidental conservó y leyó a una gran parte de los autores latinos: Virgilio, Horacio, Ovidio, Cicerón, Séneca, Lucano, entre otros. El ansia por conseguir manuscritos era enorme, como atestigua la anécdota —quizá legendaria, pero significativa— del papa Silvestre II (Gerberto de Aurillac), que prometió una esfera armilar a quien le consiguiera un manuscrito de la Farsalia de Lucano. Eso sí, la lectura que se hacía de estos autores era predominantemente alegórica y moralizante, buscando en ellos un sentido acorde con la fe cristiana. Virgilio, por ejemplo, fue leído a veces como un profeta pagano que había anunciado el advenimiento de Cristo en su cuarta égloga.

Uno de los estereotipos más persistentes y erróneos es el que presenta a la Edad Media como una época de obscurantismo científico, en la que se creía que la Tierra era plana por dogmatismo religioso. Nada más lejos de la realidad. La esfericidad de la Tierra era un conocimiento heredado de los griegos (Pitágoras, Parménides, Platón, Aristóteles, Eratóstenes, Ptolomeo) y nunca se perdió del todo entre los eruditos. Figuras como san Agustín, Isidoro de Sevilla, Beda el Venerable, Alberto Magno, Tomás de Aquino o Roger Bacon la dieron por sentada. El problema de Colón con los eruditos de Salamanca no era sobre la forma de la Tierra —que todos aceptaban redonda—, sino sobre su tamaño: los cálculos de Colón, que subestimaba la circunferencia terrestre, les parecieron erróneos y temían que la distancia por navegar hasta Asia fuera insalvable. Naturalmente, ninguno de los dos bandos sospechaba la existencia de América.

Los mapas medievales, como los llamados mapas "T-O" (Orbis Terrarum), que representaban la Tierra como un círculo dividido por una T (que simbolizaba el Mediterráneo y los ríos Nilo y Don), no pretendían ser representaciones literales de la geografía, sino esquemas simbólicos y conceptuales, centrados en Jerusalén y el mundo conocido. Eran proyecciones convencionales, como lo son nuestros mapas actuales, que también aplanan la esfera. La dificultad para trazar mapas precisos radicaba más en la falta de comunicaciones y medios técnicos que en una supuesta ignorancia cosmográfica.

La Edad Media fue, de hecho, una época de grandes viajes y movimientos. Peregrinaciones a Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela movilizaban a miles de personas de todas las condiciones sociales. Mercaderes como Marco Polo recorrieron miles de kilómetros hasta China. Monjes irlandeses y vikingos surcaron los mares del norte. Las repúblicas marítimas italianas (Génova, Venecia, Pisa) tejieron una red comercial por todo el Mediterráneo. Existía una auténtica "industria" de las peregrinaciones, con guías, hospederías y una feroz competencia entre ciudades y monasterios por albergar reliquias prestigiosas que atrajeran a los devotos.

Tampoco fue la Edad Media una época de puritanismo uniforme y represión sexual. Junto a la misoginia de algunos Padres de la Iglesia y autores monásticos (como el terrible pasaje de Odón de Cluny que describe el cuerpo femenino como un "saco de excrementos"), coexistió una glorificación apasionada de la mujer, tanto en la poesía cortesana del amor trovadoresco y el dulce stil novo como en la divinización dantesca de Beatriz. Figuras femeninas de gran talla intelectual y espiritual, como Hildegarda de Bingen, Catalina de Siena, Eloísa o Christine de Pizan, desafiaron los roles tradicionales. Incluso en el mundo monástico, los comentarios al Cantar de los Cantares, a pesar de su interpretación alegórica, revelan una fascinación por la belleza corporal femenina, descrita a veces con minucioso detalle (como en el caso de Gilberto de Hoyland, que especifica las proporciones ideales de los senos). La literatura está llena de historias de amor apasionado y adulterio (Tristán e Isolda, Lancelot y Ginebra, Paolo y Francesca). Los poemas de los

goliardos celebran sin tapujos los placeres del vino, el juego y el sexo. El carnaval y la Fiesta de los Locos permitían una liberación temporal de las normas sociales y una sátira despiadada de las autoridades eclesiásticas.

La quema de herejes y brujas es otro sello asociado a la Edad Media, pero su intensificación y sistematización ocurrieron, en realidad, en los umbrales de la Edad Moderna. El manual de caza de brujas por excelencia, el *Malleus Maleficarum*, data de 1486. Giordano Bruno fue quemado en 1600, Galileo procesado en 1633, y las grandes cazas de brujas se dieron sobre todo en los siglos XVI y XVII. Esto no exime a la Edad Media de haber practicado la persecución religiosa, pero sitúa el fenómeno en una perspectiva más amplia y compleja.

Lejos de ser una época de ortodoxia monolítica y sumisión piramidal, el Medievo fue escenario de tensiones sociales, luchas de clases y herejías milenaristas de profundo calado revolucionario. La "invención de la Historia" como un proceso con un sentido lineal (Creación, Pecado Original, Redención, Juicio Final), heredada del profetismo judío y elaborada por el cristianismo, generó una constante espera escatológica. El Apocalipsis de san Juan, con su promesa de un reino de mil años de Cristo en la Tierra antes del Juicio Final, fue interpretado de dos maneras: una "ortodoxa" (Agustín de Hipona), que veía el milenio como el tiempo presente de la Iglesia, y otra "herética" o marginal, que lo esperaba como una edad dorada futura de igualdad y justicia, precedida por la derrota de los poderosos y corruptos.

Esta segunda lectura alimentó numerosos movimientos populares de inspiración apocalíptica y milenarista, que combinaban el fervor religioso con la protesta social contra la opresión feudal y la riqueza de la Iglesia. Desde los flagelantes y los fraticelli hasta los husitas taboritas o la revuelta de Thomas Müntzer, estos movimientos prefiguraron, en clave religiosa, ideales de igualdad social y comunitarismo que serían retomados siglos después por el pensamiento secular. La propia Magna Carta (1215) supuso una primera limitación del poder absoluto de los soberanos.

El legado de la Edad Media es inmenso y perdura en numerosos aspectos de nuestra vida cotidiana e instituciones. De ella heredamos los molinos de agua y viento, la universidad como comunidad autónoma de maestros y estudiantes, los conceptos de libertad municipal y participación ciudadana, los bancos y los instrumentos de crédito (letras de cambio, cheques). Inventos medievales como la chimenea, el papel, los números arábigos, la contabilidad por partida doble, el nombre de las notas musicales, los botones, las gafas (un avance revolucionario que duplicó la vida laboral de intelectuales y artesanos), el reloj mecánico o la pólvora (aunque de origen chino) transformaron la vida material y intelectual. Nuestros paisajes están sembrados de abadías románicas y catedrales góticas, y nuestras disputas contemporáneas entre el Estado y la Iglesia tienen su origen en las luchas de investiduras del Medievo.

Pero quizás la diferencia más profunda entre la mentalidad medieval y la moderna radique en la forma de percibir el mundo. Para el hombre medieval, el cosmos era un "libro escrito por el dedo de Dios", un vasto sistema de símbolos y significados ocultos en el que cada criatura —desde una piedra o una planta hasta un animal monstruoso— remitía a una verdad espiritual superior. Esta actitud, fundamentada teológicamente en el neoplatonismo (especialmente el Pseudo-Dionisio Areopagita) y en la exégesis bíblica alegórica agustiniana, implicaba una lectura en profundidad de la realidad. Un león no era sólo un león, sino un símbolo de Cristo; una nuez, con su cáscara, su fruto y su aceite, representaba la Trinidad; los monstruos descritos en los bestiarios (cinocefalos, blemias, esciápodos...), aunque quizás no existieran físicamente, eran portadores de enseñanzas morales. El mundo era un espejo enigmático (aenigma) de lo divino, y la tarea del hombre era descifrar sus claves.

Esta visión simbólica, sin embargo, no fue estática. A partir de los siglos XII y XIII, en el ámbito universitario, comenzó a abrirse paso una mirada más naturalista y aristotélica, interesada en estudiar la naturaleza por sí misma, con sus propias leyes. No obstante, ambas perspectivas —la simbólica y la naturalista— coexistieron durante mucho tiempo, como coexisten hoy la mentalidad científica y las creencias irracionales.

La Edad Media tuvo también una concepción muy particular de la tradición y la innovación. El autor medieval solía presentar sus aportaciones —que a menudo eran muy novedosas— como meros comentarios o glosas de la autoridad precedente (la Biblia, los Padres de la Iglesia, Aristóteles). El lema "non nova sed nove" (no cosas nuevas, sino de una manera nueva) resume esta actitud: la originalidad no consistía en inventar algo desde cero, sino en

reinterpretar y actualizar la tradición. La "autoridad" era entendida no en un sentido filológico (como la atribución correcta de un texto), sino como sinónimo de "verdad". Una interpretación era "auténtica" si decía lo verdadero, aunque el texto original no lo dijera explícitamente. Esta mentalidad hace incomprensibles muchos debates medievales si se juzgan con criterios modernos de originalidad o rigor histórico.

El arte medieval tampoco se regía por nuestros conceptos estéticos. "Arte" (ars) significaba sobre todo "técnica", el saber hacer bien algo según unas reglas, ya fuera construir un barco, pintar un fresco o esculpir una estatua. La belleza era una propiedad de la naturaleza y de Dios; el arte podía representar "bellamente" incluso lo feo o lo monstruoso si cumplía su función didáctica o moral. Las artes liberales (como la gramática, la retórica o la lógica) se consideraban superiores a las artes serviles o mecánicas (que requerían trabajo manual), razón por la que conocemos los nombres de muchos poetas pero no de la mayoría de los arquitectos o escultores románicos.

En conclusión, la Edad Media fue una época de contradicciones profundas y fecundas. Declaraba, en el plano teórico, una adhesión inquebrantable a la ortodoxia y a los ideales morales, pero convivía con toda naturalidad con la transgresión, la carnalidad, la sátira y la violencia. Proclamaba la unidad de la fe, pero estaba surcada por herejías y disidencias que often tenían un trasfondo social revolucionario. Buscaba ver el mundo con los ojos de Dios, pero llenaba los márgenes de sus manuscritos con grotescas parodias de obispos y monjes. Esta capacidad para abarcar y tolerar la contradicción, para vivir entre la aspiración a lo alto y la aceptación de lo bajo, es quizás una de sus lecciones más sorprendentes.

Un ejemplo último y elocuente de la sofisticación y honestidad intelectual del pensamiento medieval lo ofrece santo Tomás de Aquino. Aunque, por fe, defendía que el mundo había sido creado por Dios y no era eterno, admitió con rigor que la razón no podía demostrar filosóficamente la no eternidad del mundo. De igual modo, en su reflexión sobre el alma y el aborto, sostuvo —siguiendo la biología aristotélica— que el embrión iba adquiriendo sucesivamente el alma vegetativa, luego la sensitiva, y sólo en un momento posterior, cuando el cuerpo estaba suficientemente formado, Dios infundía el alma racional que lo convertía en ser humano. Por ello, afirmó que los embriones que no habían alcanzado ese estadio no resucitarían en el Juicio Final, pues no eran propiamente seres humanos. Esta postura, radicalmente diferente de la doctrina oficial actual de la Iglesia, muestra la complejidad y matices del pensamiento medieval, y nos obliga a abandonar definitivamente la etiqueta simplista de "edad oscura". La Edad Media no fue un paréntesis de barbarie entre dos edades de luz, sino el largo y complejo parto del mundo moderno.

Cambio de época versus época de cambios. Los medievalistas y las nuevas tecnologías – Alcazár

El texto aborda la relación entre los medievalistas y las tecnologías digitales, planteando un análisis sobre cómo esta interacción define no solo una época de cambios, sino un cambio de época en la práctica historiográfica. Parto de la premisa de que existe una disociación inicial entre los investigadores del Medievo y las herramientas digitales, lo que genera un desafío epistemológico y metodológico. Esta disociación no es trivial; refleja una tensión entre la tradición académica y las nuevas formas de producir y consumir conocimiento histórico.

Vivimos en un momento de transformación estructural, no meramente coyuntural. La globalización y la revolución digital han alterado los modos de escribir, divulgar y enseñar la historia. Quienes nos dedicamos al estudio de la Edad Media nos enfrentamos a la necesidad de posicionarnos ante esta realidad: ser testigos pasivos de una época de cambios o actores participantes en un cambio de época. La indiferencia o la confusión ante este panorama pueden derivar en la producción de una historia "huérfana", desconectada de los medios y los lenguajes que definen la comunicación contemporánea.

La formación de los medievalistas es un punto crucial. Las nuevas generaciones que llegan a las aulas universitarias son *nativos digitales*, término acuñado por Marc Prensky para describir a aquellos que han crecido inmersos en las tecnologías digitales. Para ellos, internet, los videojuegos o las redes sociales no son novedades, sino elementos constitutivos de su experiencia vital. Frente a ellos, los *inmigrantes digitales* —aquellos que hemos conocido estas herramientas en etapas adultas— nos enfrentamos a una brecha generacional y cognitiva. Esta dicotomía no es solo anecdótica; afecta directamente a cómo se concibe y se transmite el conocimiento histórico.

El acceso a los contenidos se ha democratizado y complicado simultáneamente. Internet ofrece recursos antes impensables: bibliotecas digitales, repositorios documentales, bases de datos, blogs especializados, podcasts y archivos en línea. Proyectos como Dialnet, PARES, Digital Scriptorium o el Proyecto Carmesí ponen al alcance del investigador fuentes primarias y secundarias de manera inmediata y often gratuita. Esto supone un avance cualitativo enorme, pero también conlleva riesgos: la sobreabundancia de información, la fugacidad de los contenidos web y la necesidad de desarrollar habilidades críticas para discriminar entre lo relevante y lo superfluo.

La tecnología digital no se reduce a internet. El videojuego, por ejemplo, se ha erigido como un medio poderoso para la representación y divulgación del pasado medieval. Títulos como **Medieval Total War II** o la saga **Assassin's Creed** ofrecen reconstrucciones virtuales de escenarios históricos con un nivel de detalle y inmersión sin precedentes. Estos productos no tienen una finalidad educativa explícita —su objetivo principal es el entretenimiento y el lucro—, pero su impacto en la construcción del imaginario colectivo sobre la Edad Media es profundo. Los medievalistas debemos prestar atención a este fenómeno, no solo como objeto de estudio, sino como canal de influencia en la percepción social del pasado.

La formación de nuevos medievalistas por parte de quienes ya estamos en ejercicio plantea otro desafío. La brecha digital entre formadores y estudiantes puede obstaculizar la transmisión efectiva del conocimiento. Es esencial que los docentes se familiaricen con estas herramientas, no como un añadido superfluo, sino como parte integral de su metodología. El uso de bases de datos, software especializado, comunicación en red o recursos digitales debe incorporarse de manera natural en la práctica académica. La resistencia a este cambio —justificada a veces por la inseguridad o el desconocimiento— puede llevar al aislamiento y a la irrelevancia progresiva.

La tecnología es, en esencia, una herramienta. Esta obviedad a menudo se olvida en el debate sobre su papel en la investigación histórica. Las herramientas definen las capacidades y los límites de cualquier disciplina. El medievalista que rechaza de plano el uso de lo digital está renunciando a un conjunto de recursos que potencian su trabajo: desde la accesibilidad a fuentes hasta la posibilidad de colaborar en redes transnacionales de investigación. El problema no es la tecnología en sí, sino el uso que se hace de ella y la reflexión crítica que acompaña ese uso.

El consumo de historia medieval ya no se limita al ámbito académico. La sociedad accede al pasado a través de múltiples canales: cine, televisión, literatura, videojuegos, juguetes, etc. Este ecosistema **crossmedia** y **transmedia** redefine constantemente la imagen de la Edad Media. Los medievalistas tenemos la responsabilidad de intervenir en este proceso, ya sea para corregir distorsiones, para enriquecer los discursos o para dialogar con los creadores de estos contenidos. Ignorar esta realidad equivale a renunciar a nuestro papel social como intérpretes del pasado.

El futuro de la disciplina dependerá en gran medida de cómo integremos estas tecnologías en nuestra práctica cotidiana. No se trata de un ejercicio de optimismo o pesimismo, sino de adaptación necesaria. La historia no divulgada es historia muerta. Las herramientas digitales ofrecen oportunidades sin precedentes para llegar a un público global y diverso. El desafío es aprender a usarlas con rigor, creatividad y sentido crítico.

En definitiva, el medievalista del siglo XXI debe ser consciente de que su oficio ya no se circunscribe al archivo y la biblioteca. Debe habitar también el espacio digital, comprender sus lógicas y aprovechar sus potencialidades. Esto no implica abandonar los métodos tradicionales, sino complementarlos y enriquecerlos. La coexistencia entre lo analógico y lo digital no solo es posible, sino deseable. El cambio de época al que nos enfrentamos exige, sobre todo, una actitud abierta y proactiva hacia las transformaciones que definen nuestro tiempo.

La idea de la Edad Media – Giuseppe

El concepto de "Edad Media" como un período histórico definido es una construcción cultural e intelectual que se fue forjando a lo largo de siglos. Su origen se remonta a los humanistas italianos de los siglos XIV y XV, quienes, en su esfuerzo por recuperar y emular la cultura clásica grecorromana, comenzaron a percibir los siglos que los separaban de aquella antigüedad idealizada como un intervalo, un paréntesis de decadencia y oscuridad. Fueron estos literatos

e intelectuales los primeros en articular la noción de una edad intermedia, aunque aún no la designaran con el término específico que luego se popularizaría.

Fue a mediados del siglo XV cuando empezaron a utilizarse expresiones latinas como "media aetas", "media tempora" o "media tempestas" para referirse a este lapso. En el siglo XVI, el uso se consolidó con "medium aevum" y su equivalente en lenguas vernáculas, como "middle age" en inglés. El éxito posterior del adjetivo "medieval" (y su variante "medieval") terminó por imponer la denominación "Edad Media" sobre otras fórmulas iniciales, como "edad de medio", que también tuvo cierto uso. Una figura crucial en este proceso de periodización fue el historiador del arte Giorgio Vasari, quien alrededor de 1550 estableció la división tripartita que se ha vuelto canónica: Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna. No obstante, es importante señalar que la idea de una Edad Media como entidad histórica distintiva ya estaba presente antes de Vasari.

El humanista italiano Flavio Biondo puede ser considerado el primer historiador propiamente dicho de la Edad Media. En sus obras, realizó una exposición analítica y meticulosa de los acontecimientos ocurridos en el mundo occidental desde el año 412 d.C. hasta la década de 1440, es decir, su propia época. Aunque Biondo no utilizó el término "Edad Media" para definir este extenso período, el marco cronológico que delineó —aproximadamente un milenio— coincide sustancialmente con la concepción posterior más generalizada de lo medieval.

La operación intelectual de "periodizar" la historia, es decir, de dividir el continuum temporal en segmentos más manejables y conceptualmente homogéneos, responde a una necesidad cultural de comprensión y memorización. La mente humana, y más aún la memoria colectiva, tiene dificultades para aprehender la complejidad infinita del pasado en toda su particularidad. La periodización actúa como una herramienta heurística que permite agrupar fenómenos, tendencias y estructuras bajo etiquetas comunes, facilitando así su estudio y transmisión.

La periodización que dio origen a la idea europea de Edad Media está profundamente condicionada por una valoración negativa de su fase final. Los humanistas, que se consideraban a sí mismos como los artífices de un renacimiento de las artes y las letras, miraron hacia atrás y vieron en los siglos inmediatamente precedentes una era de barbarie y decadencia intelectual. Para conformar un período largo y coherentemente negativo, fue necesario buscar también un inicio "oscuro". Este punto de partida se encontró en el siglo V de nuestra era, con eventos como la deposición del último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo, en el 476, o incluso antes, con el saqueo de Roma por los visigodos en el 410. Estos episodios simbolizaron la caída de un gran imperio, la ruptura de un orden secular y el inicio de una crisis de readaptación para Europa, que ya no se encuadraba en una estructura estatal unificada y aún no había desarrollado plenamente las nuevas formas de organización política, social y económica que caracterizarían la época medieval propiamente dicha.

Hoy en día, los historiadores profesionales son plenamente conscientes de los problemas que entraña el concepto de Edad Media. Saben que se trata de una construcción, de una etiqueta útil pero que no debe confundirse con la realidad histórica misma, que es infinitamente más compleja y matizada. Sin embargo, también reconocen que el término está tan arraigado en el uso común, tanto académico como popular, que resulta prácticamente imposible abolirlo. Su utilidad como convención cronológica y marco de referencia general lo mantiene vigente.

Uno de los correctivos más importantes que aplica la historiografía contemporánea es subrayar la enorme duración de este período. Mil años abarcan una multitud de transformaciones, innovaciones, crisis y renacimientos. Es un error metodológico grave pensar que una época tan extensa pudo ser cultural, social, económica o políticamente homogénea. La vida en la Europa del año 600 era radicalmente diferente a la del año 1000, y esta, a su vez, poco tenía que ver con la del año 1300. Afirmar que la Edad Media fue de una determinada manera es, casi siempre, una generalización inexacta.

No obstante, los historiadores sí suelen encontrar ciertas líneas de coherencia y continuidad en lo que podríamos llamar el núcleo central de la Edad Media, aproximadamente desde el siglo IX hasta el XII o XIII. Este período, que a veces se denomina "los siglos centrales de la Edad Media", puede ser entendido como la infancia o la fase de gestación de la Europa moderna. Es en estos siglos donde se consolidan muchas de las características que se

asocian al Medioevo: la síntesis cultural latino-germánica, el feudalismo como sistema de relaciones sociales y políticas, el papel central de la Iglesia cristiana, el surgimiento de las monarquías feudales, el desarrollo del mundo rural y, posteriormente, el renacimiento urbano y comercial. Esta fase presenta una identidad más claramente diferenciada tanto de la Antigüedad tardía que la precede como del incipiente Renacimiento que le sigue.

En cuanto a los límites cronológicos, la tradición más habitual en los manuales, especialmente en el ámbito cultural italiano e hispánico, establece el inicio en el año 476 (caída del Imperio romano de Occidente) y el final en 1492 (descubrimiento de América). Estas fechas, aunque simbólicas y convencionales, tienen una fuerte carga significativa: una marca el fin del mundo antiguo, la otra el inicio de la expansión europea y de la Modernidad. Otras fechas lindantes también han sido propuestas y tienen adeptos. Para el inicio, el 410 (saqueo de Roma) ofrece un simbolismo similar. Para el final, el 1453 (caída de Constantinopla en manos otomanas) es una fecha muy utilizada, sobre todo fuera de Italia, ya que marca el fin definitivo del Imperio romano de Oriente, otro pilar del mundo antiguo. Incluso hay fechas de finalización diferentes según la historia nacional de cada país: en Inglaterra, 1485 (advenimiento de la dinastía Tudor); en Francia, 1494 (inicio de las guerras de Italia); en el ámbito germánico, 1517 (Reforma luterana) o 1519 (elección de Carlos V). A pesar de estas variaciones, existe un consenso general en considerar como medieval el arco temporal que abarca, grosso modo, desde el siglo V hasta el XV.

Esta delimitación convencional choca, sin embargo, con la práctica especializada de la investigación histórica. Los expertos en "Antigüedad Tardía" suelen extender su campo de estudio hasta los siglos VI o incluso VII, analizando la lenta transformación del mundo romano. Por otro lado, los historiadores de la Edad Moderna suelen comenzar su trabajo en el siglo XV, o incluso antes, rastreando los orígenes de los fenómenos modernos. Como consecuencia, los "medievalistas" profesionales suelen concentrar sus esfuerzos en el período que va del siglo VII/VIII al XIV, que constituye el corazón de su objeto de estudio.

La periodización interna del milenio medieval también varía significativamente según las tradiciones historiográficas nacionales. La escuela italiana tradicional ha tendido a una bipartición:

- * **Alta Edad Media (Alto Medioevo):** desde el siglo V hasta aproximadamente el año 1000. Esta fase se caracterizaría por las invasiones bárbaras, la fusión de culturas, la formación de los reinos romano-germánicos, el auge del monacato y el sistema feudal incipiente.
- * **Baja Edad Media (Basso Medioevo):** desde el año 1000 hasta el siglo XV. En este período se asistirá al renacimiento urbano y comercial, al surgimiento de las universidades, a la consolidación de las monarquías y a la crisis del siglo XIV (hambrunas, peste negra, guerras).

Esta división ha tenido una amplia difusión. Sin embargo, otras tradiciones ofrecen matices diferentes. La historiografía anglosajona, por ejemplo, a menudo utiliza el término "High Middle Ages" (Alta Edad Media) no para referirse a los siglos iniciales, sino al apogeo de la civilización medieval, es decir, a los siglos XI, XII y XIII, un período de crecimiento, organización y esplendor cultural. La periodización alemana es más articulada y se ajusta con mayor precisión a los modelos sociales y políticos identificables:

- * **Frühmittelalter (Primera Edad Media o Alta Edad Media temprana):** siglos V-VIII/IX. Abarca el final de las grandes migraciones, el reino merovingio y el surgimiento del Imperio carolingio.
- * **Hochmittelalter (Alta Edad Media plena):** aproximadamente siglos X-XI/XII. Corresponde al feudalismo clásico, la reforma de la Iglesia, las Cruzadas y el inicio del renacimiento cultural.
- * **Spätmittelalter (Baja Edad Media o Edad Media Tardía):** siglos XIII-XV. Es la época de la consolidación de los estados modernos, la crisis bajomedieval, el desarrollo de la burguesía urbana y los preludios del Renacimiento.

Esta triple división germánica refleja de manera más fiel la realidad de los estudios históricos contemporáneos y la evolución de las estructuras sociales, económicas y políticas. No es casualidad que en la cultura histórica actual, incluso en Italia, se hable cada vez más de los "siglos centrales de la Edad Media" (IX-XII) como el período más característico y definitorio de la era medieval, claramente distinto tanto de la Antigüedad clásica como de las sociedades del Antiguo Régimen que emergerían después.

En definitiva, la "Edad Media" es una idea, un concepto historiográfico nacido de una necesidad de autoafirmación cultural (la del Humanismo y el Renacimiento) que, a fuerza de uso, se ha convertido en una convención indispensable. Su utilidad reside en proporcionar un marco general para el estudio de un milenio de historia europea. Pero su correcta comprensión exige ser consciente de su carácter construido, de su enorme diversidad interna y de las diferentes maneras en que se ha subdividido y conceptualizado a lo largo del tiempo y según las distintas escuelas historiográficas. Lejos de ser un bloque homogéneo de "oscuridad", fue un período dinámico, complejo y fundacional, cuyas contradicciones, logros y transformaciones sentaron las bases del mundo moderno.

Trabajo Práctico N°2

El Mundo Mediterráneo en la Antigüedad Tardía – Ubierna

La Antigüedad Tardía, comprendida aproximadamente entre los años 300 y 800 d.C., constituye un período de profundas y duraderas transformaciones que reconfiguraron por completo el mundo mediterráneo. Este marco temporal no es arbitrario; se inicia con las reformas de Diocleciano, que buscaron reorganizar un Imperio romano sumido en una crisis profunda, y se extiende hasta la consolidación de nuevas entidades políticas y religiosas, como el Imperio bizantino, los reinos germánicos en Occidente, el Imperio sasánida y, de manera decisiva, el surgimiento y expansión del Islam. Lejos de ser una simple etapa de transición o decadencia, fue una época de intensa creatividad, redefinición de identidades y continuidad de estructuras económicas y culturales a lo largo de un espacio interconectado.

El Mediterráneo funcionó siempre como el gran eje articulador de este mundo. Sus aguas no separaban, sino que conectaban las tres riberas: europea, asiática y africana. Por ello, cualquier análisis que se limite a una sola de estas regiones resultará incompleto. La circulación de personas, mercancías, ideas y enfermedades a través de este "gran lago interior" fue una constante que aseguró una base de unidad cultural y económica, incluso cuando la unidad política del Imperio romano se quebró. Esta perspectiva global es fundamental para comprender procesos que, de otro modo, parecen desconectados.

El siglo III había dejado al Imperio romano en una situación crítica. La anarquía militar, las invasiones en las fronteras, la presión del renacido Imperio persa sasánida en Oriente y una severa crisis económica marcaron el período previo a la ascensión de Diocleciano en 284. Su gobierno representó un punto de inflexión. La Tetrarquía, un sistema de gobierno compartido entre dos Augustos y dos Césares, buscó terminar con el ciclo de guerras civiles y usurpaciones al proveer una estructura para la sucesión y la defensa de las vastas fronteras. Aunque el sistema tetrárquico colapsó tras su abdicación, sentó las bases para una nueva forma de gobierno imperial, más autocrática y militarizada.

Las reformas de Diocleciano fueron extensivas. Reorganizó la administración provincial, dividiendo las antiguas provincias en unidades más pequeñas y manejables, lo que incrementó el número de funcionarios y la capacidad de control central. Reformó el sistema impositivo, estableciendo un censo regular y unificando la recaudación en torno a dos impuestos principales: la *_capitatio_* (impuesto personal) y la *_iugatio_* (impuesto territorial). Esto permitió una planificación presupuestaria más previsible, crucial para mantener al enorme ejército y a la burocracia. Su reforma monetaria intentó frenar la galopante inflación del siglo III introduciendo nuevas monedas de oro, plata y bronce de mejor calidad, aunque la estabilidad total sería esquivada durante todo el siglo IV.

Una consecuencia social de gran alcance de estas reformas fiscales fue la progresiva adscripción de los campesinos libres a la tierra. Para garantizar el pago de los impuestos, el estado incentivó que los pequeños propietarios buscaran la protección de grandes terratenientes, a quienes cedían su propiedad a cambio de que estos últimos se hicieran cargo de la obligación fiscal. Este proceso, unido a la lenta disminución de la mano de obra esclava como base del sistema productivo, sentó las bases para el surgimiento del campesinado medieval en Occidente, ligado a la tierra y bajo la autoridad de un señor.

Sin embargo, es un error concebir al Imperio romano de esta época como una entidad monolítica. Las diferencias regionales eran abismales. La mitad oriental, de lengua mayoritariamente griega, era más urbanizada, populosa y rica. Ciudades como Antioquía, Alejandría y Éfeso eran centros económicos y culturales de primer orden, con densas

redes comerciales que se extendían hasta India y China. En Occidente, la urbanización era menos densa y la economía más orientada a la producción de materias primas. Además, bajo la capa superficial de la administración romana y el latín, persistía una enorme diversidad lingüística y cultural: copto en Egipto, siríaco en Siria y Mesopotamia, lenguas bereberes en el norte de África y sustratos celtas e ibéricos en Galia e Hispania. El obispo Isidoro de Sevilla lo expresó con claridad: los pueblos se definen por su lengua, no al revés.

La llegada al poder de Constantino el Grande marcó otro hito fundamental. Su victoria en la batalla del Puente Milvio en 312, asociada a una visión cristiana, cambió para siempre la relación entre el Imperio y el cristianismo. El Edicto de Milán (313) legalizó la religión cristiana, pero el paso de Constantino fue mucho más allá. Comenzó a integrar el cristianismo en la estructura misma del estado, sentando las bases para lo que se conoce como "cesaropapismo". Constantino, y muchos de sus sucesores, se vieron a sí mismos como representantes de Dios en la tierra, responsables de guiar al pueblo cristiano hacia la salvación. Esta concepción del poder imperial, que unía la tradición regia de David y la sacerdotal de Leví en la persona del emperador, tendría una profunda influencia en la teoría política bizantina y, en distinta medida, en Occidente.

Constantino también fundó una nueva capital, Constantinopla, sobre la antigua ciudad de Bizancio. Estratégicamente ubicada entre Europa y Asia, controlando el estrecho del Bósforo, la ciudad fue concebida como una "Nueva Roma", con su propio senado, foros y edificios monumentales. Aunque al principio su población fue escasa, gracias a importantes obras de infraestructura como el acueducto de Valente, se transformó rápidamente en la metrópoli más importante del Mediterráneo, un crisol de culturas y el centro nerve del Imperio romano de Oriente durante más de mil años. A pesar de su imagen cristiana, Constantino la llenó de obras de arte pagano trasladadas de todos los rincones del Imperio, creando un país urbano donde lo antiguo y lo nuevo coexistían.

El siglo IV fue testigo de la consolidación del cristianismo como religión mayoritaria y luego oficial del Imperio (bajo Teodosio I). Sin embargo, hablar de "cristianismo" en singular es engañoso. Existían múltiples "cristianismos". La disputa arriana, que cuestionaba la naturaleza divina de Cristo, dividió profundamente a la Iglesia y al Imperio. El Concilio de Nicea (325), convocado y presidido por Constantino, condenó el arrianismo y estableció un credo ortodoxo, pero lejos de zanjar la cuestión, inició siglos de conflictos teológicos. Figuras como Atanasio de Alejandría en Oriente y Ambrosio de Milán en Occidente se erigieron como defensores de la ortodoxia nicena.

La vida religiosa de la época era de una riqueza y diversidad extraordinarias. Junto a los diversos cristianismos, los "paganismos" (término peyorativo cristiano para referirse a la religión clásica) mostraban una vitalidad sorprendente. Lejos de ser un simple politeísmo, la religiosidad clásica abarcaba desde el monoteísmo filosófico de las élites educadas hasta los cultos místicos de Mitra o Isis, que ofrecían una experiencia religiosa personal y de salvación. La conversión del Imperio al cristianismo no significó la desaparición instantánea de estas creencias. Los grandes templos paganos cerraron paulatinamente, pero la religiosidad popular se recicló en cultos locales, santuarios familiares y prácticas supersticiosas que sobrevivirían integradas en el cristianismo y el islam posteriores.

Otras religiones también definieron su identidad en este período. El judaísmo, tras las desastrosas revueltas contra Roma (66-70 y 132-135 d.C.), se reorganizó alrededor de la figura del rabino y el estudio de la Ley oral, culminando en la compilación de la Mishná y el Talmud. Este judaísmo rabínico se convertiría en la corriente dominante, aunque no exenta de disidencias, como la de los caraitas, que siglos después rechazarían la autoridad del Talmud para apegarse únicamente al texto bíblico.

El maniqueísmo, fundado por Mani en el siglo III en Persia, se presentó como una religión universal sincrética, que incorporaba elementos del zoroastrismo, cristianismo y budismo. Su estricto dualismo entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, y su estructura eclesiástica bien organizada, la convirtieron en una seria competidora, perseguida tanto por Roma como por el Imperio sasánida una vez el zoroastrismo se consolidó como religión de estado.

Precisamente, el Imperio sasánida es el gran "universo olvidado" de la historia tardoantigua, pero su importancia es capital. Surgido en el siglo III tras derrocar a los partos, los sasánidas crearon un estado persa altamente centralizado y organizado, con el zoroastrismo como religión oficial promovida por poderosos magos. Fue el rival a la altura de

Roma durante cuatro siglos. Más allá de los conflictos militares casi constantes en la frontera del Éufrates, la interacción entre ambos imperios fue intensa. Los sasánidas se veían como los herederos legítimos del Imperio aqueménida y buscaron "recuperar" los territorios de Siria, Palestina y Egipto, algo que lograron brevemente en el siglo VII. Culturalmente, fueron mecenas del saber, traduciendo obras griegas de filosofía, medicina y ciencia al persa medio (pahlavi) y al siríaco, y creando centros de estudio como la Academia de Gundishapur. Esta "cultura de la traducción" que ellos fomentaron sería luego heredada y ampliada por el califato abasí en Bagdad.

La crisis del siglo V en Occidente debe entenderse no como una "invasión" violenta y repentina de "bárbaros", sino como un proceso complejo de instalación gradual y pactada de diversos pueblos dentro de las fronteras imperiales. Godos, vándalos, francos o burgundios no eran nómadas salvajes; muchos eran antiguos vecinos, cristianos (a menudo arrianos) y conocedores de las estructuras romanas. Fueron asentados como federados (*_foederati_*), a menudo recibiendo tierras o, como sugieren investigaciones recientes, el derecho a percibir una parte de los impuestos recaudados en el territorio donde se instalaban. La desaparición de la autoridad imperial en Occidente en 476 no fue un evento catastrófico, sino la culminación de este proceso, tras el cual estos grupos germánicos formaron reinos autónomos que, no obstante, seguían reconociendo en teoría la superioridad del emperador en Constantinopla.

La religión jugó un papel clave en la integración o separación de estos pueblos. Los visigodos, ostrogodos y vándalos, convertidos al arrianismo por el obispo Ulfilas, mantuvieron durante un tiempo una identidad religiosa distinta a la de la población romana católica mayoritaria. Los francos, en cambio, al entrar paganos a la Galia, se convirtieron directamente al catolicismo bajo Clodoveo, facilitando una fusión más rápida con las élites galorromanas.

El siglo VI representa el último gran esfuerzo de restauración del poder romano desde Constantinopla, encarnado en la figura del emperador Justiniano. Su ambicioso programa incluyó la reconquista de territorios occidentales (norte de África a los vándalos, Italia a los ostrogodos, parte de Hispania a los visigodos), la compilación monumental del derecho romano en el *_Corpus Iuris Civilis_* (base del derecho occidental moderno) y un gigantesco programa de construcciones, cuya obra cumbre es la basílica de Santa Sofía en Constantinopla. Sin embargo, su reinado también tuvo sombras: la brutal represión de la revuelta de Nika, la creciente presión fiscal sobre una población diezmada por la Peste Justiniana (541) y su fracaso en resolver las divisiones cristológicas con los monofisitas de Egipto y Siria, lo que debilitó la cohesión interna del Imperio frente a la nueva amenaza que se cernía.

El surgimiento del Islam en Arabia en el siglo VII fue el acontecimiento que, más que ningún otro, redefinió el mapa del Mundo Mediterráneo. La prédica de Mahoma unificó a las tribus árabes bajo una nueva fe monoteísta. Tras su muerte (632), los ejércitos musulmanes, impulsados por una combinación de fervor religioso, dinamismo tribal y necesidad económica, emprendieron una expansión vertiginosa. En pocas décadas, derrotaron y absorbieron al exhausto Imperio sasánida y arrebataron al Imperio bizantino sus provincias más ricas: Siria, Palestina, Egipto y el norte de África. La unidad política del Mediterráneo se rompió para siempre, pero se creó una nueva unidad cultural bajo el islam, que desde Al-Andalus (España) hasta los confines de Asia Central compartiría la lengua árabe, la religión musulmana y una vibrante cultura que absorbió y reinterpretó las herencias griega, persa y romana.

El califato omeya, con capital en Damasco, organizó este nuevo imperio. Aunque inicialmente dependieron de las estructuras administrativas y las élites locales preexistentes (bizantinas y persas), gradualmente arabizaron la administración e implantaron un nuevo sistema fiscal que distinguía entre musulmanes y "protegidos" (*_dhimmi_*) no musulmanes (cristianos, judíos, zoroastrianos). Su arte y arquitectura, visible en la Mezquita de Damasco, muestran una apropiación y reinterpretación de las tradiciones clásicas y sasánidas.

Mientras tanto, el Imperio bizantino, reducido a Anatolia, los Balcanes y partes de Italia, sobrevivió a la embestida. Bajo Heraclio y la dinastía heracliana, se reorganizó profundamente para sobrevivir. El sistema de *_themata_* (themata) transformó las provincias en distritos militares gobernados por un estratega, donde los soldados-campesinos aseguraban la defensa a cambio de tierras. El latín fue abandonado definitivamente por el griego, y el emperador adoptó el título de *_basileus_*. La pérdida de las provincias monofisitas simplificó, en cierta manera, el panorama religioso interno, pero surgió un nuevo y profundo conflicto: la Querrela Iconoclasta.

La Iconoclasia (literalmente, "ruptura de imágenes") fue un movimiento que prohibió el culto a las imágenes religiosas (iconos) por considerarlo idolatría. Los emperadores isaurios, que la impulsaron en los siglos VIII y IX, no solo respondían a una interpretación estricta de los mandamientos judíos y a la influencia del islam, sino que también buscaban debilitar el creciente poder económico e independencia de los monasterios, grandes defensores de los iconos. La lucha entre iconoclastas e iconómulos (defensores de las imágenes) convulsionó al Imperio durante más de un siglo, hasta que el triunfo final de los iconómulos en el Segundo Concilio de Nicea (787) y la restauración definitiva en 843 consolidó la ortodoxia religiosa bizantina y el lugar central de los iconos en su espiritualidad.

En Occidente, los reinos germánicos siguieron caminos divergentes. El reino visigodo de Toledo en Hispania alcanzó un notable grado de romanización y unidad religiosa tras la conversión de Recaredo al catolicismo en 589. Desarrolló una importante cultura, con figuras como Isidoro de Sevilla, y un código legal unificado. Sin embargo, su estructura colapsó frente a la invasión musulmana del 711. En la Galia, el reino franco merovingio entró en un período de fragmentación del poder real, que fue aprovechado por sus mayordomos de palacio. Carlos Martel detuvo el avance musulmán en Poitiers (732), y su hijo, Pipino el Breve, destronó al último rey merovingio en 751 con un apoyo crucial: el del Papado de Roma.

El Papado emergió en este período como una fuerza política independiente en Occidente. La ausencia de un emperador efectivo en Roma y la lejanía de Constantinopla (sumida en la iconoclasia y con problemas propios) permitieron a los obispos de Roma reclamar una autoridad espiritual y temporal única. La alianza con los francos carolingios, sellada con la coronación de Carlomagno como emperador en el 800, fue mutuamente beneficiosa: los carolingios obtenían una legitimación religiosa sin precedentes para su poder, y el Papado se aseguraba un protector militar y la base para reclamar una primacía sobre toda la cristiandad occidental. La falsificación de la "Donación de Constantino" fue un instrumento clave en esta construcción de una autoridad papal basada en derechos pretendidamente otorgados por el primer emperador cristiano.

En conclusión, la Antigüedad Tardía fue un período de una complejidad y dinamismo extraordinarios. Lejos de ser una simple "edad oscura" de transición, fue una era de transformaciones creativas donde se forjaron las identidades del mundo medieval y moderno. El mundo que emerge alrededor del año 800 es profundamente diferente al del año 300: el Imperio romano unificado ha dado paso a un tripartismo formado por el mundo bizantino, el islámico y la cristiandad latina occidental. Sin embargo, subyacente a esta nueva geopolítica, permanecieron intactas muchas de las estructuras económicas, las rutas comerciales y los sustratos culturales del Mundo Mediterráneo. La herencia romana, en sus facetas administrativa, jurídica y urbanística, fue adaptada y reinventada por bizantinos, musulmanes y reinos germánicos. La herencia religiosa y filosófica del mundo clásico y del cercano Oriente fue preservada, debatida y transmitida, often through the crucial mediation of Syriac, Persian, and Arabic scholars, ensuring that the flame of classical learning was not extinguished but instead fueled new intellectual traditions. El estudio de este período, por lo tanto, requiere abandonar visiones estrechas y nacionales para adoptar una perspectiva tan amplia y interconectada como el propio Mediterráneo, reconociendo que las historias de Roma, Persia, el incipiente Islam y los reinos bárbaros están inextricablemente entrelazadas, constituyendo juntas los cimientos del mundo posterior.

Mujer cristiana y disciplina social antigua – Fioretti

El texto aborda el proceso de disciplinamiento social ejercido sobre la mujer cristiana durante la Antigüedad Tardía, particularmente en el siglo IV, un período crucial para la consolidación del cristianismo como fuerza religiosa, social y política en el Imperio Romano. Este proceso no fue meramente religioso, sino que constituyó un mecanismo fundamental para la definición de los límites de la comunidad cristiana, tanto hacia el exterior (frente al paganismo) como en su interior (frente a la heterodoxia y el pecado). La figura de la mujer, y específicamente el control sobre su cuerpo y sexualidad, se erigió como un eje central en este proyecto.

La conformación de una identidad cristiana distintiva, delimitada por el dogma niceno y las estructuras eclesiásticas, requirió la creación de modelos de comportamiento claros y jerarquizados. En el caso de las mujeres, estos modelos se cristalizaron en tres estereotipos principales: la matrona cristiana, dedicada a la crianza de los hijos en un ambiente de devoción; la viuda, figura que el cristianismo revalorizó; y, de manera preeminente, la virgen. Este ideal

de virginidad no era una mera abstinencia sexual, sino un estado social y teológico cargado de simbolismo. Representaba la ruptura con el orden social tradicional romano, donde el estatus de la mujer estaba irrevocablemente ligado a su relación con un hombre (padre, marido). Al proponer la virginidad consagrada como la cúspide de la realización femenina, el cristianismo ofrecía, en apariencia, una vía de emancipación de la sujeción marital y de las cargas de la maternidad. Sin embargo, esta liberación implicaba someterse a una disciplina corporal y espiritual aún más rigurosa, supervisada por la autoridad masculina de la Iglesia.

Los Padres de la Iglesia, con San Jerónimo a la cabeza, fueron los arquitectos intelectuales de este disciplinamiento. Su extenso corpus epistolar, dirigido en gran medida a mujeres de la aristocracia romana, funcionó como un manual de instrucción. A través de consejos, normativas y una pedagogía exhaustiva, se delinearon las virtudes de la mujer cristiana por oposición a la corrupción atribuida a la mujer pagana. La vida ascética que promovían —caracterizada por la humildad, el recogimiento, la oración, la penitencia y un profundo temor a Dios— exigía una batalla constante contra los deseos de la carne. El cuerpo, visto como frágil, propenso al exceso y obstáculo para la salvación, debía ser dominado mediante prácticas como el ayuno severo, la abstinencia sexual y el trabajo manual.

La privación alimentaria era considerada un arma privilegiada en esta lucha. Se operaba con una lógica médica y simbólica heredada del pensamiento griego (oposiciones seco/húmedo, caliente/frío), donde los ayunos y una dieta fría y seca (sin vino ni carnes) buscaban “apagar” el calor innato del cuerpo que alimentaba la lujuria. Esta ascesis no era un fin en sí misma, sino el medio para alcanzar un estado de pureza angelical, una prefiguración en la tierra de la incorruptibilidad que se disfrutaría en el Paraíso. El asceta, hombre o mujer, era un “atleta” de Cristo en una lucha contra el diablo, que se manifestaba en los ardores de la juventud y los instintos corporales.

Lo que distingue a la virginidad cristiana de prácticas similares en el paganismo romano es el protagonismo social que se le confirió. Dejó de ser una elección privada para convertirse en un pilar de la identidad comunitaria. La integridad física de la virgen se transformó en una potente metáfora de la integridad inviolable de la Iglesia misma. Su cuerpo, custodiado y cerrado, simbolizaba una comunidad sin fisuras, pura y protegida de las influencias corruptoras del **saeculum** (el mundo). Por el contrario, la violación de una virgen consagrada —considerada una adúltera contra Cristo— o su desviación hacia la herejía, era imaginada como la causa de la violación y disolución de todo el cuerpo social. Esta conexión simbólica explica la obsesión de autores como Jerónimo por vigilar y controlar el cuerpo virginal, advirtiendo que la línea entre virginidad y prostitución era extremadamente delgada.

El modelo por excelencia para esta nueva feminidad fue la Virgen María. Su figura, imaginada como un cuerpo siempre cerrado, sin deseo, virgen antes, durante y después del parto, resultó enormemente funcional para los propósitos doctrinales y disciplinarios de la Iglesia. Ambrosio de Milán articuló con claridad esta teología: así como el pecado y la muerte habían entrado en el mundo por Eva, la salvación y la vida eterna fueron restituidas por María. Ella permitía huir del ciclo dialéctico de generación-corrupción-muerte del que la mujer era parte fundamental, e iniciar la recuperación del estado paradisíaco. María se convirtió así en el arquetipo de la Iglesia misma, que también era concebida como **Sponsa Christi**: madre fecunda por su prole espiritual y, al mismo tiempo, virgen inmaculada por su castidad.

Los relatos de martirio femenino también servían como herramientas ejemplares. Con el fin de las persecuciones romanas, el “martirio” de las vírgenes ya no era el sufrido a manos de perseguidores externos, sino el “automartirio” elegido para defender su virginidad ante una agresión sexual, prefiriendo la muerte a la violación. La virginidad misma era considerada un martirio continuo, un testimonio diario de fe que igualaba a la mujer con los ángeles.

Este ideal no se impuso sin debate. A finales del siglo IV, las tesis de autores como Helvidio y Joviniano cuestionaron la superioridad de la virginidad sobre el matrimonio y la perpetua virginidad de María. Defendían que las mujeres bautizadas, ya fueran vírgenes, viudas o casadas, tenían igual mérito ante Dios si su fe era la misma. La furibunda respuesta de Jerónimo contra estas posturas, plasmada en tratados como **Adversus Helvidium** y **Adversus Iovinianum**, revela que lo que estaba en juego no era una mera cuestión de moral sexual, sino la propia definición de los límites comunitarios y doctrinales. La defensa de la virginidad perpetua de María, que culminaría en el Concilio de Éfeso (431) con la proclamación de María como **Theotokos** (Madre de Dios), fue para obispos como Ambrosio una

forma de defender las fronteras absolutas entre la Iglesia católica y la confusión del mundo. En un contexto de lucha contra el arrianismo, la pureza doctrinal y la pureza sexual se entrecruzaban.

La contrapartida de la virgen ortodoxa era la ramera herética. Los mismos grupos ascéticos y vírgenes que existían fuera de la ortodoxia nicena eran demonizados y considerados peores que los pecadores públicos. Su virginidad era declarada fraudulenta porque, al proceder de una doctrina falsa (del diablo), no podía honrar el cuerpo, obra de Dios. Este discurso permitía a la Iglesia jerárquica apropiarse del prestigio del ascetismo al tiempo que desacreditaba y perseguía a sus rivales, often con el apoyo del poder imperial que comenzó a criminalizar la herejía.

En última instancia, la construcción androcéntrica de la sexualidad virginal sirvió a un doble propósito. Por un lado, fue una herramienta de delimitación comunitaria, creando y defendiendo las nuevas fronteras del cuerpo social cristiano. Por otro, fue un mecanismo de control y subordinación gender dentro de ese mismo cuerpo. Si bien el ideal ascético parecía elevar a la mujer por encima de su rol tradicional, en la práctica la subordinaba a una nueva autoridad: la de los obispos y directores espirituales masculinos que regulaban cada aspecto de su vida, su cuerpo y su fe. El discurso sobre el cuerpo virginal, por tanto, no se limitaba a la esfera privada o espiritual; fue un discurso profundamente político que ayudó a consolidar el poder de una Iglesia verticalista y jerarquizada en el siglo IV, utilizando el cuerpo de la mujer como el terreno primario donde se definió, impuso y defendió su identidad hegemónica.